

¿Identidades conflictivas o convivencia?

Mutaciones culturales, conflictos
identitarios y convivencia en el Mediterráneo

Editores
Sami Naïr
Manuel Torres Aguilar

un
i Universidad
Internacional
de Andalucía
A


Organización
de la Naciones Unidas
para la Educación,
la Ciencia y la Cultura


uniTwin


Cátedra UNESCO
de Resolución de conflictos

10
años
2006
2016

Fundación | 

¿IDENTIDADES COLECTIVAS O CONVIVENCIA?

MUTACIONES CULTURALES,
CONFLICTOS IDENTITARIOS Y
CONVIVENCIA EN EL MEDITERRÁNEO



Dirección y edición final:

Sami Nair
Manuel Torres Aguilar

Asesores científicos del Coloquio:

Javier de Lucas
M^a Eugenia Mañón

Transcripción de ponencias:

Cristina E. Coca Villar
L. Giraldo
Irene Ocamica
Delphine Salvi

Grabación:

Servicio de Audiovisuales Universidad Internacional de Andalucía

Coordinación:

Considera project lab group

Maquetación

Don Folio, S.L.

Edición:

Servicio de Publicaciones de la Universidad Internacional de Andalucía

ISBN

978-84-7993-289-3

ÍNDICE

I. INAUGURACIÓN

EUGENIO DOMÍNGUEZ VÍLCHEZ, Rector de la Universidad Internacional de Andalucía
VICENTE GUZMÁN FLUJA, Rector de la Universidad Pablo de Olavide
JOSÉ ÁNGEL NARVÁEZ, Rector en funciones de la Universidad de Málaga
ANTONIO PULIDO, Presidente de la Fundación Cajazol

II. PRESENTACIÓN DEL COLOQUIO

SAMI NAÏR, Director del Coloquio

III. MUTACIONES CULTURALES Y DESAFÍOS IDENTITARIOS

ANTONIO PULIDO, Presidente de la Fundación Cajazol
LLUIS BASSETS, Director adjunto de El País
FATMA OUSSEDIK, Socióloga de la Universidad de Alger² y escritora

IV. CRISIS DE LA POLÍTICA Y CAMBIOS IDENTITARIOS

ALAIN TOURAINE, Sociólogo y escritor
FEDERICO MAYOR ZARAGOZA, Presidente de la Fundación Cultura de Paz

V. REIVINDICACIÓN NACIONAL, PLURALISMO IDENTITARIO

JOSEP RAMONEDA, Escritor y ensayista
JAVIER DE LUCAS, Catedrático de Filosofía del Derecho, Universidad de Valencia, y ensayista
GEORGES BONAN, Consultor internacional y experto en el desarrollo local y relaciones internacionales

VI. ¿VALORES COMUNES EN UN MUNDO FRAGMENTADO?

KHADIJA BEN MAHMOUD, Secretaria General de la Liga Internacional de Derechos Humanos
y Profesora de la Universidad de Túnez
MONTSERRAT GUIBERNAU, Catedrática de Políticas en la Queen Mary University de Londres

VII. CONCLUSIÓN

MANUEL TORRES, Vicerrector de Estudiantes y Comunicación de la UNIA
SAMI NAÏR, Director del Coloquio

Las participaciones siguientes pertenecen al Coloquio Internacional ¿Identities conflictivas o convivencia? Mutaciones culturales, conflictos identitarios y convivencia en el Mediterráneo que ha tenido lugar en la ciudad de Málaga del 6 al 9 de julio de 2015 dentro de los cursos de verano de la Universidad Internacional de Andalucía. Dirigido por Sami Nair, Catedrático de Ciencias Políticas de la Universidad Paris VIII y Profesor invitado de la UNIA y Manuel Torres, Catedrático de Historia del Derecho y de las Instituciones de la Universidad de Córdoba.

INAUGURACIÓN

JOSÉ ÁNGEL NARVÁEZ.

Rector en funciones de la Universidad de Málaga

En primer lugar, veo necesario manifestar la satisfacción y el placer de compartir este acto con el Rector de la Universidad de la UNIA, el Presidente de la Fundación Cajazol y los organizadores del coloquio. En mi opinión, en estos momentos de dificultad, resulta importante tener presente en la Universidad, la reflexión serena sobre la realidad que nos rodea y sobre los conflictos que acontecen en nuestro entorno.

El Mediterráneo es el mar que nos une y la brecha que nos separa, es quizás, uno de los lugares más interesantes para estudiar las desigualdades económicas e ideológicas. Por otra parte, el Mediterráneo es uno de los pocos mares en los cuales los transatlánticos y los cruceros se cruzan con las pateras, representando una contradicción tan absoluta y tremenda, que es necesario reflexionar sobre ello. En numerosas ocasiones, se habla del conflicto moral de Europa frente a nuestros amigos del sur, pero no estoy seguro de que hayamos hecho el esfuerzo de escuchar, oír, entender, comprender y compartir todo lo que ocurre en ambas orillas.

Este coloquio, me parece una fantástica oportunidad para reflexionar al respecto. Deseo que juntos podamos entender lo que nos une y lo que nos separa, para establecer los lazos que nos pueden unir más y separar menos.

ANTONIO PULIDO.

Presidente de la Fundación Cajazol

La proliferación de los cursos de verano organizados por las universidades es una buena iniciativa, sobre todo, cuando desembocan en este tipo de encuentros de características tan especiales. Son cortos, promueven la convivencia, y son un modo de poder reflexionar de una forma más distendida.

En este sentido, felicito a Sami Naïr por este Coloquio y a la UNIA por su extraordinario elenco de cursos de verano ofrecidos cada año.

Hoy, tal y como ha comentado el Rector de la Universidad de Málaga, estamos ante un seminario muy interesante para tratar del Mediterráneo, sus conflictos y soluciones. Precisamente estamos viviendo un día cargado de mucho simbolismo, en cuanto a lo que representa o podría representar este Mediterráneo. La situación de Grecia, con el referéndum celebrado ayer, ha despertado el interés de todos los medios de comunicación españoles y mundiales, que se interrogan sobre el impacto de tal acontecimiento: ¿Será el principio del fin de Europa? ¿Se trata de un hecho simbólico o meramente económico? Son muchas las cuestiones que nos conducen a la reflexión planteada en este curso, y la tremenda actualidad nos recuerda hasta que punto este momento es propicio para hablar de la situación en la que vivimos.

Nosotros, desde la Fundación Cajazol, estamos sumamente orgullosos de patrocinar este tipo de iniciativas. Nuestra obligación principal es devolver

a la sociedad parte de lo que recibimos de ella, y no hay mejor forma de llevarlo a cabo que potenciando y favoreciendo la reflexión, la crítica y el pensamiento, para que de alguna forma podamos, entre todos, diagnosticar primero y definir después, una sociedad mejor. Lo llevamos en nuestros genes desde hace más de 175 años, y queremos seguir desarrollando y potenciando este curso, que esperamos, pueda aportar conclusiones para crear un futuro y un Mediterráneo mejor.

EUGENIO DOMÍNGUEZ VILCHES.

Rector de la Universidad Internacional de Andalucía

En primer lugar, quiero dar las gracias al rector de la Universidad de Málaga, porque este coloquio organizado por la UNIA es uno de los primeros actos a los que acude, siendo una clara muestra de la permeabilidad y sinergia que siempre ha existido entre las dos universidades. La relación con Adelaida de la Calle, la anterior rectora, ha sido estupenda. Desde aquí hago voto para que en su nuevo puesto como consejera, que le ha encomendado la presidenta de la Junta de Andalucía; alcance las metas que se proponga en los próximos años.

Doy, igualmente, las gracias a la Fundación Cajazol, representada por un amigo, Antonio Pulido, porque desde que he tenido el honor y la suerte de estar al frente de la Universidad Internacional de Andalucía, he podido contar con él para la realización de numerosos trabajos en común.

En cualquier caso, el marco es agradable: tenemos el mar, el puerto, Málaga, buenos amigos y amigas en el acto y, organizando este evento, al profesor Sami Naïr, cuya colaboración es un lujo, y quien esperamos que forme parte de la Universidad Internacional de Andalucía para realizar juntos grandes proyectos, sobre todo, en este elemento común que nos hace coincidir aquí: el Mediterráneo.

Todos estuvimos ayer pendientes de la radio y del televisor y nos hemos levantado esta mañana temprano para seguir escuchando y viendo qué pasa con Grecia, país que tanto tuvo que ver en la historia de este mar, que llamo “el agujero”. Un agujero en el globo terráqueo alrededor del cual están ocurriendo cantidad de acontecimientos desde hace mucho tiempo. En algunos, no tuvo nada que ver la especie humana, que aún andaba desarrollándose en las cuencas del centro este de África. Por ejemplo, cuando se cerró “el agujero” y el mar se separó por Gibraltar, provocando un cambio climático que lo convirtió en una enorme salina, a través de la cual los animales cruzaban desde el norte de África hasta el sur de Europa. En ese momento fueron muchos los organismos que pasaron de un lado a otro del Estrecho, de tal manera que, actualmente, los expertos en biodiversidad, sobre todo vegetal, exclaman en el norte de África: ¡parece el sur de España!. De hecho, el sur de España tiene más cosas en común con el norte de África que con cualquier otra parte del país.

Como ya se ha dicho, no se puede entender la historia del mundo sin la del Mediterráneo, que ha sido una historia de encuentros y desencuentros; desde el Imperio egipcio, pasando por el periodo de Alejandro

Magno, que llegó hasta la India y regresó, iniciando una nueva dinastía en Egipto.

Viví en una época en la que la información nos llegaba mal y filtrada por el régimen franquista. Cuando era niño, en los periódicos y en la radio (no había televisión), sólo se hablaba de la guerra de Corea, por una sencilla razón: era la lucha de los buenos contra los comunistas... Posteriormente, empezaron a llegar otras informaciones y lo que recuerdo con mayor viveza es el conflicto de Suez, una confrontación que marcó lo que ocurriría después en el Mediterráneo.

10

He tenido la ocasión de vivir en países del norte de África y observo con pena y tristeza lo que ha sucedido últimamente. Hace poco menos de un año, participé en un seminario sobre la primavera árabe en Madrid, en el Consejo Económico y Social, con representantes de todos los países de la orilla sur del Mediterráneo. Cuando me dieron la palabra dije lo siguiente: “Perdonen ustedes, pero nunca más voy a volver a hablar de la primavera árabe; hablaré del otoño árabe”. He conocido Túnez, uno de los países más avanzados, donde se respetaban los derechos humanos y donde la mujer ocupaba un lugar importantísimo; un Túnez que cayó en un periodo oscuro y que ahora, cuando parecía levantar la cabeza, se encuentra preso del fundamentalismo terrorista. Hago votos para que la problemática de ese país tan querido, se resuelva de forma positiva para todos. También conocí Siria, en un momento en que era uno de los países más avanzados del mundo árabe.

Seminarios como éste permiten que nuestro sentimiento se reavive y que intentemos poner, desde

el ámbito universitario, nuestro granito de arena. Por ello, lo único que quisiera es agradecer su compromiso a los que están aquí y van a discutir sobre estos temas.

Muchas gracias.

PRESENTACIÓN DEL COLOQUIO

SAMI NAÏR.

Director del Coloquio

12

Primero quisiera agradecer a mi amigo y excelentísimo Rector de la UNIA, Don Eugenio Domínguez Vilches, por su apoyo al trabajo que realizamos con el objeto de abrir esa Universidad a la orilla sur del Mediterráneo. Agradezco también al excelentísimo Rector de la Universidad de Málaga, Don José Ángel Narváez, que nos acoge en esta magnífica ciudad; al Presidente de la Fundación Cajasol, el Doctor Antonio Pulido, sin el cual este encuentro no hubiera sido posible, pero también al señor Don José Osuna, Presidente del Club UNESCO, a la señora M^a Eugenia Mañón por su contribución y ayuda a escala europea en la organización de este coloquio; así como a mi amigo, el profesor Javier de Lucas, por su asesoramiento y apoyo permanente. Por último, agradezco a dos personas claves en la elaboración de este proyecto, al señor Juan Carlos Díaz, Presidente asociado de Considera, y a mi amigo Manuel Torres, Vicerrector de Estudiantes y Comunicación de la UNIA, Director de la Cátedra UNESCO de Resolución de Conflictos de la Universidad de Córdoba y Director adjunto del Coloquio, que nos hace el honor de abrir hoy este debate.

El objetivo principal del Coloquio no es aportar soluciones a los conflictos, sino entender lo que está pasando en el espacio Mediterráneo.

Desde siempre, el Mediterráneo ha sido una zona de encuentro y de intercambio, constituyendo a la vez un área de conflictos y un espacio fragmentado entre los

pueblos que integran su espacio, particularmente entre las orillas norte y sur.

Hasta hace poco, cuando hablábamos del Mediterráneo nos referíamos en primer lugar a la situación de su orilla sur (en Libia, en Siria, incluso en Irak), obsesionándonos al pensar que el peligro proviene de allí. Pero si volvemos 30 años atrás en el tiempo, nos daremos cuenta de que uno de los acontecimientos más importantes desde la Segunda Guerra Mundial no procede precisamente de la orilla sur sino del centro de Europa, con la desaparición de la Ex Yugoslavia, que transformó absolutamente todo el mapa geopolítico de los países balcánicos. Hoy en día, miramos de nuevo hacia la orilla norte del Mediterráneo con lo ocurrido en Grecia, preguntándonos cuáles serán las consecuencias de estos acontecimientos para el resto de Europa. Estos ejemplos nos permiten afirmar que estamos viviendo en un espacio humano, económico y político muy tenso, con crisis potenciales y conflictos estructurales, cuyo alcance e importancia tenemos que intentar entender.

Pero también, el Mediterráneo siempre ha sido una zona de fractura. Ya desde el comienzo del siglo XX, Henri Pirenne, gran historiador belga, consideraba que la crisis estructural del Mediterráneo se remontaba en realidad a su construcción, en el momento de la descomposición del Imperio Romano y de la llegada de los musulmanes al sur del Mediterráneo. A partir de este momento, el Mediterráneo, que siempre había sido un “Mare Nostrum” unido por el Imperio Romano, se fracturó en zonas divididas en dos religiones universalistas, dos concepciones del mundo no opuestas pero diferentes que están en competición

permanente. Así, desde el siglo VI, la historia del Mediterráneo demuestra este enfrentamiento como la voluntad de tener lazos comunes, a través de las guerras, cruzadas, del Imperio Otomano, o de la colonización del siglo XIX, etc.

Esta interpretación de la historia conduce naturalmente a considerar el Mediterráneo como un espacio cuya dinámica conflictiva es esencial, por lo que requiere toda la atención por parte de los países que la constituyen. Por no haber desarrollado, desde los años 80, una política de apertura y de comprensión hacia el sur del Mediterráneo, y a pesar de su reconocida importancia, esa “dinámica conflictiva” representa una de las debilidades más significativas de la Unión Europea hoy en día. Hasta ahora, la UE ha tenido el reto de construir una moneda común, de desarrollar, favorecer y profundizar la integración. Pero, al mismo tiempo, la apertura del diálogo y encuentro entre la sociedad civil, propuesto en la Declaración de Barcelona de 1995, cayó en el olvido a favor de otro proyecto, cuyo principal objetivo fue el fortalecimiento de la zona centro y flanco este de Europa. Prosiguiendo con esa política, sin tomar en cuenta la realidad de los países del sur, llegamos a una situación actual muy problemática. No podemos dar la espalda a más de 297 millones¹ de personas del sur del Mediterráneo (más de 600 millones dentro de 26 años), y considerar que en la orilla norte podemos vivir tranquilamente mirando hacia otro lado, con el nivel de vida más alto del planeta.

¹ (Argelia, Egipto, Israel, Jordania, Líbano, Libia, Marruecos, Palestina, Siria, Túnez) ec.europa.eu/spain/pdf/2015/100415.pdf

El Coloquio está articulado entorno de cuatro temas -Mutaciones culturales y desafíos identitarios; Crisis de la política y cambios identitarios; Reivindicación nacional, pluralismo identitario; Valores comunes en un Mundo Fragmentado- que nos permiten reflexionar sobre las profundas mutaciones vividas por el Mediterráneo en nuestra época de la globalización, analizando así uno de los grandes problemas actuales.

El pensamiento sobre la globalización es un pensamiento polémico, por lo general meramente ideológico; el Mediterráneo, siendo parte del proceso de globalización, sufre evidentemente las consecuencias negativas relacionadas.

Cuando se negociaron los acuerdos de la Conferencia de Barcelona en 1995, se destacaron tres líneas de actuación:

- Primero, la construcción de una zona de libre intercambio entre el norte y el sur.
- Segundo, una política de seguridad común.
- Tercero, una política de encuentro de las sociedades civiles.

Diez años después, cuando en 2005 se hizo el balance de las medidas adoptadas durante dicha Conferencia, se habían firmado acuerdos entre los países del norte y del sur, pero todos los países del sur se quejaban de las consecuencias negativas de estos mismos sobre sus industrias y su capacidad exportadora.

Por consiguiente, el Mediterráneo se enfrenta hoy en día a una serie de problemas generados por las mutaciones económicas, tecnológicas, así como por la demanda

de trabajo que viene del sur del Mediterráneo, por lo que los conflictos/fracturas ya existentes perduran y se profundizan.

Los clasificaremos en dos categorías:

1. Primero están los que todo el mundo identifica porque coaccionan nuestra vida diaria, como el conflicto palestino/israelí, el conflicto sirio, iraquí, y el libio. Son conflictos violentos y abiertos que no podemos solucionar desde Europa.

La solución tiene que venir tanto de los propios actores como de las potencias internacionales. Y una de las cosas más dolorosas para los europeos es reconocer que estos últimos 30 años no hemos conseguido construir una Europa política, capaz de hablar e imponer su voluntad en la resolución de esos conflictos. Es una desgracia si consideramos que la construcción de Europa tenía por objetivo precisamente dar un peso político a este magnífico continente con sus múltiples civilizaciones. Ahora estamos ante la incapacidad de realizar una gestión europea de nuestro mar, el Mediterráneo, dominado por otras potencias como los Estados Unidos y Rusia. Y los conflictos violentos van a seguir produciendo efectos desastrosos.

2. Segundo, no hay nada más que ver lo que está ocurriendo actualmente en la zona mediterránea, para llegar a la conclusión de que no existe diálogo entre sociedades civiles. El mar Mediterráneo se ha transformado en un cementerio porque las poblaciones no tienen libertad de movimiento y los países europeos otorgan visados a unas élites,

dejando de lado la enorme demanda popular.

No estoy proponiendo abrir las fronteras, nunca abogué para su apertura dada la complejidad de la situación, pero sí tenemos que tener una política mucho más flexible y ágil para entrar en contacto con estas poblaciones. Y aquí el segundo elemento de este Coloquio: para poder entender lo que está pasando al otro lado, no podemos basarnos únicamente en nuestra percepción de la realidad, sino que tenemos la obligación y necesidad de ponernos en el lugar del otro para comprender cuál es su visión a través de una crítica de nuestra autoimagen, es decir, de nuestras representaciones. Es un trabajo complejo, aunque no tan difícil si tomamos en cuenta el hecho de que las poblaciones de la orilla sur del Mediterráneo tienen también una cultura europea. Las élites y la gran mayoría de la gente hablan francés, inglés, castellano, por lo que no encontramos el problema lingüístico que puede existir entre Francia y Alemania por ejemplo. Por consiguiente, podemos afirmar que estamos en una situación que ofrece numerosas posibilidades de intercambio.

En contraste con estos conflictos, el único apartado que funciona bien en el espacio mediterráneo es el de la seguridad, es decir policíaca, entre las dos orillas, con unas políticas compartidas de resolución de problemas. Punto positivo y de entendimiento, que, por supuesto, no es suficiente para crear un espacio de convivencia.

Detrás de las fracturas ya descritas, aparecen también conflictos estructurales a largo plazo.

El primer conflicto es el diferencial demográfico entre las dos orillas del Mediterráneo. Los países del sur del Mediterráneo, desde los años 60, experimentan un importante crecimiento demográfico. Por ejemplo, la población de Argelia, pasó de 8 millones de habitantes en los 60 a casi 40 millones hoy en día; o Marruecos, que pasó de una población de 8 millones de habitantes a 33 millones hoy en día². Detrás de este auge demográfico de los países árabes del sur del Mediterráneo, estamos asistiendo actualmente al crecimiento demográfico y empuje de la población de África subsahariana, hecho que constituirá uno de los mayores problemas de los próximos 25 años. Los países magrebíes y Egipto, de hecho, se enfrentan ya a las consecuencias de este flujo migratorio africano masivo que no consiguen gestionar, al estar desbordados por sus propios problemas demográficos.

Esta cuestión demográfica va a tener consecuencias enormes sobre el continente europeo cuya característica esencial es el decrecimiento demográfico³, lo que implica una reducción de su población. Si hubiera una correlación mecánica entre lo económico,

2 Fuente: El Banco Mundial. datos.bancomundial.org. Complemento de información: si la población actual de Marruecos es menor no es porque su crecimiento demográfico se distinga del Argelino, sino porque en los últimos años millones de emigrantes marroquíes migraron hacia diversas partes del mundo, mientras los argelinos han emigrado esencialmente a Francia, lugar que consideran como su "patria putativa", debido a las relaciones que han mantenido los dos países a lo largo de la historia.

3 Salvo para Francia, Irlanda, Reino Unido y Suecia, el resto de Europa sufre un decrecimiento demográfico, un envejecimiento de la población cuyo impacto empieza poco a poco a hacerse sentir, como en Portugal, Alemania, Grecia e Italia. En 2014, trece estados, encabezados por Bulgaria, Letonia, Lituania, Hungría, Rumania y Alemania, registraron un crecimiento natural negativo. Oficina europea de estadísticas. Eurostat. *Statistic explained*, 2014. http://ec.europa.eu/eurostat/statistics-explained/index.php/Population_statistics_at_regional_level/es

lo demográfico y lo cultural, bastaría con buscar las personas necesarias para establecer el balance demográfico donde se encuentran los mayores focos migratorios. Por supuesto, se trata aquí de un hecho imposible en una Europa cuyos habitantes, a pesar de ser conscientes de su envejecimiento y su necesidad de acoger a jóvenes, siguen rechazando la llegada de poblaciones inmigrantes. La demografía, siempre, es una cuestión con consecuencias identitarias fuertes.

El segundo conflicto a largo plazo es el problema de la integración de las poblaciones inmigrantes que vienen tanto de África subsahariana como de los países árabes. Este conflicto no solo tiene que ver, y sería totalmente demagógico afirmar lo contrario, con la diferencia entre confesiones religiosas, sino con la integración económica, profesional y educativa.

El último informe de la OCDE demuestra que más del 50% de los hijos de inmigrantes se encuentra actualmente en el paro. La situación inestable de esta población (hijos de inmigrantes, musulmanes o de otra religión, a menudo sin el mismo nivel de educación) provoca inmediatamente conflictos en la sociedad porque, incluso cuando el rechazo no está vinculado al origen de la persona, la misma víctima considera que tiene que ver con ello.

Se trata aquí de un hecho que provoca un problema importante de integración de las poblaciones venidas del sur del Mediterráneo. Problema profundo que se podría abordar con una política de responsabilización ciudadana, poniendo en marcha las mismas políticas de integración para todos, tomando en cuenta la realidad de estos grupos, luchando contra los que

transforman los migrantes en mercancía política, y contra los prejuicios vinculados a la autoimagen de una Europa blanca y cristiana. Una autoimagen que se aleja totalmente de la realidad: vivimos en la Europa de las ciudades cosmopolitas (Berlín, París, Londres, etc.), donde el melting pot se percibe nada más pasear por las calles. Nuestra sociedad es mestiza y diversa, con un rasgo importante como es la voluntad de convivir al mismo tiempo que la de ser respetada en su dignidad, lo que representa un gran desafío al que nos tenemos que enfrentar de manera positiva.

16

Empecé diciendo que este Encuentro, en vez de ser un lugar donde vamos a dar respuestas definitivas, es un camino que, como decía Antonio Machado, “se hace al andar”. Esto significa que podemos hacer camino abriendo nuestros brazos y mentes a los que tienen su singularidad y con los que tenemos que construir este Mediterráneo de la convivencia.

MUTACIONES
CULTURALES Y
DESAFÍOS
IDENTITARIOS

ANTONIO PULIDO GUTIÉRREZ

Presidente de la Fundación Cajasol

Buenos días a todos los miembros de la mesa y a todos los asistentes. Gracias a Sami Naïr por invitarme como docente y economista.

Tanto el Seminario, “¿Identidades Conflictivas o Convivencia en el Mediterráneo?” como específicamente el tema que abordaremos hoy, “Mutaciones Culturales y Desafíos Identitarios” son cuestiones importantes y de rabiosa actualidad.

18

Empezaré situando el tema con una serie de interrogantes, y tras tratar cada uno de sus aspectos, terminaré aportando algunas respuestas sintéticas.

Es una cuestión interesante, poliédrica, y difícil de explicar de una forma reduccionista. Desde mi punto de vista, el análisis que realicemos concluirá en diagnósticos, visiones y respuestas que considero de alguna manera, igualmente poliédricas.

Ya que es fundamental tener referencias comunes para tratar estas cuestiones, empezaré por la definición de identidad: la pasión, la identificación con un ideal, un pueblo, un territorio. Representa hasta dónde estamos dispuestos a luchar, a pelear, para que ese ideal transcurra, transcriba en nuestras acciones y nuestro comportamiento. Me parece importante señalar que la identidad es flexible, cambiante, y como decía Sami Naïr en su intervención, acorde con momentos históricos, sociales y culturales determinados. Definida

así, debe estar contextualizada en un espacio y en un comportamiento variable a lo largo del tiempo.

Sería interesante interrogarse acerca del origen de esos cambios identitarios, porque se hacen de forma más o menos agresiva, más o menos radical, más o menos pasional, etc.

A mi parecer, para tratar estos temas, tenemos que hacernos una serie de preguntas imprescindibles:

- Centrándonos concretamente en el Mediterráneo: ¿qué está ocurriendo?
- ¿Estos cambios identitarios están haciendo que el Mediterráneo sea diferente?
- ¿En otras épocas esos cambios o los movimientos económicos y sociales han tenido un comportamiento distinto?
- ¿Qué entendemos por identidad? ¿Esa identidad flexible, cambiante, provoca fundamentalmente los cambios identitarios actuales?
- En este momento concreto ¿por qué el Mediterráneo tiene la identidad o el comportamiento identitario que tiene?

En mi opinión, existen varios factores que están afectando de una forma rotunda al comportamiento identitario, e influyendo de una forma decisiva en el Mediterráneo.

1. En primer lugar, mencionará la crisis económica que está determinando significativamente el comportamiento de esas señas de identidad. En segundo lugar, trataré de analizar la respuesta que se está dando a ciertos comportamientos bajo el

paraguas de algunas identidades en concreto. A mi entender, la crisis económica está trayendo más desigualdad social y económica al Mediterráneo que en otras épocas. De esa manera, se genera una situación tensa y crispada, que origina una mayor reafirmación o retroafirmación de los procesos identitarios. La “falta de perspectivas” provocada está influyendo en determinados comportamientos en toda la cuenca del Mediterráneo. Tenemos como ejemplo la crisis griega. Desde el inicio de la crisis el Producto Interior Bruto (PIB) de Grecia ha caído un 25%, y posiblemente llegue, a una caída entorno a un 3% anual en los próximos años, lo que provocará un empobrecimiento mayor del país. Tenemos, pues, una crisis económica con dos consecuencias en las que quiero insistir: una mayor desigualdad y una falta de perspectiva importante. La crisis social ha desencadenado, fundamentalmente, una falta de cohesión en los diferentes colectivos sociales que se sienten afectados en sus propias perspectivas y en sus servicios sociales, o en los que proyectaban tener. Retomaré aquí una frase de Sami Nair que considero importante: aquí no vamos a descubrir todos los problemas ni a buscar una solución total, sino que nos vamos a acercar, al diagnóstico de una situación y a vislumbrar las posibles salidas relacionadas.

2. La relevancia de los medios de comunicación y de todas las redes sociales representa otro factor importante. En mi opinión, las crisis económica y social se han amplificado de forma significativa a través de los medios de comunicación, enseñando qué mal se vive en ciertos sitios e insistiendo en

el hecho de que hay gente que vive mucho mejor en otros lugares. En parte, eso explica la cantidad de gente desesperada que se juega todo para venir aquí de una forma un tanto inconsciente. Firmé hace poco un convenio con la Fundación Centro Tierra de Todos, cuyo objetivo es ayudar a inmigrantes que han cruzado en patera a través del Estrecho de Gibraltar. Tuve la suerte de hablar con muchos de ellos, la mayoría gente joven, chavales, algunos con heridas de todo este proceso. Lo que más me extrañó es que fueran personas formadas. Me acuerdo en particular de un ingeniero venido del Senegal, que había tardado en cruzar casi dos años. Me contó, junto con otro grupo de jóvenes, las aventuras que habían vivido para llegar hasta aquí. Me sorprendió, sobre todo, que pensaran que venían al paraíso. Tardaron dos años, les robaron varias veces, les pegaron en varias fronteras, tuvieron que dormir en no sé cuántos sitios y no sé de cuántas formas. Tuvieron que robar para llegar hasta aquí, hasta el punto de ser detenidos por las policías de los diferentes países por donde fueron pasando. ¿Quién les transmitió esta ciega esperanza? Seguramente lo que están viendo por los medios de comunicación y las redes sociales. Imágenes que les llevan a pensar que merece la pena estar viajando dos años para poder cruzar desde Senegal hasta el Norte de Marruecos. Así pues, me parece que la mezcla de crisis económica, crisis social y la influencia de los medios de comunicación y las redes sociales, están participando en las mutaciones culturales y en los cambios de conceptos y de identidades, provocando en paralelo una falta de respuesta ante esta situación.

Tras este sintético análisis, que tendremos oportunidad de poder desarrollar más adelante, me gustaría señalar también de forma muy resumida algunas de las situaciones que se están produciendo entre el Norte y el Sur del Mediterráneo.

¿Existe una identidad europea? ¿Qué conforma, en estos momentos, la identidad europea? ¿Existe un sentimiento de pertenencia a Europa?

Indudablemente existe un sentimiento europeo. Si se le pregunta a alguien de dónde es no responde: europeo, pero si se le pregunta si es europeo, evidentemente, responde que sí. ¿Por qué? Fundamentalmente porque Europa tiene una serie de valores en común; compartimos un respeto a las libertades, unos derechos de las personas, principios de solidaridad, derechos sociales, un estado de igualdad ante la Ley e instituciones democráticas que defienden esos derechos. Dichos valores están conformando una seña de identidad europea.

Pero la crisis ha resucitado antiguos fantasmas que, de formas diferentes, afectan tanto al Sur como al Norte del Mediterráneo. Reaparece el nacionalismo, el hegemonismo, el racismo e, incluso la xenofobia, que conducen a la pérdida de confianza en la Unión Europea y a la aparición de partidos antieuropeos como es el caso en Grecia.

Europa, por consiguiente, está en una encrucijada que la lleva por el camino de la identidad exclusiva. Se ha mencionado con anterioridad el hecho de que vivimos en sociedades multiétnicas con una diversidad cada vez más importante. Creo que lo que tenemos que

conformar en estos momentos en Europa es una identidad inclusiva de todos los que están y tienen orígenes y tradiciones diferentes.

¿Cómo conseguirlo? Pues, al contrario que muchos, estoy convencido que ahora es el momento de ir hacia más Europa. Hay que seguir potenciando los Tratados Fundacionales, es decir, más unidad política y más coordinación. Además quiero abogar por algo que, tal vez, esté olvidando Europa en estos momentos: más solidaridad. Si los fondos de cohesión europeos, durante mucho tiempo, sirvieron para que el Sur pudiera acercarse al Norte, hoy deberían de servir para el Norte de África. Este es uno de los elementos que puede ayudar a que la convivencia sea más razonable en todo el Mediterráneo.

Bajemos ahora a la orilla Sur del Mediterráneo. Si en estos momentos estamos hablando de dudas sobre la identidad europea, ¿tendremos dudas sobre la identidad musulmana?

Me parece importante apuntar, en este caso, la existencia de una visión europea distorsionada del árabe y del Islam, cargada de estereotipos y de prejuicios. Nos olvidamos con facilidad que la religión musulmana es la segunda del planeta y que continúa creciendo. En este sentido, se están produciendo ciertas distorsiones, que tienen que ver con la uniformidad de culturas que se perciben una a otra como universos cerrados y sin matices. Las religiones y las civilizaciones no son realidades estáticas. Cambian y evolucionan a la vez que la sociedad. ¿Nuestra percepción del otro está distorsionada por motivos económicos? Puede ser. ¿Porque esos motivos económicos crean problemas

sociales, junto con los medios de comunicación, y cambian los modelos culturales? Podría ser ese el proceso.

No podemos caer en los estereotipos, y en este sentido tenemos que pelear para construir una mejor convivencia. No se puede confundir el Islam con manifestaciones más radicales como el terrorismo yihadista o un fundamentalismo que no es exclusivo del Islam. Es un concepto global que no tiene sus raíces en el ámbito religioso únicamente, y está muy ligado con el subdesarrollo, con el desempleo, con la cultura de la violencia, etc. Situaciones como las que estamos viviendo incrementan estos fundamentalismos.

Existe el riesgo de que una situación que tiene en gran parte causas políticas y económicas se transforme en una guerra cultural entre identidades. Por tanto, hay que profundizar en políticas de cooperación, de vecindad, para solucionar los problemas que preocupan en este momento a Europa: la seguridad, la inmigración y la dependencia energética. Tres frentes en los que se ha producido un empeoramiento que ha evidenciado la mutua fragilidad y la necesidad de unir esfuerzos para su resolución. Por consiguiente es importante poner en marcha iniciativas políticas, diplomáticas y económicas de largo alcance. O somos capaces de mirar a largo plazo, o no podremos ver el verdadero problema que tenemos actualmente.

Es necesaria una Agenda Europea hacia un Mediterráneo global, con un enfoque renovado en materias tan importantes como la cooperación, la solidaridad y la responsabilidad. Una Agenda con varios productos centrales, con un marco estratégico

común que nos permita establecer objetivos y prioridades compartidas:

- una verdadera política común europea sobre migraciones
- una estrategia global contra el terrorismo
- una consolidación de los avances democráticos en el Sur y en el Norte del Mediterráneo
- un plan de inversiones del Mediterráneo para combatir, sobre todo, el desempleo juvenil. Tenemos que combatir la idea del anti-Islam entre todos: la sociedad civil, las instituciones, los líderes de la Comunidad Musulmana en nuestros países y también, evidentemente, los medios de comunicación. Igualmente, hay que encontrar una forma de combatir la locura yihadista, ya que las principales víctimas son los propios musulmanes. Tengo aquí algunos datos del índice de terrorismo global del 2013, elaborado por el Instituto para Economía y Paz. En ese año murieron cerca de dieciocho mil personas por los ataques terroristas. El 82 % de estas víctimas se concretó en sólo cinco países: Irak, Afganistán, Pakistán, Nigeria y Siria.

Antes de terminar, quisiera compartir una última idea: la crueldad del Estado Islámico y sus operaciones de propaganda no son un impulso irracional sino un cálculo político perfectamente controlado, en un ambiente y circunstancias definidas y con un objetivo concreto. Existen muchos jóvenes educados en diferentes países que están siendo seducidos de forma primaria por este tipo de ideología. Es tiempo de confusión y viven, a consecuencia de la crisis social sin expectativas. Al no tener ninguna expectativa o referencia, los marginados encuentran en la violencia

terrorista un clavo para agarrar sus vidas.

Termino citando tres grandes áreas en las que debemos actuar para dar algunas alternativas al problema: la social, la educativo-cultural y la económica.

- La social: con medidas de protección, de control e información en los barrios más pobres donde se sufre la falta de oportunidades, con la finalidad de dar referencias a los jóvenes.
- La educativo y cultural: para forjar un núcleo de valores compartidos que creo fundamental.
- La económica: preparando acciones como el Plan Marshall tras la Segunda Guerra Mundial, o los Fondos de Cohesión al Desarrollo de la UE al incorporarse países del sur como España, Portugal y Grecia. De igual manera, se debería elaborar un plan europeo con ayuda de otras zonas del mundo, como Estados Unidos, que tiene intereses en la zona del Norte de África. Un proyecto económico que permita que esas desigualdades, vayan por el camino de la convergencia, permitiendo así unas líneas de convivencia mucho más razonables que las que tenemos hoy en día.

Por último, me gustaría decir que, en mi opinión, el problema es lo suficientemente grave y profundo como para tomarlo mucho más en serio. Los Gobiernos, los Estados y todas las demás instituciones, medios de comunicación, etc., debemos ser capaces de tener perspectiva a largo plazo con políticas de intensidad y duraderas que impliquen el compromiso de todos.

Muchísimas gracias.

LLUIS BASSETS

Director Adjunto de El País

Europa se halla en plena mutación cultural, en el sentido más profundo, y en todo caso geopolítica. Como muchos ya han señalado, la crisis que estamos sufriendo desde 2008 es un cambio de época que está reflejándose ya en profundos cambios geopolíticos y en una redistribución de poder en el mundo.

La idea de crear una unidad más estrecha entre los pueblos de Europa, tal y como se halla inscrito en el preámbulo del Tratado de Roma, ha llegado a un punto de saturación del que es imposible salir sin dar un gran salto hacia delante, o en caso contrario, arriesgarse a la descomposición y la ruina del proyecto entero.

Como sucede con las grandes crisis que caracterizan los cambios de época, cada una de las dificultades tiene efectos sobre el conjunto entero y nada puede entenderse de forma fragmentaria. Grecia y Reino Unido, con sus respectivas vías de salida, Grexit y Brexit, tienen que ver con la definición y la identidad europea. Esta es una de las mayores dificultades de comprensión para unos ciudadanos habituados a entender el mundo y a actuar políticamente en sus marcos locales y nacionales, sin darse cuenta de que nada hay que suceda en un punto que no tenga repercusiones en el conjunto. La realidad es que el Brexit, el Grexit, la crisis ucrania, la llegada de millares de refugiados por mar a las costas de Europa o los atentados del islamismo violento, afectan por igual a todos los europeos, a la idea de Europa y al proyecto político europeo.

En esta crisis estamos definiendo los límites exteriores e interiores de Europa, la relación fundamental con la superpotencia euroasiática que es Rusia, la geometría de nuestras relaciones exteriores con los países musulmanes, los límites de nuestras relaciones interiores, como países y ciudadanos, el grado/forma de nuestra solidaridad y, también, las relaciones con nuestros conciudadanos de religión o cultura islámica. Igualmente, estamos definiendo en la práctica, la calidad de nuestros valores democráticos, nuestra idea de las libertades individuales, de la libertad de expresión y de la libertad religiosa, de nuestra idea del Estado de derecho y de los derechos humanos. Y definimos, sobre todo, nuestra capacidad para compartir la soberanía que hasta hace bien poco estaba en manos exclusivas de los estados y que ahora ya no es posible gestionar si no es de forma colectiva dentro del marco europeo. Partimos de nuestras identidades nacionales como ciudadanos de cada país socio europeo, pero la crisis, es decir, esas mutaciones culturales de fondo, nos interpelan para que resolvamos las dificultades mediante la construcción de una identidad europea, una tarea que hace bien poco nos parecía relativamente alcanzable y que ahora se nos antoja hercúlea y muy difícil, por no decir abiertamente imposible.

Todos sabemos que las soberanías nacionales ya no nos sirven para estar directamente en el mundo a título de cada uno de los países individuales, pero los europeos nos empeñamos en seguir aspirando a mantenernos en nuestros marcos nacionales y en evitar nuevas cesiones de soberanía para gestionar conjuntamente con los otros europeos nuestra presencia en la globalidad. Cada vez que se produce una nueva cesión, debe hacerse con la anestesia de las decisiones tomadas en la confusión

e incluso la oscuridad de la democracia representativa. Sabemos positivamente que si hubiéramos puesto a consulta cada una de las decisiones trascendentales que han hecho avanzar a la Unión Europea en los últimos años, no tendríamos 28 socios en la UE y 19 en el euro; ni euro, ni Schengen, ni siquiera mercado único.

Muchos pensarán que de esa forma se hubieran hecho mejor las cosas. La realidad es que la dificultad seguirá funcionando en el futuro cada vez que nos planteemos la inevitabilidad de hacer un nuevo paso adelante. El ejemplo mayor de esta dificultad es la actual crisis griega.

Cada uno de los desafíos que tiene ante sí Europa constituye una demanda de más Europa, una mayor cesión de soberanía, que es precisamente lo que no quieren esos pueblos de Europa vocacionalmente más unidos por definición de los tratados. Veamos con algunos ejemplos mayores, cómo funciona la contradicción entre la necesidad de más Europa y el rechazo de los europeos.

Europa necesita unas políticas de inmigración y de asilo al servicio de las necesidades de su economía y en consonancia con los principios y valores humanísticos europeos. Los europeos sabemos que no hay capital más valioso que las personas: el capital humano según la conceptualización empresarial. El talento, la creatividad, la competitividad, el crecimiento, se dan cuando se cuenta con una población joven, preparada y motivada, en el marco de una sociedad que sabe encauzar y premiar su energía. Las pirámides de población europeas, cada vez más estrechas por la base, plantean problemas a la hora de garantizar el Estado

de bienestar europeo, específicamente las pensiones en los sistema de reparto, y ofrecen unas energías creativas muy escasas. Necesitamos talento y fuerza de trabajo que llegue desde fuera, pero los europeos no queremos políticas de puertas abiertas hacia la inmigración y preferimos defender los derechos de los que ya están dentro, antes que garantizar el futuro de los que ya están y los que puedan venir. Una Europa que quisiera garantizar su futuro debería ser un continente de inmigración, algo que está en contradicción con su historia de continente de emigración y con sus modelos tradicionales de Estados-nación construidos a partir de una identificación étnica y lingüística.

Lo mismo sucede con las políticas de seguridad y de defensa. Los europeos observamos como si no fueran con nosotros las crisis bélicas que se van produciendo en nuestro entorno, incluso en ocasiones dentro del mismo espacio europeo. Sólo en los Países Bálticos y Polonia, debido a la crisis ucrania, hay una conciencia algo distinta a la del resto de los europeos. Pero tampoco se percibe lo que para los mediterráneos es algo más visible: la existencia de riesgos bélicos crecientes a medio plazo en todo el flanco sur del continente.

Ahora mismo, tenemos a nuestro alrededor un rosario de guerras civiles y estados fallidos como no se había producido en toda la historia reciente desde 1945. Tenemos en el este europeo una región inmersa desde hace ya más de un año en una guerra híbrida, es decir, una guerra que no se declara, con los hombres de verde rusos, sin insignias ni banderas, pero con tanques, artillería, misiles y con planificación estratégica de los servicios secretos rusos. Recordemos que fue el derribo de un avión de Malaysia Airlines el 17 de julio de 2014,

en el que murieron 298 personas, de las cuales 193 holandeses, el que disparó todas las alarmas sobre la brutalidad de la guerra que se estaba produciendo con sordina en los confines de la Unión Europea.

Tenemos a Ucrania en el límite de estado fallido, a consecuencia de la guerra y de su incapacidad para reformarse. Una región entera, Crimea, anexionada por Rusia en una acción ilegal desde el punto de vista del derecho internacional y totalmente insólita en Europa desde la guerra de los Balcanes. La descomposición de la vieja Unión Soviética ha dejado una ristra de conflictos congelados, en forma de estados independientes semifallidos y sin reconocimiento internacional, que en cualquier momento pueden convertirse en los eslabones de un nuevo estallido bélico: Transnistria, Osetia del Sur, Abjasia, Nagorno-Karabaj, Chechenia, a los que hay que añadir la cuenca del Donbass (Donets y Lugansk) y Crimea. Las guerras híbridas o larvadas en Europa Oriental son post imperiales y si se reactivan tienen que ver con la recomposición del antiguo espacio soviético, en forma de área de influencia y hegemonía rusa. Las guerras del flanco meridional, en cambio, tienen características muy distintas y corresponden a la quiebra del orden poscolonial establecido hace un siglo sobre las ruinas del Imperio Otomano. Todas estas guerras son de enorme complejidad, con frecuencia entre tres partes enfrentadas y no dos como es habitual en las guerras civiles, en las que combaten por fuerzas militares interpuestas distintas potencias, que activan las rivalidades tribales y de clanes locales y se organizan fundamentalmente alrededor de las identidades religiosas.

Hay, ahora mismo, cuatro guerras civiles abiertas en

Libia, Siria, Irak y Yemen; focos que se identifican como terroristas pero de potencial bélico, en Malí, Chad, Nigeria, Sudán y Somalia; el conflicto violento desde hace 70 años entre israelíes y palestinos y la ocupación por una superpotencia regional, como es Israel, de territorios ajenos, nuevamente en vulneración del derecho y las resoluciones internacionales, con un enorme potencial de deriva hacia el enfrentamiento entre identidades religiosas, hacia el choque de civilizaciones.

Tenemos a cuatro potencias regionales implicadas de una forma u otra en esta geografía de guerra y terrorismo, a veces con los europeos y americanos, a veces en contra, como son Turquía, Egipto, Irán y Arabia Saudí, todas ellas en competencia y con aspiraciones de hegemonía regional y en algunos casos de constituirse como eje de las alianzas internacionales de la región.

Turquía era antes de la actual crisis una potencia ascendente, que aspiraba a incorporarse a la Unión Europea y a erigirse como modelo del islamismo moderado para todos los países de la región que se planteaban una transición hacia el pluralismo y la democracia. Tenía una política exterior de cero conflictos, que aspiraba a construir sobre la sombra del antiguo Imperio Otomano una nueva hegemonía que la convirtiera en árbitro, eje de todas las alianzas y socio de todos sin distinción, a la vez en la Unión Europea y en la Umma musulmana, en las alianzas centroasiáticas y en la Unión por el Mediterráneo.

Egipto tiene, desde siempre, un papel crucial en la estabilidad de la región que nunca ha conseguido

capitalizar a pesar de su enorme potencial demográfico, económico y geopolítico. Israel le necesita para mantener el orden en el Sinaí y en la franja de Gaza; Washington para garantizar la seguridad de Israel; y todos para mantener abierto el canal de Suez. Estas necesidades sólo las ha sabido y sabe cubrir el ejército egipcio, y es evidente que la experiencia de los Hermanos Musulmanes durante la presidencia de Morsi, interrumpida por el golpe militar, ha significado un retroceso en todos los órdenes, para Egipto, para la eventualidad de un islamismo democrático al estilo de la democracia cristiana europea, y para el conjunto de la región. En el fondo, es una derrota que también afecta directamente a la Turquía de Erdogan, el país que se ofrecía como modelo democrático exitoso a las aspiraciones de permanencia de los hermanos musulmanes en el poder en Egipto y en Túnez. Este último era sólo la primera prueba del experimento, pero donde debía tener éxito para que funcionara en toda la región era en Egipto, y falló.

En cuanto a Irán y Arabia Saudí, las dos potencias rivales que se buscan mutuamente al menos en tres de las guerras en curso (Siria, Irak, Yemen) y que compiten por los lazos con Estados Unidos, sobre todo desde las conversaciones del grupo 5+1 sobre la industria nuclear iraní en Viena. Una de las consecuencias del acuerdo, es que podría entrar en juego el interés mutuo en derrotar al Estado Islámico en Siria e Irak, algo que no motiva ni entusiasmo especialmente a los saudíes. Recordemos en todo caso dos datos: Irán se situará en el umbral del arma nuclear, como lo están muchos otros países desarrollados; Arabia Saudí es ahora mismo el primer país del mundo en la importación de armas y está comprando centrales nucleares porque también

quiere colocarse en el umbral del arma nuclear como Irán. A esto hay que añadir la compra de armas de los Emiratos Árabes Unidos. Los dos países miembros del Consejo de Cooperación del Golfo han gastado más en compra de armas en 2014 que todos los países europeos sumados.

Todo esto para enunciar la siguiente paradoja: los europeos sabemos que en el futuro inmediato tendremos demanda de seguridad, política exterior y defensa, cuando, ahora mismo, somos la región del mundo que menos esfuerzo y dinero dedica a defensa, y a la vez, nada o muy poco queremos saber de una política exterior y defensa común que nos permita enfrentarnos a los desafíos de seguridad que hay en nuestro entorno. Estamos acostumbrados a tenerla subarrendada a Estados Unidos desde hace 70 años y no queremos imaginar un mundo en el que seamos nosotros los que tomemos en nuestras manos la seguridad colectiva, algo que requiere dos cosas: más gasto de defensa y más Europa, dos productos muy poco apreciados en el mercado de las propuestas e ideas políticas europeas.

El euroescepticismo británico desafía la idea de Europa. También lo hacen nuestras relaciones con Rusia, tan defectuosas. Lo mismo sucede con la crisis de Grecia, cuando un gobierno enfrenta la democracia que le ha llevado al poder con la democracia de los otros socios europeos. Pero el mayor desafío que tiene Europa ahora mismo, según mi parecer, es el que plantea el yihadismo y más en concreto el Estado Islámico, porque afecta a varios planos políticos y de seguridad y sobre todo a la propia identidad europea.

El EI plantea ante todo un problema directo de seguridad para Europa con el reclutamiento de los muyahidines en sus cárceles y en sus banlieues, con el regreso de los combatientes, con la acción de los llamados lobos solitarios. Hay un peligro de atentados masivos, como los que ya hemos sufrido en Madrid y Londres, de ataques puntuales con objetivos muy precisos, como los que ha sufrido la comunidad judía o artistas y periodistas en Francia y en Dinamarca. Afecta a los movimientos de población hacia Europa y a sus políticas de emigración y de asilo. Tiene repercusiones en las libertades y en el Estado de derecho: véase lo que está ocurriendo con los centros de detención, las expulsiones en caliente, la restricción de derechos, o los intentos de resolución del problema mediante soluciones militares o policiales, en vez de llegar a la raíz de los problemas primero en los análisis y luego en las soluciones. Y afecta sobre todo, a los valores europeos, a la idea europea de las libertades públicas, a la libertad de expresión y a la idea europea de laicidad, e incluso al surgimiento en el seno de las sociedades europeas de divisiones religiosas políticamente relevantes y de brotes de antisemitismo y de islamofobia.

El EI impugna directamente y corroe la idea de Europa en todos los planos, hasta constituir en la práctica una especie de alternativa o de respuesta pensada para los musulmanes inmigrantes, para los nacidos en Europa e incluso para sectores sociales marginados susceptibles de conversión al islam. Es una alternativa vital: hacer la hujra a la tierra sagrada de Shams (Siria e Irak) para emprender la yihad contra los infieles y los opresores, contra los dictadores y sus aliados, en definitiva contra Occidente. Y es una alternativa política: el califato regido por la sharía en contraposición a la sociedad

multicultural e impía regida por las leyes occidentales. De hecho el EI o Daesh es una impugnación global y violenta de la idea de Europa como espacio de seguridad y de prosperidad, de libertad y de ciudadanía, de cultura y de patrimonio.

La reacción política ante este desafío es muy preocupante, porque revela una incapacidad incluso para comprender su alcance. Cameron y Rajoy, por ejemplo, han reaccionado ante los últimos brotes de violencia de forma canónica, al igual que hizo Bush después de los atentados del 11S declarando que no tienen nada que ver con el Islam, que es una religión de paz. Por su parte, Manuel Valls, hombre que ama la franqueza y la comunicación directa, se pregunta si no estaremos ante una guerra de civilizaciones, en el sentido que le dio Samuel Huntington y en el que adoptaron incluso los dirigentes de Al Qaeda. Valls, como si aceptara el desafío, ha señalado que ésta es una guerra que no podemos perder, porque nuestra sociedad, nuestra civilización, nuestros valores son los que están en juego.

Europa está cambiando, en sus límites externos e internos, en su identidad y en las identidades de sus componentes, pero uno de los cambios mayores se produce a la hora de definirse frente a los enemigos exteriores, reales o imaginarios, evidentes o contruídos.

Si estamos de nuevo, como en la época medieval, en una recreación de las guerras santas y cruzadas con la Cristiandad, ahora llamada Occidente, contra el Islam mundial, como parece sugerir Manuel Valls en sus declaraciones, el futuro de Europa sería el de una

regresión a las identidades y a los enfrentamientos del pasado, y un fracaso rotundo como proyecto, como idea y como modelo de sociedad.

Si hemos llegado hasta aquí no es por casualidad. Enumerar los problemas no basta. También cabría localizar las decisiones erróneas, las políticas desacertadas, que nos han conducido hasta aquí. La segunda guerra de Irak, sin duda. Pero también la política de alianzas con los dictadores árabes. El pacto entre Estados Unidos y Arabia Saudí. La inhibición primero y el intervencionismo irreflexivo después en la primavera árabe. La reciente guerra de Libia. La actitud occidental en Siria. La incapacidad europea en Oriente Próximo. La condescendencia con el Egipto de Sisi y con la Arabia Saudí de Abdalá y ahora de Salmán. La carta blanca para la colonización israelí de Cisjordania...

Sólo he intentado explicar el paisaje, describir el problema, y plantear algunas preguntas, pero prefiero dejar las respuestas para que las discutamos juntos en el coloquio. Muchas gracias a todos ustedes por su atención.

FATMA OUSSEDIK

Socióloga en la Universidad de Alger² y escritora

Quisiera dar las gracias al profesor Sami Naïr y a todas las personas que me han permitido estar hoy con vosotros.

Argelia es un Estado rico con un pueblo pobre; un lugar doloroso y me gustaría añadir, un país no amado

por desconocimiento. A menudo nos interrogamos y sorprendemos sobre todo lo que sabemos de vosotros - vuestra poesía, vuestra literatura, vuestros paisajes -, y lo poco que, a cambio, sabéis de nosotros, o más bien, lo poco que habéis querido saber. Estoy convencida de que “los tiempos oscuros”, por hacer referencia a la intervención de Lluís Bassets, se nutren de esta falta de reciprocidad.

Hablaré de la cuestión de las identidades como algo doloroso y veremos porqué nuestro dolor parte de cuestiones que giran alrededor de la violencia que hemos vivido y experimentado desde hace dos siglos; de qué manera las identidades nos persiguen; y de qué forma estamos constantemente interrogándonos. ¿Somos parte del nacionalismo árabe? ¿Pertenece al mundo africano o mediterráneo? ¿Quiénes somos? ¿Qué puede explicar nuestra realidad? ¿Son las investigaciones de Edward Said? ¿Es la Teoría post-colonial de Achille Mbembe? Los interrogantes nos acompañan, atravesando nuestros escritos, nuestras costumbres, nuestros intercambios.

Las identidades en Argelia son fruto de referencias identitarias y el resultado de una construcción cotidiana. Es decir, que diariamente ponemos en marcha estas referencias para vivir, llegar a ser, y construir un día a día. En el interior de ellas, los humanos han inventado las religiones, que aparecen sólo si las convocan, es decir, mientras las necesitan. No debemos olvidar este aspecto al cuestionarnos sobre el papel que juega el Islam, hoy, en el país que os voy a presentar.

La idea de pertenencia a Argelia es reciente. La palabra Argelia nació del encuentro colonial, razón que puede

hacernos comprender el origen del dolor. Francia dibujó las fronteras que nos separan de Marruecos y nos permitió construir una identidad nacional argelina, oponiéndonos a ella. Lo que nos lleva a cuestionarnos sobre cuáles han sido las referencias que hicieron posible esta construcción durante la colonización.

Para contestar a esta pregunta, empezaré por señalar la importancia del Decreto Cremieux. Con él, la Francia colonizadora decidió que los judíos podían obtener la ciudadanía francesa sin tener que abandonar su religión. Ahora bien, Argelia era un país de cristianos, judíos y bereberes de confesión judía. Francia, país laico, empezó a dividir opiniones (separar a las personas) en torno a la cuestión religiosa, con la construcción de tribunales religiosos (malequides, anafides, ibadites). A estos se sumaban los tribunales con un código tradicional bereber, tribunales para judíos y el código civil para los franceses. La primera forma de maltratar la referencia laica desde la sociedad francesa, permitió dividir y organizar la nacionalidad argelina.

Recordemos, por otra parte, las manipulaciones sobre el comunitarismo con los escritos del mitecabil: un pueblo que se transformaba rápidamente en demócrata, pasando a amar de forma espontánea a Francia... Evidentemente, aquello tuvo repercusiones dentro del movimiento nacional y antes del principio de la Guerra de Liberación. Desde entonces, asistimos a una grave crisis con el “movimiento bereber”, conjunto de militantes proveniente de la región de la Cabília, que planteaba la pregunta de la democracia y de la identidad argelina. Ahora bien, el movimiento nacional decidió dar una respuesta que consistía en excluir a esos militantes tratando de hacerles pasar por

comunitaristas. En 1962, se produjo otra crisis entre los dirigentes del movimiento nacional, con el discurso que Ahmed Ben Bella¹ dio al salir de la cárcel, durante una escala en el aeropuerto de Túnez, antes de finalizar su viaje a Egipto. Repitió tres veces “somos árabes”, reivindicando así su pertenencia al nacionalismo árabe, lo que provocó la ira de Hocine Aït Ahmed². Este episodio anunció la gran crisis del 62, de la cual salieron victoriosos Ben Bella y Huari Bumedián³, formados en Egipto con Fet Heidib. Ambos trabajaron en la definición de la identidad nacional basándose en referencias arabistas.

De ahí que, los textos fundadores de la Independencia, con los cuales la primera Asamblea Constituyente definió la identidad nacional de manera excluyente, se basen en el argumento que todo argelino debía ser musulmán para obtener la nacionalidad. Esa interpretación provocó el rechazo de varios diputados que abandonaron la Asamblea en protesta contra la exclusión de militantes cristianos y judíos, verdaderos iconos de la lucha por la liberación, como Daniel Timsit, Pierre Chaulet o Maurice Audin.

De igual forma, los textos fundadores provienen de las Cartas Nacionales, corpus ideológico del sistema argelino, producidas por intelectuales del sistema, a saber Mostar Achraf, o Mohammed Seddik Benyahia,

1 Ahmed Ben Bella, llegó a ser el primer presidente de la República Argelina Democrática y Popular tras su independencia en 1962.

2 Después de haber sido durante la guerra de independencia de Argelia uno de los principales dirigentes del Frente de Liberación Nacional (FLN), Hocine Aït Ahmed fundó, en septiembre de 1963, el Frente de Fuerzas Socialistas (FFS), que aboga por el pluralismo político.

3 Político que llegará a ser Presidente de Argelia de 1965 a 1978.

que fue Ministro de Asuntos Exteriores. En 1965, estos intelectuales se vieron influenciados por las reivindicaciones, violentamente reprimidas del maquis y del FFS⁴, que reclamaban una identidad nacional construida en torno a la aceptación de la diversidad, con la integración del pueblo bereber. Como resultado, propusieron unos textos que contenían una definición de la identidad basada en la noción de “componentes”. La identidad nacional estaría integrada por tres de ellos: el árabe, el bereber y el musulmán. Desde entonces, asistimos a enfrentamientos sin fin entre ellos.

La identidad argelina, construida de esta forma, se traduce hoy día en una Constitución donde el árabe es la identidad, el islam la religión de Estado, y con la cual lentamente Argelia ha rechazado una multiplicidad que no obstante era secular.

Desde el punto de vista de las relaciones con “el otro”, también destaca el papel de Francia. En palabras de Paul Elouard, “es a partir de ti que he dicho que sí al mundo”. Las relaciones internacionales que mantenía Argelia cambiaron radicalmente. El comercio argelino, que estaba orientado principalmente hacia Génova y Livorno, se desplazó a Marsella y Toulon, provocando el abandono del mercado italiano a favor de una relación comercial bilateral con Francia.

El segundo elemento importante en nuestra relación con Francia es el idioma. La lengua francesa, que los

4 El FFS, Frente de Fuerzas Socialistas, es un partido político miembro de la Internacional Socialista, y fundado en 1963 por Hocine Aït Ahmed., Partido socialdemócrata y laico, mantiene la misma postura de doble oposición desde sus principios: contra el gobierno de facto y contra los islamistas radicales del Frente Islámico de Salvación (FIS).

argelinos quisieron hacer desaparecer con su política de arabización, hoy en día no deja de ser un criterio de promoción social. En efecto, sólo pueden encontrar un trabajo interesante los que tienen un buen nivel de idiomas y en particular de francés. Sobre este punto, existe una suerte de traición ideológica que consiste en haber conducido generaciones de jóvenes estudiantes hacia la arabización sin decirles que una vez integrados en el mercado laboral, no iban a poder acceder a un buen empleo por su desconocimiento de las lenguas extranjeras, y sobre todo del francés. La administración argelina funciona por lo general en francés y de ahí que las personas que han tenido acceso a la lengua y cultura francesas en su círculo familiar o han tenido ocasión de viajar y relacionarse con otras culturas, sean las únicas en tener visibilidad en el mercado laboral nacional e internacional.

La segunda realidad francesa proviene de la relación Francia-África. Hoy en día, escuchamos a los políticos franceses decir cuán esencial es Argelia en el juego regional y cómo goza de buena salud el señor Buteflika. Es decir, mensajes que nos mandan el señor Le Drian, el señor Hollande, o el señor Valls, con la intención de reforzar el régimen existente. Así pues, la política francesa tiene todavía peso en la región y suscita muchos interrogantes; por ejemplo, en cuanto a sus vínculos con el wahabismo. Se cuestiona una cierta complacencia de los países occidentales hacia este movimiento, y el papel jugado por Qatar en la economía francesa levanta sospechas. Observamos, dubitativos, hasta qué punto se nos requiere ser un país laico, y al mismo tiempo, aliados objetivos de los que se arman y arman a los islamistas.

El Magreb es el tercer elemento de nuestra relación identitaria con otros espacios. Mi generación, heredera de un movimiento nacional que primero fue magrebí, le tiene mucho cariño. Y en mi caso, aún más, dado el vínculo existente entre el Magreb y el movimiento feminista, que considera tener un destino común con él, y reconoce por consiguiente no tener futuro sin su unidad. Desafortunadamente, nuestras relaciones con el Magreb están repletas de manipulaciones provenientes de los Estados Nacionales argelino y marroquí, que, para reafirmar la necesidad de una unidad nacional y de una identidad particular enfrentada a un enemigo común, cuestionan constantemente el trazado de las fronteras existentes entre los dos países.

Estas manipulaciones refuerzan los ejércitos de ambos Estados, dándoles unos medios y un espacio en el debate político que, si no, no tendrían. Por otro lado, la tensa situación que resulta de este conflicto, nutre igualmente el apego de los argelinos a la doctrina del derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos, directamente heredada de la Guerra de Liberación y del corpus ideológico del movimiento nacional.

No olvidemos, por otra parte, que Argelia siempre ha ocupado un papel muy importante en las rutas saharauis, lo que se refleja en nuestra identidad. Cuando escuchamos la música argelina, por ejemplo, nos damos cuenta de todas las culturas que la componen. Está hecha de jazz, de música andaluza y también de ritmos africanos. Desde siempre, en África hemos intercambiado todo, ya decía Braudel: “el Sahara es como el Mediterráneo, un espacio donde se intercambian ideas, materiales y personas”. Actualmente, las rutas del Sahara se están reactivando,

pero por otras razones: transporte de droga, de personas, de armas, de ideologías....

Volvamos a Francia para tratar el tema de las migraciones. Hace unos meses leía en un periódico argelino que se había construido en el sur del Sahara una cárcel de migrantes. En el mismo artículo mencionaban la primera reacción del comisario de policía argelino viendo una mujer embarazada. Dijo, haciendo referencia a la política migratoria francesa: “menos mal que no tenemos el *Ius solis*”. Con esta anécdota, podemos percibir la preocupación por proteger una identidad argelina frente a la supuesta intrusión violenta que representaría la “peligrosa categoría” de inmigrantes subsaharianos. Curiosa reacción, considerando que existió, durante siglos, modalidades de inserción de estos pueblos a nivel regional. Por citar un ejemplo, en Argel encontramos el movimiento Gnaua proveniente de Guinea. Sus miembros son argelinos, pero mantienen su música y tradiciones, que celebran con regularidad y en las cuales participamos todos con entusiasmo. Se encuentran concentrados en Gardaia, Timimún y en la región de Orán.

En la actualidad, nuestra relación con la inmigración ha cambiado. Hemos aprendido la nación bajo vuestra influencia, según vuestros criterios, y la defendemos con las armas que nos habéis enseñado.

Como último ejemplo de nuestra relación con el otro, hablaré de nuestro trato con Estados Unidos, la Coalición y la OTAN. Tres entidades con las cuales compartimos un pasado violento, marcado por la segunda guerra de Irak que fue una experiencia

traumática para las poblaciones de cultura musulmana. Recordemos ciudades que han sido bombardeadas, como Bosra o Cufa, cuyo papel fue esencial en la historia y en la elaboración de los textos islámicos. Representaban parte de la Gran Mesopotamia, todo un universo cultural tratado con violencia y desprecio. Hoy se protesta cuando se bombardea Tombuctú, pero el silencio fue total cuando se atacaron estas dos ciudades. La Coalición, la OTAN, también es Israel. No me extenderé sobre la “carta blanca” dada al Estado israelí, hecho que observamos todos los días. Únicamente diré que representa una agresión para cada persona y está en el origen de reacciones violentas.

Tenemos que ser capaces de escuchar esos argumentos para comprender el origen de las protestas, de la indignación o del rechazo hacia un modelo occidental. Lo que hace eco por este lado del Mediterráneo es Busra, Al Qods, Aza, Tombuctú, pero también Andalucía, como una referencia que nos eleva. Nos acordamos de ella, a través de la cual hemos regalado al mundo un pensamiento. De igual manera, recordamos que la frontera no era el Mediterráneo, sino que se encontraba en el Continente Europeo, y que en ese momento pertenecíamos a vuestro mundo, del que no estábamos excluidos.

Quiero transmitir esas referencias para dar a entender cómo se está construyendo la identidad e idea de Argelia, cuál es su relación con el otro y cómo se ha formado su “yo” colectivo. Pero, por otro lado, me parece imprescindible hablar de las identidades personales como la edad, el sexo o las categorías socio-profesionales. Cuando observamos estos criterios en Argelia, encontramos muchos hombres jóvenes,

marginados, sin estatuto. El 30% de los diplomados sufren el desempleo. El acceso al matrimonio es muy tardío, con una edad media de 32 años para los hombres y 30 años para las mujeres. En un contexto donde la moral sexual pesa, donde el acceso a una vida sexual está reprimido, entendemos la dificultad de los jóvenes, tanto hombres como mujeres, para llegar a tener un estatuto de adulto. Ahora bien, si volvemos a las identidades sexuales, tal y como estaban construidas antropológicamente, observamos que el papel del hombre estaba definido por dos cualidades: alimentar y proteger al grupo. Hoy muchos hombres jóvenes se encuentran sin la posibilidad de alimentar al grupo y les queda únicamente la posibilidad de derramar su propia sangre para poder aspirar a una posición masculina dentro del grupo social.

Numerosas mujeres argelinas, provenientes de esas categorías marginadas, son extremadamente conscientes de lo que está pasando, lo que podría explicar la presencia del género femenino en los movimientos terroristas situados en el maquis. Hice un trabajo de investigación sobre este tema me permitió establecer un modelo: la mayoría eran jóvenes, a menudo hermanas, estatuto que definía su papel dentro del grupo. Habían llegado allí, en parte porque los jefes terroristas islamistas habían pedido traer a las mujeres de las familias de los maquis para que pudieran tener una vida sexual, ser alimentados y ser asumidos por las mujeres. Llegué a la conclusión de que para ser mujer, se necesita tener una imagen clara del hombre. En estos contextos particulares, se apoyan en ese concepto de masculinidad para poder llegar a ser un sujeto femenino.

Existe otra problemática que concierne a las personas de clase media con un buen nivel de formación: el deseo de irse. Lo llamamos la Haraga; término que proviene del verbo quemar y refleja la manera que tenemos de quemar nuestras raíces y partir.

Se ha dicho muy a menudo que los jóvenes se iban porque estaban fascinados por Occidente. Bien, os invito a mirar en internet los videos subidos por jóvenes que se dirigen al Presidente de la República argelina en estos términos: “te dejo este país, no lo quieres soltar, tu generación no quiso soltarlo, pues os lo dejo, me voy”. Esa es la realidad que queman al irse. No podemos justificar la salida de los jóvenes pensando únicamente que los occidentales nos alienaron, también tenemos que tener en cuenta lo que hemos hecho y creado con nuestras independencias: un poder que no necesita ni pide élites.

Efectivamente, en cuanto se producen pensamientos y contestaciones, se desea la salida del país. A falta de ser asesinado, como ha sido el caso de muchos amigos, se desea la partida hacia otros horizontes. Así es como los argelinos mejor formados acaban en el extranjero. Están en Francia, en Canadá, en la Silicon Valley, donde son los más numerosos en desarrollar PYMES. Existe, pues, el paradigma en nuestra sociedad, de un gobierno que ha invertido mucho en la enseñanza y que a su vez, desea la salida de las personas mejor formadas.

A esta contradicción se suma también la crisis de las perspectivas intelectuales e ideológicas. ¿Qué corpus de pensamiento o ideología ofrecemos para captar toda la ira y canalizar el cuestionamiento social? ¿Qué horizonte ofrecemos en nuestros discursos?

Estas preguntas me llevan a hablar del pensamiento del filósofo alemán, Peter Sloter, que desarrolló la idea de “banco de la ira” en uno de sus libros. Para él, la ira siempre ha existido en las categorías más frágiles de las sociedades, y se invertía en distintos corpus ideológicos como el comunismo u otras ideologías. Hoy, según su teoría, el islamismo sería uno de los principales “bancos de la ira”, por su capacidad de ingerir la ira de todas estas categorías que he intentado retratar y a las que concede una identidad y un horizonte, aunque el acceso al paraíso sea a través de la muerte. Creo que deberíamos pensar más en esta reflexión cuando intentamos entender a los conversos. Tenemos que generar preguntas sobre la elección de estas personas sin cuestionar solamente el islam. Los conversos vienen de familias católicas y han vivido en Occidente.

Es pues, dentro de Occidente donde han encontrado las razones de la ira que les llevó a comprometerse con un tipo de islamismo que desemboca en el terrorismo. Hoy, el terrorismo y el comunitarismo, disputan el monopolio de la violencia al Estado argelino. Existe un cuestionamiento muy fuerte de la idea nacional en sí, así como de la representación del Estado Nacional. Tanto el islamismo -que llama a una “Supra Nación” en nombre de la UMA, como los movimientos bereberes -que defienden un modelo político basado en una regionalización potente-, se oponen al Estado argelino en su planteamiento actual. Es decir, un Estado que ha conseguido producir un hombre nuevo en Argelia, que no existía en la época de la lucha por la liberación, tampoco en los 80, y que hoy representa un hombre con una identidad nueva. Un hombre nacido de la desregulación de la economía (el impuesto no se cobra), del empleo informal, de los viajes a sitios

donde se concentran los Wahabíes, y de los medios de comunicación que emiten programas de televisión desde Oriente Medio. Todo eso ha contribuido a crear un corpus ideológico basado en lo sagrado.

La buena noticia en medio de todo eso, es que lo sagrado ha bajado a la palestra política, y que en Argelia hay gente dispuesta a pelear en ella, para que “ese sagrado” se humanice.

CRISIS
DE LA POLÍTICA
Y CAMBIOS
IDENTITARIOS

ALAIN TOURAINE

Sociólogo y escritor

Agradezco, en primer lugar, a los organizadores de este coloquio por haberme invitado. Es un honor y un placer para mí participar en este debate y tener una oportunidad más de visitar a mis colegas y amigos de España, y por la misma, redescubrir un país que está sufriendo una profunda crisis pero que demuestra una gran capacidad para tomar iniciativas y luchar, hecho que llama la atención de todos los europeos. España es un país que ha sido golpeado más fuerte que cualquier otro y que vive todavía grandes dificultades; sin embargo, posee una capacidad de iniciativa profundamente respetable, que no se encuentra en los demás países euro-mediterráneos.

36

Empezaré mi intervención hablando de la globalización. Es una realidad que la participación del mundo entero en las grandes corrientes de comunicación transforma la representación que cada país o región tiene de los demás. En este contexto, estamos viviendo una crisis difícil para los países occidentales, que hace poco, eran los dueños del mundo a través de los sistemas coloniales y ahora se enfrentan a otro mapa geopolítico remodelado por China, “la fábrica del mundo”, que es la segunda o, tal vez ya, la primera potencia mundial. Los países occidentales, dominantes durante el siglo XIX, están preocupados al no conseguir definir su propia situación, y chocan contra los intentos de construir un sistema diferente en los países llamados emergentes. Los occidentales no podrán aceptar esta globalización que han creado, y a la vez mantener la conciencia de su superioridad. No tiene ningún sentido afirmar que

las distintas partes del planeta se van a unificar para formar un solo mundo.

Una segunda idea, tradicional en las ciencias sociales pero marginal al ser siempre rechazada por la mayoría de los científicos sociales, es la existencia de una serie de civilizaciones, de culturas, que se diferencian por su diversidad cualitativa. Por consiguiente, si bien es cierto que las mismas técnicas, los mismos sistemas, las mismas redes se desarrollan en el mundo entero, la capacidad de cada país, de cada región del mundo para transformarse y participar en la globalización, depende de diferentes valores cuyas expresiones más globales y fuertes son las religiones o las ideologías. De tal manera que nos encontramos con un pensamiento importante, que ha tenido consecuencias políticas enormes, oponiendo el oeste cristiano al este o medio oriente islámico, y también a una China confucionista y taoísta. Actualmente esta visión se ha difundido, no tanto gracias a la gran influencia de los artículos de Huntington, sino más bien a través de un grupo de intelectuales llamados los neoconservadores, a menudo hijos de trotskistas y de intelectuales de izquierda.

Asistimos, estos últimos 20 años, a un periodo que empezó a hacerse visible con el famoso 11 de septiembre y la segunda guerra con Irak, desencadenada por el Presidente Bush, a pesar de la oposición de Francia, miembro permanente del Consejo de Seguridad y de otros países como Alemania, Chile y México. Después, la desorganización, la crisis y el derrumbe de Irak, así como la transformación de un grupo yihadista en un Estado Islámico conocido como Daesh, se posicionan en el centro de un estado de guerra que opone una parte del mundo contra otra y que se puede definir

desde varios puntos de vista. Por esa razón quisiera empezar, antes de hablar de distintas áreas del mundo, comentando ese pensamiento, esa teoría rechazada por la mayoría de los sociólogos.

Primero, me parece evidente que los elementos comunes existen, pero no son las religiones: China no es un mundo religioso, Europa no es un mundo religioso, Estados Unidos, con un discurso cristiano, lo es un poco pero no deja de ser la primera República laica en la historia del mundo. Ahora sí, compartimos la ciencia, la tecnología, el sistema de comunicación, las redes sociales.

Existen, a nivel mundial, unas referencias universalistas, que no son únicamente de tipo científico, puesto que no se trata de considerar solamente las posiciones de los gobiernos. Si hablo de China, por ejemplo, no tengo por qué tomar en cuenta de forma exclusiva el gobierno chino, cuando es conocido que hay miles de millares de oponentes encarcelados, intelectuales exiliados, que participan del pensamiento universalista de los derechos humanos fundamentales que llamamos la ilustración desde el siglo XVIII. Por tanto, hay que diferenciar un primer nivel de análisis en el cual distinguiremos dos elementos:

En cualquier tipo de sociedad, existen conflictos sociales dentro de una misma cultura. No son conflictos belicosos y totales, pero están relacionados con el uso social de la cultura compartida por todos los elementos dirigentes y dirigidos de este nuevo tipo de sociedad. Son creados por relaciones de poder, y he aquí lo importante, lo que caracteriza a nuestro tiempo: cuanto más fuerte es la creatividad de una sociedad, más extensa es la dominación de entre

los dirigentes sobre los dirigidos. En otras palabras, y esto me parece fundamental: por primera vez en nuestra historia moderna, los sistemas de poder no solamente controlan los recursos económicos sino también las subjetividades. Tener el poder significa crear o controlar representaciones, imágenes, medias, sistemas de decisiones, sistemas de representación política. Hablando en términos concretos, tenemos tres grandes sistemas de poder que no llamo “totalitarios”, al contrario de los sistemas del siglo XX, pero sí “poder total”, para indicar así la diferencia entre las dos generaciones.

En el mundo occidental, como todos sabemos, el hecho fundamental es la destrucción del capitalismo industrial por parte del capitalismo financiero. Actualmente, más de la mitad de los capitales se utilizan para usos y funciones no económicas, no productivas y con un nivel de concentración del capital que no existía antes. Mucha gente, al igual que Henry Ford, el famoso magnate de la industria del automóvil, decía: “Considero normal que el empresario que crea puestos de trabajo y riqueza gane mucho más que un obrero.” Parecía normal que se ganara, hasta 20 veces más, pero hoy en día son 400 veces, lo que era impensable en la época de Ford. A este hecho se refieren los jóvenes americanos y también el Presidente Clinton, cuando declaran que el 1% de la población americana tiene en su poder la mitad del producto americano. Razón por la cual la oposición dice hablar en nombre del 99 % restante. Eso es algo nuevo en el sentido que se comparte con el segundo sistema político, basado en el modelo totalitarista comunista: China o Rusia son países de pobres con muchos millonarios, de tal manera que también se reparte la riqueza por mitad

entre el 1% y los 99%. Y entre los dos modelos, se encuentra el mundo de los sistemas totalitarios posnacionalistas o pos-descolonización, el antiguo tercer mundo, no solamente en el medio oriente, sino en África. En cuanto a América Latina, es parte (menos Haití) del mundo occidental por su nivel de desarrollo. Frente a un poder total, que intenta controlar el espíritu y no solamente el cuerpo, no basta oponer la defensa de los derechos civiles ni políticos ni siquiera sociales o culturales; es insuficiente. Para combatir un poder total, hay que defender algo que sea en sí mismo total. Por eso, en mi propio vocabulario, hablo de la vuelta o del nacimiento del concepto de “sujeto”, es decir de los seres humanos en cuanto tienen la capacidad de crearse, de transformarse, e incluso de destruirse.

Este concepto implica la existencia de un universalismo cultural y un conflicto social central, extendido a nivel mundial, a pesar de las diferencias inmensas entre el primer, el segundo y el tercer mundo. Para responder a esta situación, se crean nuevos movimientos sociales que son en realidad movimientos ético-democráticos. En lo concerniente a los derechos fundamentales, en mi opinión existe un acuerdo general sobre el reconocimiento de los mismos. Y no hablo del derecho de comer o tener una casa, como en la Declaración Universal del 48, sino de la libertad, de la igualdad y de la palabra fundamental de nuestro tiempo, la dignidad. Se trata de no ser humillado, de recibir un trato humano en el respeto de los derechos fundamentales no materiales. En otras palabras: se trata de ser reconocido como sujeto.

Así está hecho el mundo en el que vivimos. Un mundo que no tiene nada que ver con una occidentalización

generalizada o con la destrucción del mundo occidental. Al contrario, es un nuevo tipo de sociedad con sus aspectos culturales, políticos y sociales propios. Y eso es exactamente lo contrario del análisis de Huntington. Quisiera mencionar aspectos concretos sobre estas tres partes del mundo, pero por razones de tiempo haré exclusivamente referencia al mundo comunista. Cada vez que un movimiento se expande más allá de un nivel muy local, el Gobierno chino corta las cabezas de los dirigentes, como lo hicieron con un movimiento de tipo religioso algunos años atrás. Por eso insisto mucho que el mundo chino, aparentemente silencioso, en realidad, dicen expertos como Simon Leys, autor belga que estudió la revolución cultural a fondo, es un país que tiene una fuerte oposición con orientaciones universalistas y donde una importante parte de su población habla y vive en un mundo de tipo occidental. Lo que acabo de definir como esquema general se aplica, seguramente, a este país.

No me extenderé más sobre este tema, ya que nos interesan más en el marco de este Coloquio, la parte islámica y la europea. En ambas veo la misma situación, con sus obvias diferencias: no son sociedades nacionales, sino sociedades dualizadas.

Empecemos con el mundo islámico.

Los países ubicados al sur y al este del Mediterráneo fueron, desde la derrota del Imperio Otomano hasta el final de la Primera Guerra Mundial, dominados por un sistema colonial en el cual Gran Bretaña tuvo, como en otras partes del mundo, una posición dominante.

Tras la Segunda Guerra Mundial, se formó contra este

sistema, un movimiento general de descolonización apoyado por la Unión Soviética y dirigido contra la hegemonía americana. Varios países alcanzaron a crearse y ser reconocidos como Estados nacionales, en particular Egipto y la India. En el Magreb también conquistaron su independencia Marruecos, Túnez y, tras un largo conflicto, Argelia. Los países brevemente ocupados por Italia y otros como Sudán o la República Centrafricana, no llegaron a estabilizarse. Irak y Siria, gobernados brevemente por el Partido Baath y dirigidos por marxistas, entraron en crisis profundas, mientras Irán y Turquía a pesar de las crisis internas se fortalecieron.

En la zona islámica, el modelo más influyente, fue la acción del Presidente Nasser en Egipto. Todavía hoy este país es, indudablemente, por razones históricas y actuales, un Estado nación unido. Con posterioridad, otros pueblos intentaron erigir su Estado nación, como los sirios e iraquíes, dos pueblos baasistas con orientación nacionalista. Estos países fracasaron, especialmente Irak, cuya población, en gran mayoría chií, fue gobernada por suníes y en particular por Sadam Hussein. ¿A quién debemos achacar la responsabilidad de ese fracaso? ¿A los americanos o a los iraquíes? Para mí, el proceso histórico contribuyó a destruir este país. Por otra parte, países como Siria se derrumbaron por razones más internas. No me refiero solamente a la Siria de Hafez al-Asad que mató a 80.000 de sus ciudadanos, sino la de Bashar al-Asad, el actual presidente, bajo la presión de la oposición demócrata y luego islamista. De la misma manera, otros países se desplomaron, como Yemén, Barein, Afganistán o Pakistán que sufrió una serie de golpes militares.

Mi hipótesis es que estos países cayeron, por un lado, a causa del fracaso de su modernización política y económica, y por otro, en razón del doble juego de los países petroleros. Donde fracasó la construcción de los Estados modernos económica y políticamente organizados, se formó la dualización y lo que llamo anti-movimientos sociales, es decir, movimientos que no se construyen sobre la voluntad de crear un nuevo régimen sino sobre el odio hacia un enemigo externo. Por consiguiente, la realidad fundamental de estos países suníes es la lucha contra los países chiíes, hecho que aumenta cada día.

Asimismo, hoy, en Oriente Medio, el conflicto israelí-palestino es menos visible que el conflicto Arabia Saudí (suní) - Irán (chií), que tiene lugar en un Yemen invadido por una milicia pro-iraní. En mi opinión, es el fracaso de la construcción nacional lo que explica la formación de un Califato o Estado Islámico (Daesh). Imagen del triunfo del concepto de “ummah” contra el concepto de Estado, lo que crea una acción política dirigida hacia el odio a la gente de fuera, como el chií o el enemigo del islam, encarnado por el mundo occidental.

Para concluir esta parte, me gustaría aclarar que la lucha tiene lugar entre la “ummah” y los Estados. La implicación de los países occidentales está, al igual que numerosos otros conceptos, instrumentalizada por el Estado Islámico que está tendiendo una trampa a Occidente, como lo indica el libro de Pierre Jean Luizard “La trampa Daesh”. En efecto, consiguió implicar a Occidente en su guerra y sigue provocándolo para que se envíen soldados occidentales a una región donde el Estado Islámico aportó un proyecto político atractivo

con una serie de valores universalistas. Una masacre sensibilizaría a más « fieles » en todos los países arabo-musulmanes.

El futuro de esta campaña anti-Daesh depende de Egipto, Irán, Turquía y Arabia Saudí y de los kurdos. Es la lucha interna la que domina y determina la evolución de Oriente Medio y no la lucha intercontinental, ni mucho menos interreligiosa.

El mundo occidental.

Los países europeos conocen también conflictos internos. Si bien es cierto que estos países están integrados en una economía globalizada, la mayor parte de ellos experimentan movimientos xenófobos, racistas y a menudo anti-europeos. En especial y de manera sorprendente, en la Europa del Norte, más moderna y sólida: Finlandia, Dinamarca, Países Bajos y la parte flamenca de Bélgica son casos extremos. Por el contrario, España e Italia, a pesar de una inmigración fuerte, no conocen movimientos políticos de este tipo. Entre los dos grupos de países, se encuentra Francia, donde este movimiento ha conseguido el éxito electoral más importante.

Para tratar del mundo occidental, nos referiremos a la noción de territorio, difundido en estos diez últimos años. Es un concepto fundamental que va más allá de la visión geográfica que sostiene que en nuestros países siempre hubo grandes diferencias entre las partes desarrolladas y las subdesarrolladas, situadas estas últimas casi exclusivamente en el sur, salvo en el caso de Inglaterra. Este concepto ha cambiado con la globalización.

Según mi opinión, actualmente, existe en Europa una dualización entre las metrópolis, que Saskia Sassen identifica como ciudades mundo (global cities) y las periferias. Para ilustrar mis palabras, voy a tomar por ejemplo el caso de mi propio país.

Francia es un país que tendría que tener algo más de la mitad de su población en la parte metropolitana. A causa de la desindustrialización del norte que produjo el derrumbe de Lille o la autodestrucción de Marsella, sujeta al igual que otras ciudades, a un sistema mafioso, Francia tiene solamente un 45 % de su población dentro de la metrópolis y conoce una relación estrecha, cuantitativa, entre la periferia y el voto para el Frente Nacional, de parte de los obreros, de los pequeños empleados y de los jóvenes.

Y aquí les dejo con un problema difícilísimo, que observamos en otros países, incluyendo España. El Frente Nacional representa en Francia, lo mismo que aquí los indignados, entendidos como movimiento de transformación del sistema político. Tuvimos otro ejemplo, recientemente, en el Reino Unido: Allí ¿qué significa un escocés? Significa un obrero; porque Escocia al igual que el norte de Inglaterra era industrial. En cambio tenemos un Londres desindustrializado, y dedicado a la finanza mundial. Los escoceses de tipo socialista moderados están en la misma situación que los obreros en Francia. Pero lo más curioso, en realidad, es que el movimiento social más visible en casi todos los países europeos, es un movimiento racista, xenófobo contra los inmigrantes que se nutre de la islamofobia, y que es más extremo, fuerte y violento en los países donde hay menos inmigrantes. El caso extremo es Finlandia, que, con un 1 o 2% de inmigrantes, alberga el

partido de los Verdaderos finlandeses, que se posiciona violentamente en contra de ese colectivo. Basado en lo imaginario, es más peligroso que un movimiento apoyado en situaciones reales, pues este último ofrece, por lo menos, algunos pretextos o roces entre distintas categorías. Se repite este caso en Dinamarca, Países Bajos, en la parte flamenca de Bélgica, en Finlandia y hasta cierto punto en Noruega con el famoso atentado del católico extremista que mató a 80 jóvenes social demócratas.

Con ese ejemplo, acabo mi presentación, recordando que el mundo actual no es una serie de civilizaciones o religiones cerradas sino varios subsistemas que participan en el mismo proceso general, con sus diferencias enormes. Lo que indica, en mi opinión, que debemos mantener una visión integrada y global del mundo, respetando las diferencias entre subsistemas.
Gracias

FEDERICO MAYOR ZARAGOZA

Presidente de la Fundación Cultura de Paz

En primer lugar, quiero señalar que me complace mucho poder colaborar con Sami Naïr, porque es una voz muy autorizada que tiene siempre como objetivo supremo el ser humano.

Estamos ante la crisis del modelo democrático. A mi parecer, la democracia “auténtica” terminó hace muchos años, y tenemos un claro ejemplo de ello, aquí en España, donde la mayoría parlamentaria absoluta hace que lo legislativo, mediante el poder

absoluto de la mayoría electoral, limite claramente las virtudes de la democracia. Lo cierto es que la palabra absoluta es incompatible con la democracia: es su antítesis. La sustitución de los Estados por grandes consorcios mercantiles provocando su debilitación y, por otro lado, las democracias formales pero poco genuinamente democráticas, son los dos grandes ejes de mi planteamiento.

Primero, quería decir que la convivencia de identidades es muy diversa. Tuve ocasión de verlo con mucha claridad desde la UNESCO donde redactamos una declaración, aprobada por unanimidad de todos los miembros, sobre la diversidad cultural como valor positivo que caracteriza al mundo.

Mucha gente toma la diversidad como si fuera algo negativo cuando es todo lo contrario. Cada ser humano es único desde un punto de vista biológico, y aún más, desde un punto de vista intelectual. Cada ser humano es capaz de diseñar su propio proyecto de vida, de inventar su futuro y de no actuar al dictado de nadie. En esto consiste la educación.

Tengo que señalar, como exdirector general de la UNESCO, mi tristeza al ver que en mi país se están siguiendo los informes PI, provenientes de una institución económica, la OCDE, que, como toda institución de esas características, se dedica a querer educar a las personas en el “tener” y no en el “ser”.

¿Qué es ser educado? Va a hacer ahora un siglo que lo dijo en España magníficamente Don Francisco Giner de los Ríos: ser educado es dirigir la propia vida. La UNESCO lo simplificó mucho.

La Constitución de la UNESCO fue escrita en un momento resultado de una tensión humana tan enorme, que yo la recomiendo para cuando uno esté abatido, pues se adquiere cierta dosis de optimismo. En ella se señala que la humanidad será guiada por principios democráticos y que el fundamento de todo derecho humano es la dignidad. Cuando hablamos del derecho a la vida, hablamos de una vida digna, a la altura de la categoría humana. Bien, pues en este mismo preámbulo se dice que el educado es el que se considera “libre y responsable”. Educar es formar a personas para que sean libres y responsables. Cada ser humano está incardinado en estructuras biológicas, que son temporales, que son putrescibles, pero mientras vive puede volar alto, en un espacio infinito, que es el espacio del espíritu. Puede inventar todo tipo de cosas y, sobre todo, puede no actuar al dictado de nadie, ni de dogmas, ni de fanatismos. Esto es lo que debemos, sobre todo, defender, el “ser” frente al “tener”.

En el año noventa, le pedí al entonces Presidente de la Comisión Europea, Jacques Delors, que presidiera la Comisión de Educación para el siglo XXI, en la cual pedagogos, filósofos y sociólogos de todo el mundo, iban a definir cómo tenía que ser la educación del siglo XXI. Llegaron a la conclusión que la educación es aprender a “ser”, aprender a conocer, aprender a hacer y aprender a vivir juntos. Yo añadiría aprender a emprender, porque me parece que también es necesario utilizar el conocimiento y atreverse. Pero no hay duda que aprender a “ser” es la base de esta formación de ciudadanos que sí pueden exigir una democracia con un poder ejecutivo independiente del legislativo y del judicial.

Es muy importante que nos demos cuenta de que ya en el año 1993 esta Comisión, presidida por Jacques Delors, nos proponía una educación basada en el aprender a “ser” y a vivir juntos. Es decir, a darnos cuenta de que todos somos distintos pero estamos asociados por unas lenguas, por unas tradiciones culturales, por unas etnias, y que todo ello, nos tiene que hacer comprender que todos los seres son iguales en dignidad. De entenderlo, la mayor parte de los problemas ya estarían solucionados. Hombre o mujer, rico o pobre, de una ideología u otra, de una creencia religiosa u otra, cualquier variante, pero todos iguales en dignidad. Esta es la base de la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Fue Eleonor Roosevelt, esposa del Presidente Franklin D. Roosevelt, quien la elaboró a petición del Presidente, muerto de leucemia antes de la inauguración de las Naciones Unidas, en San Francisco, en junio del año 1945. Allí se decidió el sistema de Naciones Unidas, con una organización para la alimentación, el trabajo, otra para la salud, otra para el desarrollo, otra para la educación, la ciencia y la cultura... Todo ello necesitaba estar guiado por unos principios que estaban muy claros ya en la declaración de la Revolución del año 1789: libertad, igualdad, fraternidad.

La Declaración Universal de los Derechos Humanos dice que todos los seres nacen libres y dotados de razón, pero luego, casi nunca nos acordamos de decir que se relacionarán entre sí “fraternalmente”.

Debemos darnos cuenta, por tanto, de que tenemos que saber vivir juntos, que los demás pueden tener la opinión exactamente contraria a la nuestra, pero que

debemos escucharles y respetarles. Lo cual, no quiere decir que tengamos que respetar lo que piensan; al contrario, podemos seguir diciendo que estamos totalmente opuestos, pero a ellos les respetamos porque todos los seres humanos son iguales en dignidad.

Recuerdo cuando, hace poco, hubo toda esta polémica de “Je suis Charlie”. Siempre he dicho que yo no soy Charlie, pero respetaba a los que decían que sí lo eran. Y es que hay que respetar a las personas, no las opiniones. Uno debe saber argumentar porque piensa exactamente lo contrario. Les puedo decir que fui, hace muchos años, como Director General de la UNESCO, la persona a la que se le encargó que fuera a hablar con las autoridades iraníes cuando un decreto religioso de Jomeini ordenó el asesinato del autor de los Versos Satánicos, Salman Rushdie. Efectivamente, así como la fatwa de Jomeini no se podía modificar, la actitud del Presidente, en aquel momento Akbar H. Ratsanyani, cambió totalmente y me señaló que procurarían que no tuviera lugar.

Lo que quería decir, por tanto, es que tenemos que aprender a vivir juntos, que tiene que haber diálogo y cooperación.

El gran problema de hoy no es interreligioso ni intercultural, sino intrarreligioso e intracultural. Los conflictos entre los chiíes, los suníes, los salafistas, los budistas... son intrarreligiosos. Son problemas tremendos porque tienen una mayor carga emocional. En el caso del Cristianismo sucede lo mismo. Fijémonos en la cantidad de acepciones distintas que tiene hoy día: pasamos de un catolicismo a un protestantismo, a una ortodoxia, a un sistema anglicano, a un sistema

evangelista con todas sus variantes.

Por tanto, los conflictos se originan por la interpretación fanática y obcecada de tradiciones culturales o de creencias basadas en el miedo y en el uso de la fuerza. Fíjense si el miedo ha sido importante, que en el primer párrafo del preámbulo de la Declaración Universal de los Derechos Humanos se dice: estos derechos son para liberar a la humanidad del miedo.

Quienes redactaron la Declaración, como Rene Cassin, Stéphane Hessel, Archibald McLean, Eleanor Roosevelt... se preguntaron cuál era el gran problema. El problema reside en el miedo. Durante siglos, la gente ha estado bajo un poder masculino absoluto donde las mujeres no existían o actuaban miméticamente. La gente nacía, vivía y moría en cincuenta kilómetros cuadrados y en la más completa ignorancia. Todavía hoy, buena parte de la humanidad nace, vive y muere en unos pocos kilómetros cuadrados, en la ignorancia y con miedo. Aquí mismo, los mozos de reemplazo, ofrecíamos nuestras vidas, que era lo único que teníamos, porque era el cumplimiento del poder absoluto basado en el miedo. Por eso, me parece maravilloso que nos digan que estos derechos son para “liberar a la humanidad del miedo”.

En el segundo párrafo del mismo preámbulo, encontramos la siguiente cita: “y si no pudierais ejercer estos Derechos Humanos podéis veros compelidos a la rebelión.” Aquella gente era tan valiente y creía tanto en lo que estaban haciendo, que proponen la rebelión, si fuera necesario, para defender los conceptos básicos de libertad y dignidad. En este mismo orden de ideas, me encantó José Saramago cuando dijo: “lo malo de la

paciencia es que puede llegar a ser infinita”. Hay que evitarlo y, por consiguiente, decir no; tenemos que rebelarnos de una manera que no sea violenta.

En cuanto al uso de la fuerza, ha sido también utilizado por muchas facciones basadas en una interpretación de la religión, del Corán, que no tiene nada que ver con la realidad. Es la interpretación fanática, la interpretación obcecada por la cual se llega a matar en nombre de Dios. Todo eso lo tenemos que tener en cuenta, porque también existe otra interpretación.

44

En el año 1994 auspiciado por la UNESCO se reunieron diecinueve tradiciones religiosas al máximo nivel. Desde el rabino de Jerusalén, o el gran Mufti, hasta cardenales y representantes de todas las religiones del mundo. Se hizo con un gran respeto y se señaló que ninguna de esas religiones podía interpretarse sobre la base de la fuerza, de la coacción o de la exclusión.

En todo caso los protagonistas son los pueblos, lo que pasa es que después de nombrarlos, la mayoría de los textos los excluyen; lo hacen los mismos que excluyeron, hace ya unos años, a los Estados Unidos de Norteamérica de la Liga de Naciones. ¿Por qué? Porque cuando el equipo de Roosevelt redactó la Carta de las Naciones Unidas, comenzó diciendo “Nosotros, los pueblos”... No nosotros los Estados, ni nosotros los gobiernos sino nosotros los pueblos.

¿Y qué resuelven los pueblos? Evitar a las generaciones venideras el horror de la guerra. Creo que, hoy día, es la solución: volver a aplicar este primer párrafo de la Carta, es decir, que seamos los pueblos, y no los mercados y los representantes de los grandes consorcios mercantiles, los que resuelvan y piensen en

las generaciones venideras. No lo estamos haciendo. ¿Por qué no somos los pueblos los que pensamos ni decidimos?

El Ártico se funde y nos mienten. La Exxo Mobil, las grandes compañías, Arabia Saudí, todos ellos se han unido durante años diciéndonos que no era cierto. Aquí, en España, se ha dicho que el cambio climático no es real. Sin embargo, Newsweek publicó, en el año 2004, un trabajo fantástico que se titulaba “the truth of denial” (la verdad sobre lo que se estaba negando) que refleja lo que denunció la Academia de la Ciencia de los Estados Unidos en el año 1979. Es decir, no solamente estábamos produciendo excesiva cantidad de gases con efecto invernadero (GEI), sobre todo dióxido de carbono, sino que la recaptura por parte de los océanos se estaba reduciendo porque los petroleros, para ganar un poco más de dinero, en lugar de ir a las instalaciones portuarias adecuadas a limpiar sus barcos, lo hacían en mitad del Océano, creando una monocapa que asfixiaba al fitoplancton.

La tierra sólo es el 30% de la piel del planeta, mientras que el mar ocupa el restante 70%. Por eso tenemos que procurar que el mar esté sano. Si éste tiene buena salud, la tendremos también nosotros: no debemos bajar la capacidad de captura de dióxido de carbono, porque asfixiamos al fitoplancton, pero emitimos mucho y evitamos la recaptura, con lo cual sigue fundiéndose el Ártico. Se empiezan a ver problemas en la Antártida y el clima general está cambiando. Y seguimos sin hacer nada. Pero si somos todos seres libres y responsables, tenemos que actuar como tal y responsabilizarnos de la situación.

Una de las personas que más me ha impresionado ha sido el Presidente Nelson Mandela, y su compromiso supremo, the supreme commitment. ¿Dónde está nuestra responsabilidad si no pensamos en las generaciones venideras? En la Carta de las Naciones Unidas se dice que “Nosotros, los pueblos... hemos resuelto construir la paz y evitar la guerra”.

Eso es lo que tendríamos que hacer, construir la paz. ¿Saben cuánto nos gastamos todos los días en armamento y gastos militares? Tres mil millones de dólares. ¿Saben cuánta gente muere de hambre todos los días a pesar de que hablamos tanto de la protección de la vida? Entre veinte mil y cuarenta mil personas según la FAO. Mueren de hambre cuando nosotros gastamos tres mil millones de dólares al día en armamento y en gastos militares. ¿Para qué? Para la seguridad. El Sr. Bush hijo, dijo al hablar de la UNESCO, que la paz era una palabra muy comprometida, que era mejor llamarla “human security”. Porque, claro, la seguridad es lo que les permite este inmenso gasto.

¿Quiénes viven en lo que llamamos, a veces enfáticamente, la “sociedad del bienestar”? ¿Saben ustedes el porcentaje de seres que vive en esta “zona”? No llega al 20%. El 80% restante vive en un gradiente progresivo de precariedades fuera de este ámbito. Intermon Oxfam, hace unos meses, comunicó que 85 personas, grandes instituciones, grandes bancos, tienen una riqueza mayor que la mitad de la humanidad; ¡qué tres mil trescientos millones de personas! A pesar de que la palabra clave al final de la Segunda Guerra Mundial, era “compartir”, las desigualdades sociales que se han originado son terribles.

Cuando en los años ochenta se acabó lo que se llamaba la carrera armamentística, Gorbachov propuso al Presidente Reagan la eliminación de la amenaza nuclear en la reunión de Reykjavik, (Islandia). ¿Cómo puede ser que hoy toleremos vivir con dicha amenaza si, en aquel momento, se propuso eliminar todas las ojivas y sistemas nucleares?

¿Por qué no se hizo? Gorbachov evocó en una declaración del año 86, que cuando terminó la conferencia de Reykjavik, el Presidente Reagan no se atrevió a dejar de estar subordinado al inmenso, colosal imperio bélico industrial de los Estados. Según se dice, en el momento de la transmisión de poderes entre Eisenhower y Kennedy, una vez hecho el juramento, el primero dijo al segundo: “Señor Presidente, es usted la persona más poderosa de la tierra... excepción hecha del poder del imperio bélico -industrial- de los Estados Unidos”. Hemos de reconocer que tenemos una serie de cuestiones que impiden a los pueblos construir la paz y provocan que no cumplamos con nuestras responsabilidades intergeneracionales.

¿A qué se ha debido la deriva de este periodo del neoliberalismo? Pues a que el Partido Republicano de los Estados Unidos, y en esto voy a ser muy claro, sigue pensando exactamente lo mismo que hace cien años. Fíjense en la inmensa incongruencia que en el año 1918 existió ya con el Presidente Woodrow Wilson. En efecto, él creó en París, junto a la Sociedad de Naciones, el Tribunal Internacional para la Paz Permanente. “A partir de ahora no permitiremos que se vuelva a repetir”, dijo Wilson hablando de la Primera Guerra Mundial como una guerra de exterminio, durante la cual la gente moría de peste, de hambre y de frío en las

inmensas trincheras.

Durante ese viaje, el partido recordó al Presidente Wilson que había ido allí para asegurar que los Estados Unidos de Norteamérica continuaran siendo el país más poderoso de la tierra. A su vuelta, se le marginó, y los Estados Unidos ¡nunca formaron parte de la Sociedad de Naciones creada por Norteamérica! Es decir, que el Presidente de los Estados Unidos creó la Sociedad de Naciones para resolver los conflictos a través de la diplomacia y de otros caminos que no fueran los de la fuerza, pero le impidieron que los Estados Unidos formaran parte de esta Sociedad de Naciones.

46

Ese hecho provocó que dicha institución no tuviera ninguna fuerza y que en el año 1933, Adolf Hitler, pudiera publicar un libro, *Mein Kampf*, donde dijo que la raza aria era incompatible con la raza judía. A continuación, tuvo lugar la Segunda Guerra Mundial, al final de la cual, se creó otra vez un sistema que hubiera podido ser perfecto, de no ser porque allí hablan y piensan los Estados y no los pueblos, porque cinco Estados tienen capacidad de veto y no hay representación alguna de la sociedad.

Paradójicamente, en los años ochenta vivimos un momento precioso, en el que todo clamaba paz:

- El Presidente Mandela consiguió que en unos meses desapareciera el apartheid racial. Este presidente que había estado veintisiete años en la cárcel, logró que la gente se diera cuenta de que todos eran iguales, y de que la mayoría negra podía ayudar a la minoría blanca cuando ésta lo necesitara. Fue un cambio radical.
- Lo mismo pasó con la Unión Soviética, con

un presidente que había simulado hacer una cosa e hizo exactamente la contraria, convirtiendo la Unión Soviética en una Comunidad de Estados Independientes.

- Por otra parte, en Mozambique, la guerra terminó gracias a la mediación de la Comunità di Sant'Egidio y al Presidente Joaquim A. Chissano, una persona extraordinariamente inteligente y hábil.
- Con los Acuerdos de Paz de Chapultepec terminó en El Salvador la guerra civil, y, se reiniciaron procesos de paz como, por ejemplo, el de Guatemala.

Comenzaba la era de los pueblos, pero entonces, el Sr. Reagan y la Sra. Thatcher se encargaron de promover exactamente lo contrario. Y cuando, en noviembre del año 1989, las Naciones Unidas se reúnen para la firma de la Convención de los Derechos del Niño, un paso adelante enorme que hizo posible James P. Grant, el fundador de UNICEF, al comenzar la votación, el Sr. Bush padre dijo: “Finalmente, no voy a firmar. Pues los republicanos no podemos estar de acuerdo con esto.” Estamos en el año 2015 y los Estados Unidos siguen sin firmar la Convención de los Derechos del Niño porque el Partido Republicano sigue oponiéndose.

El mismo Partido Republicano que tampoco quiso firmar el Derecho sobre la Alimentación, en Roma, en el año 2003. Si hay algo de lo que depende la dignidad, es del acceso a la alimentación. Incluso Israel y el Reino Unido, en esa ocasión no apoyaron a los Estados Unidos. Les cuento todo esto para que sepan que tenemos un partido en los Estados Unidos, que se opuso a los principios democráticos y se apartó

de las Naciones Unidas sustituyéndolas por grupos plutocráticos, oligárquicos, como el G-6 y el G-7, que no tienen ni Secretaría pro tempore. La historia hay que tenerla muy en cuenta, porque si no sabemos quiénes han producido la situación en la que estamos, no encontraremos soluciones.

Y lo peor de todo es que han sustituido los valores por valores bursátiles. Tenemos una economía basada en la deslocalización productiva. Lo que está hoy pasando en China es producto del neoliberalismo republicano. La causa fue definida por Barack Obama: greed and irresponsibility, codicia e irresponsabilidad.

Cuando se sustituyó a Salvador Allende por Augusto Pinochet y se crearon las Juntas Militares, bastaba con que llegara un estudiante a la Universidad y dijera “libertad” para que al día siguiente apareciera con un tiro en la nuca. El comunismo era el gran enemigo de los Estados Unidos. Sin embargo, ahora mismo se olvidan de que hay un país comunista que tiene mil millones de habitantes. ¿Y por qué se olvidan? ¿Y por qué no importa que sea comunista? Por una sencilla razón: es la fábrica del mundo. Lo que promete ganar todavía más dinero del que estamos ganando y poder seguir dirigiendo esta economía para siempre subordinada a nuestros intereses.

La actual Unión Europea se inició con el Tratado del Carbón y del Acero. Hemos ido progresando, y ampliando, hasta llegar a una Comunidad Económica, pero la Unión Europea no se acaba de poner en marcha. Este es el gran problema que tiene hoy Europa. Es, únicamente, una unión monetaria; no es una unión política, ni una económica, ni hay una Federación

Fiscal. Por déficit en el liderazgo francés, otro país ha ido tomando las riendas de la actual Europa.

De esta forma, mandados por la Sra. Merkel, seguimos el neoliberalismo a capa y espada, cuando el propio Barack Obama hace ya tres años que rechazó este sistema. De ahí que sacara trescientos sesenta y dos mil millones de dólares de la Reserva Federal para incentivar el trabajo, la investigación científica y técnica, las grandes obras públicas. Por su parte, David Cameron dedicó setenta mil millones de libras esterlinas a lo mismo. Ha habido alternativas de funcionamiento. ¿Por qué nosotros hemos tenido que seguir la línea dramática, radical?

Se preguntarán cómo el Presidente de los Estados Unidos, con el partido republicano mayoritario en la Cámara de Representantes, ha podido llevar a cabo estas políticas. Porque ha estimado que era “matters of national security”: si es una cuestión de seguridad nacional, el Presidente puede decidir como Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica.

Hizo lo mismo con el Medicare. La Ley de Salud Pública de los Estados Unidos fracasó con Kennedy, Bill Clinton y Jimmy Carter. Obama consideró que era matter of national security, una cuestión de seguridad nacional; al igual que con la incorporación de millones de emigrantes.

La solución, en resumen, es la democracia genuina. Y por eso, desde hace años, con la colaboración del profesor Juan Antonio Carrillo Salcedo, el ex presidente Mario Soares, etc., hemos redactado una Declaración de la Democracia genuina, que dice en el artículo 11º:

“Todos los aspectos y dimensiones de la democracia económica se hallan subordinados a la justicia social” Su aprobación costó mucho, porque incluso personas progresistas eran remisas. Ahora tenemos que procurar que, mejorada por muchos signatarios, la Declaración de una democracia genuina se adopte en el seno de unas Naciones Unidas refundadas.

Para mí, la democracia es la única solución. Y estoy seguro de que, en muy pocos años, veremos una democracia de “los pueblos”, porque ahora ya podemos expresarnos todos con las ventajas que nos ofrece la era digital. El Presidente Mandela decía: the woman is the cornerstone of the new era, la mujer es la piedra angular de la nueva era. Y esta era está muy próxima. Tenemos conciencia global, podemos expresarnos, la mujer puede participar... la democracia genuina se avecina.

REIVINDICACIÓN
NACIONAL,
PLURALISMO
IDENTITARIO

JOSEP RAMONEDA

Escritor y ensayista

Comenzaré mi intervención con una anécdota; en una conversación entre Peter Thiel, uno de los grandes inversores e inventores de la Silicon Valley y Pierre Manent, filósofo y político liberal francés, se suscitó una situación muy curiosa.

Peter Thiel estaba contando las excelencias de la sociedad globalizada, la desaparición de las fronteras, las maravillas que todo esto permite, cuando Pierre Manent le contestó: “esto que usted me cuenta está muy bien, pero lo que me llama la atención son las pequeñas formas de reorganización social que aparecen, algunas nuevas otras ya antiguas. Están pasando cosas que me resultan interesantes y creo que tienen alguna significación.” Peter Thiel le explicó que formaba parte de un grupo de millonarios de la Silicon Valley, que estaba planeando construir una inmensa plataforma delante de San Francisco, es decir, en aguas internacionales y fuera de la jurisdicción americana. Querían instalarse allí en comunidad, con unas leyes propias, sin atender las del Estado. Pierre Manent, le contestó entonces: “bueno...y ¿de qué le estaba hablando yo?”

Me parece una anécdota interesante, que nos permite ver las contradicciones entre lo más global y lo más particular.

A continuación, haré cuatro consideraciones esquemáticas en el campo teórico, para después hacer alguna referencia al caso catalán.

La primera de ellas tiene que ver con los fundamentos antropológicos.

Empezaré por hablar del libro *Sapiens*¹, del investigador israelí Yuval Noah Harari. En su obra, el autor afirma, por un lado, que las cosas más importantes del mundo de los hombres existen sólo en nuestra imaginación, y por otro lado, que una de las características peculiares del Homo Sapiens, que le permitió conquistar el mundo, es que tiene un lenguaje único.

El mismo autor puntualiza que debemos tener mucho cuidado con esas afirmaciones. Primero, porque el hombre no es el único en saber comunicarse; los animales lo hacen, incluso los insectos saben comunicarse. Igualmente, no es el único en tener un lenguaje oral. El loro y los simios tienen sus formas de expresión. Aunque todos los animales tienen un lenguaje, el de los humanos se diferencia del resto por su capacidad de construir ficciones, creérselas y hacérselas creer a los demás.

En mi opinión, se trata de un elemento importante para comprender esta cuestión. Aunque parezca lo contrario, es una gran oportunidad, ya que capacita para las religiones, etc. Cosas que permiten dar sentido, organizarse, articularse, construir proyectos. Es probable que la vida no tenga sentido, pero el sentido es necesario para la vida, y es lo que se consigue con esta capacidad peculiar del ser humano. Hace soportable la verdad, por muy difícil que sea, y nos permite aceptar y engañarnos sobre la condición de un

¹ Yuval Noah Harari. *Sapiens*. Una breu historia de la humanitat. Edición 62. Barcelona, 2014

ser precario, contingente. Finalmente, no deja de ser algo perfectamente describable. Estaríamos, por tanto, hablando de las bases antropológicas de la identidad.

El Sapiens, especie que se manifiesta por su lenguaje muy flexible, capaz de conceptualizar, creerse ficciones, mitos, lenguas, religiones ideológicas, naciones o patrias, tiene un lenguaje que le permite planificar, cooperar, innovar. Es un ser individual, pero condenado a la famosa expresión de Kant: la “insociable sociabilidad.” Está condenado a vivir en sociedad y necesita de los demás. Busca la supervivencia con las conquistas, que son colectivas, en tanto que como individuo busca una identidad que es personal, pero que se traba colectivamente.

Hegel definió las dos dimensiones de una manera muy clara. Por un lado, el hombre lucha a muerte por el reconocimiento que se construye en su relación con los otros, en el mimetismo y en el lenguaje, y por otro lado, comparte maneras de estar en el mundo, que le socializan y por tanto le “securizan”. Se trata de la definición Hegeliana de la cultura: la cultura es la manera de desear, hablar, trabajar de una sociedad determinada. Hoy parece un poco lejana y antigua, pero tiene un trasfondo significativo para el debate que estamos tratando.

La segunda cuestión, tiene que ver con las tecnologías de la información.

Los procesos de construcción de ficciones que compartimos, evolucionan en función de los instrumentos o medios de comunicación de los que disponemos. En el libro de Benedict Anderson

“*Comunidades Imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*”², el autor vincula el origen de la conciencia nacional a la imprenta. Las nuevas comunidades imaginadas son fruto de una peculiar interacción entre un sistema de producción y relaciones productivas: el capitalismo naciente, la tecnología de la comunicación que es la imprenta, más la fatalidad de la diversidad lingüística humana. Así se van construyendo las naciones, pues no podemos olvidar que, el concepto de nación es un concepto moderno de no mucho más de 300 años de antigüedad.

Las naciones han sabido sobrevivir a la evolución de las diversas tecnologías (la Radio, la Televisión, etc.) hasta la era de las nuevas tecnologías de la información. Y aquí me hago una pregunta interesante y abierta, porque aún no tienen respuesta: ¿Qué construcciones de identidad prefiguran estas nuevas tecnologías de la información y las redes sociales en particular?

Inicialmente, esto parecía Jauja, un maravilloso y fabuloso país libre en internet. Entrábamos en una era de transparencia y de cosmopolitismo donde todo el mundo se podría expresar abiertamente, donde ya no habría poderes que controlaran la información. Ahora, ya sabemos que toda esta literatura solo era una parte de la película. Actualmente la realidad es otra. La información, que regalamos todos cada día, está debidamente capitalizada y canalizada por diez o doce mega servidores, que producen muchísimo dinero gracias a ello y a nuestra costa. Porque no nos pagan nada por lo que colocamos cada día en nuestros twitters,

² Anderson, B. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, FCE, 1993.

facebook, mensajes, etc., mientras esa información les da una gran capacidad de acción sobre nosotros, al mismo tiempo que un control político, económico y social. Para profundizar este tema, os aconsejo un libro excelente de Jaron Lanier, “¿Quién Controla el Futuro?”³, donde se explica muy bien lo que acabo de comentar.

En paralelo, la tendencia de las redes sociales a una mayor cosmopolitización y a la creación de relaciones más allá de las fronteras, ha permitido la globalización del capital. Este último descubrió que por esta vía se podía dotar de un atributo de Dios: el don de la ubicuidad, que le da el poder de estar en todo momento, en todas partes, y en ninguna a la vez. En los demás ámbitos, sin embargo, no es tan evidente.

Me pregunto lo que pasará respecto a los nuevos mitos, las nuevas narrativas. Paradójicamente, lo primero que hace un instrumento de comunicación más poderoso, es reforzar los espacios ya existentes, lo que parece una contradicción interesante. La primera persona que tuvo móvil salió a la calle y llamó a su madre “mamá, te estoy hablando desde la calle, sin hilos...” Es una tendencia general que también puede aplicarse a las redes sociales. En un principio parecía que las iban a utilizar los jóvenes de Málaga para hacer amigos en Vladivostok. Esa posibilidad existe, pero fundamentalmente refuerzan la relación con los amigos que ya tienen, porque son los primeros en conectarse en su twitter o en su facebook.

Esa reflexión me conduce a plantear una tercera

3 Jaron Lanier. ¿Quién Controla el Futuro?. Ed. Debate, Barcelona, 2014.

cuestión que concierne la evolución de la relación entre lo universal y lo global.

Empezaré por citar un texto muy interesante de Marcel Gauchet “¿Cuál es la relación entre lo universal y lo local? ¿La política de identidades se opone a lo universal?”. La conclusión del autor es la contraria. Para él, la exigencia de lo universal pasa por estas identidades. Es decir, un lenguaje universal, científico y técnico, pero también unas comunidades políticas particulares, y multiplicidad de lenguajes.

En este sentido, la globalización, paradójicamente, tiende a radicalizar particularidades, porque es el camino a partir del cual se puede encontrar un marco en el que reconocer lo universal. En su reflexión, Marcel Gauchet sostiene que lo universal viene y se constituye a partir de unos sujetos de carácter local susceptibles de ser reconocidos y reforzados. Queremos ser como los otros, para que se nos reconozca como tales y después participar, contribuir, contar, ser.

Última reflexión: ¿Qué determina la identidad?

¿Quién decide la identidad de cada uno?

Evidentemente, es una suma de factores que pasa por la relación con el entorno inmediato y sigue con el proceso de socialización.

Primero, el entorno inmediato donde impera sobre todo la mimesis; tras él, un proceso de socialización y la experiencia personal, la relación frente a la palabra, la relación directa entre un sujeto y un objeto, todo lo que nos constituye, para decirlo al modo de

Montaigne. Este entorno se comprendería como el marco cultural, familiar, la tradición, las relaciones de sumisión, la educación; pero también las tres claves de la servidumbre voluntaria, que La Boétie nos recordaba hace ya muchos años y que parecen invariables: el miedo, la costumbre y el clientelismo.

La manera de responder, de adaptarse, de ser ante estas cosas, determina la característica del sujeto, y por tanto la identidad del mismo.

¿Pero la identidad es individual o es colectiva?

Es individual en parte: estamos lejos de la disolución del sujeto. Es la base del reconocimiento y por tanto, desde el momento en que esta identidad que es individual, es de un ser que necesita reconocer o ser reconocido por los demás, ya pasa a ser colectiva. A partir de aquí el hombre, ser social, comparte complicidades y experiencias. En este sentido, la cuestión del grupo se funda en mitos, creencias consolidadas y falsas verdades compartidas. Obviamente, no hay construcción de identidades sin la exclusión de identidades anteriores, como podemos comprobar en la historia reciente.

¿La identidad es heredada, impuesta o escogida?

Ni la individual ni la colectiva son absolutamente libres. Somos un ente que se va formateando. Somos una construcción genómica de partida, modelada por un entorno que nos viene dado, un sistema de normalidad y anormalidad de lo que es pensable y no pensable, que obliga a formar identidades de resistencia, a forzar rupturas, cambios, y a formar lo que antes se llamaba hegemonías.

¿La Identidad es inmutable o cambiante?

Es cambiante, como todo. Por mucho que Huntington se obsesionara en rotular el mundo en siete grandes civilizaciones determinadas por las religiones, los tiempos y las formas identitarias cambian. A mi entender tal pretensión es ridícula. Por ejemplo, ¿qué tiene en común el Islam iraní con el de los Marabús de Senegal o de muchas de las naciones de este enorme espacio sobre el que se extiende la religión musulmana?

Las naciones son un invento moderno y representan una de tantas formas de construcción de identidades colectivas, que son por definición no inmutables, sino cambiantes. La clave es la capacidad de las sociedades para adaptarse, cambiar y encontrar maneras de hacer evolucionar los marcos y las pautas de convivencia compartidas. En el mismo orden de ideas, siempre me ha fascinado la propuesta de Paul Ricoeur sobre sociedades complejas heterogéneas. Para él, son imposibles las identidades cerradas, la capacidad de saber traducir el sentido fuerte de la palabra al otro (por tanto escucharle y entenderle). Tampoco se puede entender el duelo como la capacidad de renunciar a algunas cosas en beneficio de “dejarse inseminar por el otro”. En mi opinión, esa teoría refleja la profundidad moral de la cuestión de la que estamos hablando.

Termino aquí con las reflexiones teóricas y propongo un cambio total de registro. Pasamos de lo conceptual a lo concreto. Nuestro caso concreto, el de Cataluña, es de una complejidad considerable que se tiende a interpretar y leer de una manera extremadamente simplista y a mi entender, profundamente equivocada.

La tendencia natural, más política que intelectual y conceptual, que consiste en centrar los debates en un territorio beneficioso para las dos partes, nos lleva a la polémica del nacionalismo contra el nacionalismo, que en el fondo beneficia tanto al independentismo catalán, como al unionismo español. Es lo más fácil. Son palabras gordas, afirmaciones que muchas veces no tienen nada que ver con la realidad y los tópicos de orígenes académicos. De igual manera, encontramos tópicos de la burguesía catalana en defensa de sus intereses, que periódicamente reconstruye sistemas de dominación y de exclusión, sin otro objetivo que reforzar el siguiente discurso eterno: para el nacionalista de un lado, el otro siempre es nacionalista, pero él no, y viceversa; para las atrocidades que comete uno, el otro siempre es excluyente, siempre se imponen los sistemas de comunicación a la sociedad, etc. En fin, podemos seguir por este camino, pero creo que resulta muy poco útil para aprender la realidad.

Para entender mejor la cuestión, podemos formularnos una pregunta muy sencilla: ¿por qué la independencia era un fenómeno marginal en Cataluña hasta hace 10 años y recientemente se convirtió en el proyecto mayoritario en esta comunidad? ¿Qué pasó para que esto ocurriera?

Se trata de un desencuentro de siglos, con diversas idas y venidas, en el que no profundizaré. Sin embargo, hay una referencia que me parece interesante tener en cuenta: los repuntes altos del soberanismo catalán han coincidido siempre con momentos de crisis del régimen político español. Cuando España funciona, Cataluña baja el pistón, y cuando España no funciona, sube el pistón.

En el inicio de la Transición, como todos sabéis, se pacta un Estado de las Autonomías; invento un poco peculiar, con el que para resolver el problema de tres se construye un sistema con diecisiete autonomías. Algunas de ellas son perfectamente naturales, como Andalucía, Cataluña, el País Vasco..., otras, como son los casos de la Rioja o Murcia, no queda tan claro. Se crea un invento pactado y muy peculiar, fruto de las relaciones de las fuerzas del momento, que utiliza la palabra nacionalidades -no nos olvidemos que se trata de un concepto inventado por Stalin. En este pacto intervienen de una manera decisiva Jordi Pujol, personaje crucial en esta historia, y su partido Convergencia. Aprovecha el Estado de las Autonomías para construir un impecable sistema político fundado sobre un bipartidismo de reparto del poder sin competencia.

Convergencia ganará todas las elecciones autonómicas, patrimonializará el poder de la Generalitat y en determinados momentos, adoptará el papel de bisagra en beneficio de quien gobierne. A su vez, el Partido Socialista ganará todas las elecciones en las grandes ciudades y aportará una presencia muy importante de votos al Partido Socialista Español en las elecciones españolas. Es un sistema territorial fundado en gran parte sobre el clientelismo, con una estabilidad absoluta y de una falta de transparencia considerable como se demostró más adelante.

Es cierto, por otra parte, que el clientelismo es un defecto natural del Estado de las Autonomías que son, en mi opinión, la versión postmoderna del eterno caciquismo, al favorecer muy claramente el control clientelar de los territorios.

Este sistema funciona de una manera ampliamente asumida hasta que se acaba arruinando. En mi opinión, el momento decisivo es la marcha de Jordi Pujol de la Presidencia de la Generalitat con 4 años de retraso. Se rompe entonces el sistema bipartidista cuasi perfecto. Tal es así, que en este momento hay muchas víctimas manifiestas. Dos están muy claras: el PSC que está en la ruina, y Convergencia que está camino de ella. Por tanto, los dos grandes protagonistas del escenario político están heridos.

¿Cómo pasó?

El proceso empieza en las elecciones del 2003, llevadas por el presidente de La Generalitat, Pascual Maragall. En ese momento, Carlos Rovira, pésimo político pero excelente ideólogo, aprovechando el naufragio ya evidente del pujolismo, hace una campaña electoral basada en una idea muy eficiente: “Quiero un Estado, pero no soy ni nacionalista ni independentista”. De esta manera, ensancha enormemente el campo del independentismo por el desprestigio del nacionalismo, que era una marca exclusiva y ligada absolutamente al pujolismo.

Posteriormente, Artur Mas rompe con la tradición cultural del pujolismo que se caracterizaba por ser social cristiano y no ser independentista. Ser nacionalista sin querer la independencia. Artur Mas introduce, en una famosa conferencia en ESADE, el neoliberalismo y la independencia, que no formaban parte de la tradición de Convergencia.

A partir de este momento, Pascual Maragall, que intuye el movimiento subterráneo de la sociedad catalana,

lanza la idea del Estatut, cuya historia tendrá un papel importante como catalizador para desencadenar todo el proceso posterior. El problema, en realidad, era una cuestión de fondo que encontramos en varios factores: El independentismo es un fenómeno que adopta distintas formas:

- El histórico, el tradicional, el de toda la vida -que podríamos situar en un 13 por ciento-, compuesto de los que creen ciegamente que Cataluña es una nación con derecho a tener un Estado.
- El independentismo de las nuevas generaciones fruto principalmente, de 30 años de una nueva educación cultural. En este contexto, la inmersión lingüística jugó un papel muy importante, así como una enseñanza desarrollada a partir de la idea de nación catalana con referentes culturales y geográficos propios. Se trata de un elemento de gran relevancia. Para esta generación, el independentismo no tiene nada que ver con lo que puede significar para la mía, pues es casi natural y, me atrevería a decir, casi irrelevante.

¿Qué quiero decir con ello? Que esta nueva generación piensa que Cataluña tiene que tener un Estado, pero no les genera ningún estado del alma. Cuando oigo la palabra independencia -pasado un tiempo lo racionalizo-, tiendo a imaginarme tanques entrando por la Diagonal y a entender que son palabras mayores. A los jóvenes no se les ocurre pensar de esa manera, y son perfectamente conscientes de que cualquier forma de independencia posible no sería mucho más que una comunidad autónoma, con la diferencia que el interlocutor principal, no sería Madrid sino Bruselas.

Por tanto, no hay dramatismo en la acepción juvenil.

La tercera cuestión, la más importante de todas, tiene que ver con la crisis. No por el hecho de la crisis en sí misma o por la propaganda que se ha extendido contra Madrid, llevando a señores de 80 años a exclamar “esto no se puede aguantar, ¡Madrid nos roba!”. Esto no deja de ser marginal. El verdadero problema se puede ejemplificar con un hecho: la Asamblea Nacional Catalana, que es el principal movimiento social por la independencia, fue fundada en abril de 2011, es decir, un mes después del 15M. No es ninguna casualidad. Desde perspectivas diferentes, los dos acontecimientos responden a un mismo fenómeno. La crisis ha hecho emerger todo lo que estaba escondido en los veinte años nihilistas anteriores. Durante este periodo se configuró un mundo fantasioso, sin límites, donde todo era posible, y el crecimiento era para siempre.

Marina Subirats, en el artículo La Utopía Disponible, publicado en la revista La Maleta de Portbou, explica perfectamente como se había instalado la fantasía de que todos éramos una inmensa clase media, con unos pocos ricos y unos pocos pobres, miserables, que ya eran invisibles. Dentro de la clase media, unos compraban en Zara y otros en Vuitton, pero en el fondo, los objetivos básicos eran muy parecidos: tener una casita fuera, uno o dos coches, que los niños estudiaran inglés e informática, etc. Esta fantasía, basada en la creencia de que casi todos éramos lo mismo, fue destruida por la crisis. En estos momentos nos encontramos ante una sociedad sin horizonte, ante un muro. Albert Camus decía en un artículo de Combat, después de la guerra, que “ante un muro sólo pueden estar los perros”. Desde caminos diferentes, aparece gente dispuesta a intentar

abrir una ventana en el muro. Por un lado, unos desean construir un Estado que, por supuesto, será magnífico, porque se administrarán solos y lo harán muy bien. Por otra parte, otros, desde una perspectiva distinta, proponen construir un proyecto social.

¿Cuál es la novedad?

Los movimientos sociales que vivían hasta ahora al margen, en la calle, han decidido intentar participar en el juego político y entrar en la lucha por la redistribución del poder. Este es el gran choque que se inicia en 2012. Me quedo en este momento que me parece proporcionar ya un esquema y unas referencias útiles.

Muchas gracias.

JAVIER DE LUCAS

Catedrático de Filosofía del Derecho, Universidad de Valencia, y ensayista

Mi intervención en este debate acerca de *reivindicación nacional y pluralismo identitario* trata de plantear en primer lugar (1) algunas perplejidades derivadas de lo que entiendo que son falacias o errores presentes en la discusión sobre el regreso de las ideologías de la identidad nacional, respecto a las cuales hay quien sigue sosteniendo un ninguneo (teórico, más que práctico) en línea con su identificación como narcisismo de las pequeñas diferencias, al decir de Freud, pese a que el siglo XXI nos muestra que esas reivindicaciones gozan de buena salud. En segundo término, (2) propondré otra clave de discusión que me parece más adecuada y que se sitúa no tanto en la metafísica o en la antropología

cultural, cuanto en la dimensión jurídico-política o jurídico-constitucional. Esa clave, bien conocida, es la de la dialéctica del reconocimiento, que pone en juego la confrontación de las categorías de dignidad y humillación. Sobre esas bases es como, según me gustaría apuntar como conclusión (3) que tanto la indiscutible fuerza de la reivindicación nacionalista identitaria, como el florecimiento incuestionable de la pluralidad de exigencias de reconocimiento (más allá de la clave nacional-identitaria) parecen condenados a conjugarse y que la consecuente y necesaria negociación podría producirse, sobre todo en el caso de España, en torno a un modelo de pluralismo inclusivo concretado en la propuesta del *Estado plurinacional* (y federal), que, a mi juicio puede satisfacer mejor las necesidades, intereses y expectativas del conflicto nacional-identitario al que hoy asistimos, pero que coincide, insisto, indiscutiblemente, con el imperativo de dar respuesta a las necesidades, intereses y expectativas de otros grupos que se autoperceben como discriminado, no incluidos equitativamente. Creo que la respuesta política pasa por superar el dogma de la sagrada unidad política (que no unión política: unidad y unión son conceptos diferentes) y la obstinación por negar la realidad de una diversidad tan profunda como asimétrica. Cabe desde luego propugnar una respuesta que rompe el nudo gordiano, mejor, el callejón sin salida de la incompatibilidad entre Estado y pluralidad nacional, sin seguir necesariamente la vía que entiende que ante la incompatibilidad no hay otra salida que la dominación o sustitución de los términos en conflicto.

Es la extensión del viejo principio de nacionalidades maximalizado en el sentido del reconocimiento de que ahí donde existe la identidad nacional (incluso

en su versión débil, nación cultural sin Estado) debe existir un Estado. Es lo que interpretan quienes hoy postulan que donde hay una nación cultural debe existir necesariamente la vía de la autodeterminación concretada en el ejercicio del derecho de secesión. En todo caso, estoy convencido de la necesidad de tener en cuenta la sabia advertencia de Condorcet en el período 10º de su *Esquisse*, contra las diferentes modalidades de colonialismo y paternalismo: “los pueblos aprenderán que no pueden convertirse en conquistadores sin perder su propia libertad”. Lo mismo debe decirse de quienes se empeñan en vivir anclados en las estructuras de los viejos Estados nacionales que se construyeron precisamente contra la diversidad.

En todo caso, me gustaría dejar claro de entrada algunas cuestiones que me parecen centrales. Quiero explicitar ya desde el principio por qué considero clave la teoría de la *lucha por el reconocimiento* y en qué sentido trato de aplicarla a nuestra discusión. Avanzaré que desde ese planteamiento teórico me propongo referirme a dos categorías que tienen una vieja *raigambre* filosófica y nos remiten a nombres mayores como los de Nietzsche o Scheler. Se trata de las nociones de dignidad, de un lado, y resentimiento o, más bien, humillación y resentimiento, por otro. En efecto, humillación y dignidad son dos conceptos que no se tienen suficientemente en cuenta cuando se plantea el debate sobre identidades nacionales, que a mi juicio parece atrapado en el eterno retorno del debate sobre el principio político de las nacionalidades.

Sobre esas categorías de dignidad y humillación debo confesar que me parece muy útil el análisis que hace Sami Naïr en uno de sus libros recientes sobre la

Revolución Tunecina⁴, cuando estudia los conceptos de Karama y hogra. Entre otras cosas, Naïr nos recuerda que en el inicio de la Revolución tunecina está expresamente la reacción frente al hartazgo (más que al resentimiento en sentido estricto) que produce la constante humillación. El suicidio del joven Mohamed Buazizi, que fue el pistoletazo de salida de la revolución de los jazmines tiene mucho que ver con esto y no es un argumento que debamos limitar al contexto de las mal o bien llamadas revoluciones árabes. Y, sobre todo –en mi opinión–, esa noción de hartazgo frente a la humillación, de reivindicación de la dignidad, no está formulada tanto en claves metafísicas sino en una clave clarísimamente política. Por eso me parece particularmente adecuada, la perspectiva propia de la filosofía del derecho y la filosofía política y, en todo caso, la del derecho constitucional, para tratar de mediar en nuestro debate. Una perspectiva que sugiere utilizar como test para tomar posición en el debate el reconocimiento y garantía de los derechos sociales.

Si sugiero que los derechos sociales son aquí y ahora la medida que debe presidir nuestra toma de posición es porque estoy de acuerdo con quienes, como Axel Honneth, insisten en que la clave de la justicia no está tanto en encontrar nuevos derechos, derechos diferentes, sino en la coherente interpretación de los derechos sociales como concreción del objetivo de pluralidad inclusiva. No pretendo sostener que la discusión sobre los derechos sociales sustituya al necesario debate relativo a la igualdad en los derechos de participación política ni tampoco a la discusión

sobre la soberanía, que suele ser entendida como la clave final cuando hablamos de reivindicaciones del nacionalismo identitario. En todo caso, me permito señalar que esa reivindicación de la soberanía ha de ponerse entre comillas, porque en un mundo como el nuestro, interdependiente por globalizado, con geoestrategias que ya no dictan los viejos Estados nacionales, no tiene sentido ninguno reivindicar de forma adanista la noción de soberanía, como si estuviéramos en el principio de la construcción de dicho concepto. La cuestión de la soberanía y en particular la de la soberanía nacional, es una falsa cuestión (porque es una categoría zombie en un mundo globalizado), salvo como vehículo para asegurar mejor ese objetivo de real autodeterminación. La centralidad del reconocimiento, extensión universal y garantía efectiva de los derechos sociales, se explica porque es en ellos donde se concreta si superamos o no la antítesis de una sociedad decente, los procesos de humillación, de indiferencia o ausencia de reconocimiento, que son una variedad específica de los viejos procesos de marginación y exclusión. No hay autodeterminación en el sentido pristino, original, expresión de la autonomía como capacidad de proyecto, si no se verifica esta exigencia de los derechos sociales.

Ese razonamiento me ayuda a entender de otra manera la discusión sobre el segundo término inevitable cuando se habla de reivindicaciones del nacionalismo identitario. Me refiero al concepto de autodeterminación. A mi parecer, el derecho a la autodeterminación es un derecho clave, ligado sobre todo a la noción de pueblo, como dicen los textos jurídicos. Una noción de pueblo que, a estas alturas casi todo el mundo sabe que no es exactamente la

4 Sami Naïr, *La lección tunecina. Cómo la revolución de la dignidad ha derrotado al poder mafioso*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2011.

noción de nación o por lo menos no se reduce a la idea cultural de nación. Pero como decía, quisiera vincular el concepto de autodeterminación a lo anteriormente expuesto sobre derechos sociales. En otras palabras, la autodeterminación es un derecho mucho más complejo cuya clave se encuentra en buena medida en el sentido genérico y también en los aspectos concretos de lo que el filósofo Avishai Margalit⁵ llamaba <sociedad decente>. Una sociedad decente es, en primer lugar, una sociedad en la que no hay humillación, una sociedad inclusiva de la pluralidad en términos igualitarios. Podríamos completar esta referencia invocando la tesis de Etienne Balibar, que nos lleva a afirmar que esta discusión sobre la inclusión igualitaria tiene mucho que ver con la noción de “egalibertad”⁶.

(1)

Empezaré a entrar en materia citando algunas de las falacias que aparecen cuando se discute del regreso a las identidades nacionales. Naturalmente hay quien interpreta este regreso en términos que parecen remitir a una lectura simplista de las tesis expuestas ya por Benjamin Barber en su conocido libro *Jihad vs. McWorld*⁷. En ese texto, Barber proponía una dialéctica del proceso globalizador que no es ninguna innovación, porque en realidad hoy asistimos no a un nuevo fenómeno, sino a una nueva etapa en el

proceso de mundialización o globalización que ha tenido diversos estadios (el imperio romano lo fue), pero que podríamos datar en el siglo XVI, cuando encontramos rasgos de esa dialéctica en las disputas sobre rutas comerciales marítimas como elemento de globalización por la que compiten los imperios europeos y las primeras “empresas transnacionales”, si se me permite llamarlas así. Son las grandes compañías comerciales que utilizan las rutas marítimas y que tienen necesidad de abogados para la defensa de sus intereses. El ejemplo más conocido es el de Hugo Grotius, que propuso los fundamentos de un derecho internacional de comercio, basado en la libertad de comercio y en la libertad de circulación marítima, que puede ser considerado como la primera formulación del proceso globalizador. En mi opinión, lo que Barber explica en términos de confrontación de las ideologías de resistencia frente a la ideología homogeneizadora, es una tesis simplista. En efecto, la globalización no ha producido un mundo homogeneizado frente al que resisten las aldeas de Asterix que pululan por el mundo.

Me parece más acertado invocar otro término que se ha propuesto, el de ideologías refugio, aunque eso también puede ser engañoso. Se trataría de hablar de refugio no en el sentido de mero amparo sino refugio en el sentido de ideologías que proporcionan dignidad frente a la humillación, es decir que reconstruyen o proponen cómo y dónde mantener la dignidad. Para mí, es indiscutible que entre esas ideologías, las que utilizan como vehículo primordial la religión y el marcador primario etno-nacional son importantes y eficaces precisamente en clave de la lucha por el reconocimiento, en el sentido que proporcionan

5 La Sociedad decente. Margalit Avishai. Ed. Paídos. 2010. En La sociedad decente, Margalit construye su filosofía a partir de la premisa siguiente: “una sociedad decente, o una sociedad civilizada, es aquella cuyas instituciones no humillan a las personas sujetas a su autoridad, y cuyos ciudadanos no se humillan unos a otros.”

6 Citoyen sujet et autres essais d’anthropologie philosophique. Etienne Balibar. Ed. PUF, Coll. Pratiques théoriques. 2011.

7 *Jihad vs. McWorld: How Globalism and Tribalism Are Reshaping the World*. Ed. Ballantine Books, Unisted States, 1995.

esa dignidad, ese proyecto de una sociedad de reconocimiento. Y me parece importante evitar el error en el que a mi juicio incurren no pocos de quienes las descalifican como ideologías incompatibles con el principio que constituiría la línea roja en toda esta discusión, la universalidad de los derechos humanos.

Lo que pretendo es llamar la atención sobre un uso falaz del principio de universalidad, sobre una falacia argumentativa que se utiliza con no poca frecuencia en torno al principio de universalidad. Me refiero a la contraposición entre dicho principio y determinados marcadores de identidad que serían incompatibles con la democracia y los derechos humanos. En el fondo, esa es la tesis de quien ha llevado al extremo la propuesta de Barber para formular la tesis de la “guerra de civilizaciones”, tal y como la presentó el muy notorio politólogo norteamericano Samuel P. Huntington. El hecho de que Huntington trabajó en relación con la secretaria de Estados Unidos en uno de los periodos más negros de la estrategia exterior de la administración norte americana, en concreto la administración Bush, no me parece una casualidad, aunque tampoco pretendo proponer que el debate es fruto de una conspiración de spin-doctors. Simplemente quiero recordar que en su artículo inicial en *Foreign Affairs* y posteriormente en su influyente libro *The Clash of Civilisations*, Huntington sostiene una interpretación que es afín a la intención de redefinir el mapa del mundo en los términos más afines a la estrategia del imperio norteamericano. Pero la cuestión de fondo, al revés de cómo la plantea Huntington, no es si unas culturas entran inevitablemente en choque con otras, ni tampoco si podemos y debemos establecer una jerarquía entre las diferentes culturas y con arreglo

a qué criterios. La pregunta es otra: ¿por qué esas ideologías periféricas tienen que ser inevitablemente definidas como incompatibles con el carácter preferible (y tendencialmente al menos, universal) de la democracia y de los derechos humanos? ¿Por qué estigmatizarlas, definir las como incompatibles con una y otros (el Estado de Derecho, los derechos humanos, la democracia), entendidos como test de legitimidad, si no incluso peor, como expresión de la barbarie frente a la civilización?

Lo primero que habría que reconocer es que buena parte de las reivindicaciones contemporáneas de identidad, de las expresiones de lo ideográfico frente a lo nomotético, no son otra cosa que vehículos de adaptación al escenario global, que buscan poder interactuar en ese escenario sin perder por ello su condición de vehículos de construcción social, del vínculo social y aun del vínculo político, en términos de fuentes de reconocimiento. Vistos así, no hay ningún principio de necesidad causal que nos imponga la conclusión de su carácter incompatible con las exigencias de legitimidad política.

Creo que una lectura atenta de la tipología de los conflictos identitarios y de los marcadores de identidad explicados por Hirschmann y Sennet, proporciona claves de interpretación que, a mi juicio, han sido manipuladas por los Huntington, Rehnson o Sartori, para sostener la tesis del inevitable conflicto de civilizaciones. Un tópico que en realidad es una falacia argumentativa enunciada como clave hermeneútica para concluir (*quod erat demonstrandum*) que determinados marcadores (nacionalismos emergentes o el Islam) serían incompatibles con la democracia y los

derechos humanos (con el mercado, en realidad). Aquí parece oportuno recordar el adagio de Anatol France en torno a los versos de Horacio (*dulce et decorum est pro patria mori*), que nos recuerda que, cuando creemos morir por la patria, estamos muriendo por los intereses de los industriales que compiten por el mercado. Un argumento que encuentra la más bella expresión en una de las mejores y más pesimistas manifestaciones de la poesía en torno a las grandes guerras mundiales, la conocida como “poesía del gas”, el poema de Wilfred Owen *Dulce et Decorum*, compuesto entre los horrores de la “guerra de trincheras”, la I Guerra Mundial y en el que Owen utiliza como motto ese conocido verso de Horacio para calificarlo, en el último verso de su propio poema, como *<the old Lie>*, la gran mentira.

Sin embargo, el redescubrimiento de la vitalidad de esos marcadores también puede verse como una redefinición de la importancia de la dimensión cultural frente a la meramente económica, a la hora de definir el arraigo de lo político: ¿no es la cultura el humus donde mejor arraiga el mundo de la *lebenswelt*? No es en la cultura donde hay que encontrar las razones de las atribuciones de sentido que juegan también en el escenario político, que no puede reducirse al juego de imposición de los intereses económicos ¿Cómo despreciar, pues, los mecanismos de construcción de la identidad cultural?

(2)

Si volvemos a nuestro contexto, sólo desde la ceguera puede negarse el fenómeno contemporáneo de la emergencia de las manifestaciones de pluralidad: las nuestras, las sociedades del siglo XXI, son cada vez más sociedades caracterizadas por una tendencia que

puede ser descrita como de atomización del vínculo social, que habría estallado en el florecimiento de una multitud de subvínculos identitarios que ofrecen más capacidad de agregación que las viejas manifestaciones de aquel. Podría hablarse en ese sentido de un *<retorno o venganza de Babel>*, pero a mi juicio es más útil entenderla en los términos de Cassirer, es decir, de la victoria del modelo Heraclito sobre el modelo Parménides. En efecto, de acuerdo con la interpretación del gran estudioso de la Ilustración, en occidente, tanto desde el punto de vista epistemológico como desde el punto de vista deontológico e incluso también político, habríamos optado por el modelo monista que representa Parménides frente al modelo dialéctico y pluralista de Heraclito que, por supuesto, se centra en la noción de cambio y conflicto. Pero no el conflicto entendido tan simplistamente como la guerra como madre de todas las cosas. El conflicto como expresión no patológica, sino inevitable de la pluralidad. En este punto me baso en la tesis de un filósofo frecuentemente presentado como un filósofo del indigenismo, el mejicano Luis Villoro. Y me permito sugerir la lectura de uno de sus libros (publicado en el año 1998), *Estado plural, pluralidad de culturas*⁸, que ofrece un análisis muy interesante en torno al desafío de la diversidad cultural y el mantenimiento del vínculo político, desafío en el que propone como solución el modelo del Estado plurinacional. En la última parte de mi intervención, en la que abordaré la dimensión jurídico constitucional del debate, me situaré próximo a esta propuesta del Estado plurinacional, adaptándola al contexto español.

⁸ Estado plural, pluralidad de culturas. Luis Villoro, Ed. Paidós / UNAM, México, 1998

Cuando hablo del modelo plural, dialógico y dialéctico de Heraclito en vez de Parménides, quiero decir que el problema, en buena medida, radica en el prejuicio de identificación de la diversidad como patología. Es decir en la aceptación de un mal presupuesto ontológico social pero también deontológico en el sentido moral, político y jurídico que se expresa en el mito fundacional de nuestra cultura: la tesis de que la supervivencia y el desarrollo de un grupo solo es posible allí donde hay homogeneidad social, donde no hay diferencias sustantivas, donde no hay diversidad profunda ni verdadero disenso. En mi opinión, el prejuicio efectivamente radica en aceptar esa tesis monista que está tan bien enunciada en clave metafórica en el mito del Rey Nemrod, el protagonista a su vez del mito de Babel. Aparte de la interpretación mitológico-teológica del desafío a la divinidad que encarna el rey Nemrod, se puede analizar esa historia como la reflexión en torno al proyecto de sociedad. Esto es, cuáles son las condiciones para que una sociedad avance, se desarrolle y se consolide. El mito bíblico nos asegura que la diversidad es el obstáculo fundamental, no solo para la cohesión social (en una acepción malentendida de cohesión), sino para el desarrollo de una sociedad. Y por eso la diversidad de lengua no es presentada como un bien, sino como un mal: así, se habla de <confusión> y no simplemente de diversidad de lenguas. La diversidad es confusión porque es el castigo con el que Yahveh impide que progrese la torre de Babel, esto es, la sociedad a la que aspira Nemrod. Por tanto, esa primera forma de diversidad es una maldición, un estatus negativo, mientras que la homogeneidad es -por el contrario- una condición de la perseverancia del ser y del desarrollo del ser.

Junto a eso, existe otro argumento que tiene que ver con nuestra representación de la pluralidad (no del pluralismo) como una dificultad, como un elemento negativo. Eso tiene que ver con los déficits de la solución democrática liberal al problema de la pluralidad y también con la manera de enunciar el pluralismo político en términos demasiado timoratos. La sociedad liberal reconoce el pluralismo. Piensa que la democracia liberal se caracteriza por llevar el principio del pluralismo como principio básico. Pero eso no es del todo cierto, porque lo que identifica como principio básico es el reconocimiento de las preferencias individuales en el sentido clásico de las libertades individuales, y no el reconocimiento de las preferencias secundarias, que son las que ponen de manifiesto el verdadero desafío de una sociedad plural. Frente a esas, lo que inventa la democracia liberal es un recurso que me parece ser una falacia en el ámbito público: el principio histórico de tolerancia.

El problema del principio de tolerancia es que, en el ámbito público (no en el privado, donde me parece inobjetable) funciona bien para gestionar las diferencias profundas en términos paternalistas, pero no en términos igualitarios. Y es que en el ámbito público, dejamos de hablar de tolerancia cuando alcanzamos el estadio de los derechos. Por eso creo que, para gestionar la diversidad fuerte, la deep diversity a la que se refiere Taylor y que contemplan Taylor y Bouchard en su famoso rapport para el Gobierno de Canadá, la diversidad que hoy se manifiesta de forma aguda y aparentemente irresoluble en nuestras sociedades, la presencia de diversas visiones del mundo, de proyectos de reconocimiento y de exigencias de dignidad, frente al mal trato de la humillación, no basta con

ese enunciado del pluralismo político que me parece demediado.

En otras palabras, para convertir el fenómeno desafiante de la diversidad profunda en un ingrediente de la deseable apuesta por un modelo democrático inclusivo, tenemos que dar otros pasos. Pasos que no nos llevan a incurrir en el esencialismo que subyace a las reivindicaciones de una parte de los nacionalismos periféricos, pero tampoco en la falacia de la parte por el todo, que es la trampa argumentativa de esos otros nacionalismos, más antiguos, que crearon el Estado nacional y que pretenden presentarse no como ideosincréticos, sino como ideología común. En este sentido, se parece a la desviación del modelo universalista propio de lo que algunos (Benhabib, de S. Santos) denominan <universalismo de sustitución>, la proyección de un localismo como ideología global. Lo que Robertson llama Glocalización⁹.

(3)

Dedicaré la última parte de esta reflexión, como he adelantado, a la dimensión jurídico-política de la propuesta. Los desafíos que acabo de recordar (que no de descubrir), no plantean una discusión filosófica metafísica, ni tampoco de antropología cultural. No plantean una discusión sobre cómo evitar que las pluralidades desemboquen en cacofonía en vez de en sinfonía. Lo que tenemos aquí es un problema fundamentalmente político, de distribución del poder y de los bienes que llamamos derechos de participación

y derechos sociales. En este sentido, lo que me interesa recordar es que si no lo entendemos así, el debate nos conduce al farrago de un callejón sin salida, a una discusión que no avanza y no tiene interés, en lugar de preocuparnos por soluciones políticas, esto es, por interrogarnos sobre lo que debemos reformar en la estructura jurídico constitucional de nuestros Estados. Porque si la mayor parte de ellos se fundaron y siguen concebidos como Estados nacionales, en realidad la emergencia de los grupos plurinacionales (en el sentido cultural y político) cuestiona el sentido actual de ese marco.

Que venga de arriba o abajo, la impugnación de ese vehículo político es clara en el marco político y de la globalización. No solo para hacer frente a los desafíos económicos de la globalización, sino sobre todo y me estoy refiriendo ahora al marco inferior, para acomodar una diversidad que no ponga en peligro los principios básicos de la legitimidad democrática. Una diversidad que no ponga en riesgo su presupuesto elemental, lo que se llamaría la condición transcendental de la sociedad política, es decir el respeto de lo que es común con carácter imprescindible. No vale insistir en que eso ya está dicho, ya está dado, y que por tanto no se puede tocar. Aunque esta tarea entrañe muchas dificultades, creo que no está de más seguir insistiendo en que el establecimiento de lo común no es, no debe ser una tarea análoga a la aceptación de una verdad irrenunciable sobre un cuerpo social que habría que preservar de todo cambio para no llegar a una ruptura con las condiciones de legitimidad.

En mi opinión, detrás de esa analogía veritativa, detrás de la pretensión de establecer de una vez por

⁹ R Robertson, *Glocalización: tiempo-espacio y homogeneidad-heterogeneidad*. Ed. Trotta, Madrid, 2003

todas ese núcleo sin el cual no podemos pensar una sociedad o una comunidad política viable, se esconde una falacia. Es la hipótesis, de raigambre falsamente kelseniana, según la cual existiría un coto vedado transcendental y evidente que está por encima de toda discusión y que los nuevos sujetos y grupos tienen que aceptar incondicionalmente cuando se incorporan a nuestra sociedad o cuando quieren jugar visiblemente, abandonando el estatus de <presencia ausente> (Sayad) en el que se encontraban. Hablo, pues, del engaño que consiste en sostener que hay una verdad indiscutible, un punto de partida irrenunciable de nuestras sociedades, respecto al cual los que aparecen como otros no pueden hacer otra cosa que aceptarla y proclamarla porque no son titulares auténticos sino agregados o sobrevenidos. Nosotros, los de aquí, los miembros “de pleno derecho”, como descendientes de los miembros originarios de nuestras sociedades, seríamos los custodios de esa verdad. Y los que llegan no tienen, no deben tener capacidad para ponerla en cuestión o pretender revisarla.

Quiero terminar con una breve referencia a la tesis que algunos entenderían como opuesta a la anterior y que en nuestro país se formula en términos de un derecho natural e irrenunciable de los pueblos o grupos etnoculturales diferentes, el derecho a la autodeterminación, llevado mucho más allá de su contexto originario en Derecho internacional, esto es, el de los procesos de descolonización y el de los procesos de independencia frente a Estados que violan de forma continua y colectiva derechos humanos fundamentales.

No entraré en una discusión técnico-jurídica que sólo

interesa a los juristas y raramente sirve para tomar y justificar la decisión política. El error de pensar que la discusión política tiene que aceptar el dogma que le presente la solución técnico-jurídica es un error grosero respecto a lo que es el mecanismo básico de la democracia. Naturalmente como jurista y profesor de derecho, no voy a tirar a la basura el derecho y los técnicos que nos explican cómo construir soluciones.

El derecho no descubre verdades, el derecho propone herramientas para que quienes tengan que decidir decidan conforme a las prioridades que tienen quienes tienen que decidir. Por lo tanto sirven también para que los ciudadanos no tengan que arrodillarse ante un experto constitucional que les diga cómo deben ser las cosas. Al revés, el experto constitucional tiene que ofrecer herramientas para ver qué posibles soluciones existen, en lugar de encastillarse en la pretensión de guardar del tesoro, en insistir en que hay un coto vedado no traspasable, porque por definición, el derecho no puede sostener tal hecho. El derecho no contiene un tesoro de verdades transcendentales, ni siquiera el derecho constitucional, ni siquiera el intérprete constitucional, que es el Tribunal Constitucional en el modelo diseñado por Kelsen y que es el propio de la CE 1978. El TC no es el sacerdote que enuncia la verdad revelada. No existe tal verdad. Por eso, en lugar de insistir en interpretaciones sobre el derecho a la autodeterminación conforme a las resoluciones 1510 o 2625 de la ONU o al avis del Tribunal Supremo canadiense respecto a las condiciones de claridad de la consulta sobre secesión del Quebec, que incluye la diferencia entre autodeterminación interna y externa, concluiré volviendo al punto que proponía al principio de mi intervención.

Las condiciones para formular una respuesta jurídico-constituyente que permita conciliar las exigencias procedimentales que forman parte del fundamento de legitimidad que existe en toda democracia, se anuncia a través del principio de Estado de derecho y de legitimidad y en prioridad los derechos fundamentales, que pasan por la superación del test del pluralismo inclusivo, propio de una democracia abierta a la pluralidad igualitaria e inclusiva, como condición para la evolución hacia un reconocimiento de las exigencias del pluralismo en serio. Ese test se concreta en el reconocimiento de la extensión universal y en la garantía efectiva de los derechos sociales en primer lugar, porque es en ellos donde se concreta si superamos o no la antítesis de las sociedades decentes. Antítesis que se traduce por los mecanismos, los procesos, la propuesta de humillación, de indiferencia, de ausencia de reconocimiento, la desigualdad bajo la excusa de la diferencia.

No existe autodeterminación en el sentido original, es decir la expresión de la autonomía como capacidad de proyecto, si no se verifica en primer lugar esta exigencia de los derechos sociales. Aquí es donde está la diferencia respecto a otras estrategias de gestión. En mi parecer, la solución no está en priorizar la reivindicación de reconocimiento de la soberanía de un pueblo diferente sino en arrancar de las condiciones de superación de la humillación, la extensión universal de los derechos sociales para todos los sujetos. Y en consecuencia, lo que pudiera ser una cuestión casi metafísica en el sentido de quién tiene la titularidad de la soberanía, se convierte en el objeto de la negociación. Por mi parte sigo siendo partidario de ese argumento simplista pero eficaz sobre la preferibilidad de la

democracia, que asegura que en cuestión de cabezas es mejor siempre contarlas que cortarlas, y por tanto, hay que consultar. Y no de cualquier forma. Tenemos que consultar en condiciones y negociar estas condiciones. Pero creo que es tan evidente que no merece la pena ni mencionarlo en nuestro debate.

GEORGES BONAN

Consultor internacional y experto en desarrollo local y relaciones internacionales

En primer lugar, quiero agradecer a la UNIA, a la Fundación Cajasol y a Sami Naïr por haberme invitado a este Coloquio, así como a todo el equipo de organización. Como soy mediterráneo, pensé que iba a venir a hablar de este mar, pero se me ha pedido que lo haga de los Mapuches y de Chile. La pregunta que se me propuso desarrollar desde la mirada americana, desde la reivindicación del pueblo de los Mapuches, podía ser interpretada como una problemática estrictamente Chilena, pero creo que se relaciona totalmente con las problemáticas del Mediterráneo que estamos priorizando en nuestro Coloquio. Por tanto, trataré de responder si efectivamente en torno a la reivindicación territorial Mapuche hay un problema identitario, o por el contrario, si es el reflejo del malestar global de la sociedad chilena del siglo XXI y, quizás, de nuestra sociedad global en general.

Presentaré, muy rápidamente, la reivindicación del pueblo Mapuche, así como la respuesta del Estado chileno; igualmente, trataré de ver porqué la respuesta de este último no ha generado integración, y cuáles son las soluciones, si las hay, con el fin de presentar algunas

propuestas.

La reivindicación nacional del pueblo Mapuche, al igual que la de muchos de los pueblos indígenas de América Latina -todos conocemos la Pachamama de los indios Aymara y Quechua-, está centrada en la restitución de sus tierras, entendidas como recurso material, cultural y simbólico. Los Mapuches viven en el sur de Chile, a 500 kilómetros al sur de Santiago, en un territorio que se extiende otros 500 kilómetros más. En realidad, su territorio abarca desde el Pacífico hasta el Atlántico porque también hay una población Mapuche importante en Argentina, en la misma latitud. La Tierra Mapuche tenía 5 millones de hectáreas. En el año 1641, los españoles perdieron la guerra contra los Mapuches y el Pueblo obtuvo una autonomía que perduró hasta los años 1860, momento en el que la joven República de Chile decidió ocupar estos terrenos para cultivar trigo. Al igual que en otros continentes, el Estado redujo las poblaciones y colonizó con europeos, sobre todo con alemanes. Por lo tanto, desde hace más de 140 años, hay reivindicaciones mapuches para recuperar tanto las tierras como la autonomía territorial y política. El Estado chileno, desde entonces, aportó tres tipos de respuestas.

En la primera de ellas, promulgó leyes que permitieron la restitución, muy lenta, del territorio. Este proceso se vio frenado durante la dictadura; hasta ahora se ha entregado aproximadamente un 20% del territorio inicial.

Este territorio considerado como zona forestal se abrió a grandes empresas, sobre todo mineras y forestales, lo que generó reacciones violentas, y la promulgación

por parte del Estado, de leyes de seguridad. Desde la década de los 90, con la vuelta a la democracia, se han intensificado los actos de violencia y hemos asistimos a la toma de predios, el incendio de inmuebles, de vehículos, etc...

¿Por qué esta postura del Estado? El Estado evoca la sacrosanta competitividad; y es que en Chile, uno se encuentra con un solo Dios: el neoliberalismo. El Presidente Pinochet, en los años 80, introdujo un artículo al respeto en la Constitución Chilena que señala que “no se puede frenar la inversión privada”. Y a eso se agarra el Estado chileno para decir: “no podemos quitar las tierras a las empresas forestales porque no podemos frenar la inversión privada”. Por supuesto, eso no responde a la necesidad y a la petición de los Mapuches. Los Mapuches son una población amplia que vive diferentes realidades: algunos viven en Santiago (integrados o no), la mayoría con empleos domésticos; otros viven en Temuco, la capital de la Provincia de la Araucanía; otros viven en el campo y conservan su modo de vida tradicional. Evidentemente, estos últimos son los que más se oponen a la posición del Estado chileno.

El segundo tipo de respuesta se produjo en los años 90, con una nueva ley que, aparentemente, podía pasar por defensora del pluralismo identitario al reconocer a las etnias minoritarias, y dentro de ellas a la Mapuche, como ciudadanos de Chile. Asimismo, se incluye la enseñanza del idioma Mapundungú en los colegios, elemento fundamental para reconocer una identidad. Pero, finalmente, la ley no llega a aplicarse por la debilidad del Estado. Se creó una comisión, la CONADI, que no posee medios para funcionar. Es

decir, que desde 1993 tenemos un marco legislativo bastante abierto al pluralismo con el reconocimiento de los pueblos originarios, pero en la práctica la situación no evoluciona.

La tercera respuesta que ha aportado Chile, de manera muy positiva y muy acertada, se traduce en políticas públicas que consisten en hacer posible que los pueblos originarios puedan integrarse como ciudadanos en el país y tener igualdad de acceso a los bienes comunes. En efecto, Chile, a partir de la vuelta a la democracia en los 90, inició una política muy fuerte de reducción de la pobreza, de la cual, por supuesto, los pueblos originarios fueron beneficiarios. Desarrolló políticas públicas en términos de educación y de salud pero con un efecto reducido en el terreno.

Cuando estaba trabajando en la Araucanía, fui a visitar una escuela pública rural a 10 kilómetros del pueblo de Tirúa. Se trataba de un edificio con 15 niños, que venían a pie todos los días desde lugares situados entre media y una hora de distancia. Cada uno llevaba un trozo de leña para calentarse porque en la zona hace mucho frío. La escuela contaba con una mujer que preparaba la comida del día, y un profesor que esperaba ansioso el fin de semana para ir a visitar a su familia que vivía a 4 horas de allí.

En ese momento constaté que el modelo integrador chileno, que hasta esa época no conocía, sólo era una fachada en las zonas rurales de la Araucanía. Efectivamente, me he dado cuenta de que el principal freno a la integración y al desarrollo de los Mapuches, ciudadanos chilenos, es lo que algunos llaman hoy el “egonomismo”. Es decir, que una sociedad como

la chilena que desde los años 90 se ha construido en base a la competitividad, el neoliberalismo y el individualismo, no puede favorecer ni reconocer la tolerancia o el reconocimiento del otro, condiciones necesarias para la integración en general y en nuestro caso de los Mapuches, que están todavía excluidos de los cargos institucionales. La única excepción reside en el nombramiento por la Presidenta Bachelet, hace 2 años, de un Mapuche como Intendente – el representante del Estado- en la región de la Araucanía. Una vez planteado el marco del problema Mapuche en Chile, la pregunta que trataré de compartir con ustedes, es la siguiente: ¿por qué no funcionó este sistema de integración?

Primero, me interrogué sobre los valores culturales, o como lo señaló ayer Alain Touraine, las orientaciones culturales: por supuesto no corresponden a la noción de modernidad, vista desde el punto de vista del modelo chileno neoliberal. Los Mapuches son un pueblo recolector, contrariamente a los Incas, por ejemplo, o a los indígenas de San Pedro de Atacama, más al norte de Chile, que han desarrollado el turismo rural. Estamos ante un pueblo sin jerarquía que vive de la recolección. Es decir, que no puede conectarse con el modelo de modernidad, que el “Tigre de América Latina”, Chile, ha propuesto a la sociedad chilena.

Pero, no es la única razón por la cual no funciona el modelo chileno de integración. Creo que la razón principal es que la sociedad chilena, como lo ha dicho el Profesor De Lucas, no es una “sociedad decente”, en el sentido que no es integradora. No olvidemos que fue el campo de experimentación de Milton Friedman y de los Chicago Boys. Los que desconozcan el tema,

por favor busquen en You tube la Doctrina del shock de Naomi Klein, que explica la historia de Chile, entre otros países, y donde se hace un paralelismo muy “interesante” entre Chile e Iraq.

Para Estados Unidos, Chile fue el modelo más avanzado, en primer lugar del liberalismo y, después del neoliberalismo. Nos encontramos ante lo que llamo “la ausencia de Estado”. Como francés, país donde éste está muy presente, me llama la atención que aquí, por el contrario, esté tan ausente.

El primer año que tributé en Chile, el Estado me requirió el 10% de lo que había ganado, hecho que me sorprendió, pues en Francia hubiera supuesto un 50%. Al año siguiente me reembolsaron lo que había pagado y me pregunté: ¿Cómo puede funcionar este Estado? ¿Cómo puedo pedir que me asegure un bienestar social, un mínimo de educación y salud? ¿De dónde van a sacar el dinero?

Pensé, en un primer momento, que lo obtenían de las empresas mineras chilenas, ya que como saben, Chile es el primer productor mundial de cobre. Pero en realidad, las empresas, salvo una excepción, son extranjeras y pagan al Estado chileno únicamente entre el 0,5% y el 4,5% de lo que ganan. Además, no lo pagan en la comuna donde están implantadas, sino en la sede, en Santiago.

En un contexto francés o español, la Araucanía podría ser un territorio rico porque todas las empresas forestales tendrían que pagar en Temuco sus patentes y con esos fondos podría implantarse una dinámica política de desarrollo. Es decir, que el Estado carece de una política tributaria que toma en cuenta la dimensión

territorial, lo que no le permite poder desarrollar una verdadera política de integración de los ciudadanos, ya sean Mapuches o no. En este contexto, llegamos a un sistema donde todo es privado, donde solamente se tiene acceso a la salud y a la educación de calidad si se tiene dinero.

Voy a poner un ejemplo: un trabajador que acude a una cita médica tiene que levantarse a las 6 de la mañana para llegar a las 7 a la cola de un consultorio que abre a las 8. Cuando llega el médico a las 8 de la mañana está el cuarto en la fila de espera. A las 9 de la mañana el médico se va porque no puede trabajar la mañana entera con lo que el Estado le da como sueldo. Resultado: el médico pudo recibir solamente a tres personas, por lo que la persona en cuestión debe repetir la misma operación al día siguiente. En resumen, existe un sistema de salud pública deficiente porque no hay presencia del Estado.

Como consecuencia, Chile es uno de los países con el mayor “Índice de Gini” (coeficiente de desigualdad) con un 0.50, superado entre otros, por Sudáfrica, Brasil y Colombia. Tiene el Índice de confianza más bajo del mundo puesto que tan sólo un 13% cree en la relación interpersonal. Para que se hagan una idea, en la OCD estamos a 36%.

Todo este cuadro lleva a una pérdida de legitimidad del Estado, una desigualdad fuerte, y una falta de inclusión: sufren los pobres, sufren los Mapuches.

Para terminar de describir la situación, hay que señalar que, con el envejecimiento de la población chilena, se necesita cada día más mano de obra extranjera, como en Europa, y Santiago debe enfrentar la

nueva problemática de la integración de los nuevos inmigrantes, bolivianos, ecuatorianos, peruanos.

En el contexto chileno que vengo de presentar, la integración y el pluralismo identitario son difíciles de lograr.

A todo ello hemos de sumar el sufrimiento de la crisis, la misma que conoce España y otros países del mundo. Fue en este contexto general que, hace dos años, los estudiantes bajaron a la calle pidiendo una educación gratuita, problema recurrente que no acaba de encontrar solución. Como respuesta, la Presidenta Bachelet, en su campaña en 2013, propuso antes que nada actualizar una constitución nacida en los años 80 durante la era Pinochet.

Al reflexionar sobre las soluciones enunciadas llegamos a la conclusión de que el problema no es específicamente de los Mapuches en Chile, sino del modelo propuesto. Un modelo que está en crisis, tal y como se ha señalado reiteradamente a lo largo del Coloquio. Lo que nos conduce a la siguiente pregunta: ¿Se puede desde lo global resolver la pregunta sobre conflictos y pluralismo identitarios, o debemos y podemos, desde lo local, reconstruir esta cohesión social perdida?

Mi trabajo, desde hace años, consiste en reconstruir la cohesión social desde lo local. Lo he hecho en el Mediterráneo, en África del Norte, en Italia, España, y en 75 ciudades de América Latina. Y me he dado cuenta que la oposición entre lo local y lo global radica principalmente en lo siguiente: en lo local podemos encontrarnos, conocernos lo que permite tejer

vínculos sociales y así volver a construir la cohesión social desde un espacio vivido compartido que para mí es el barrio en zona urbana, el pueblo en zona rural. He trabajado bastante en los barrios vulnerables de Francia, por ejemplo, donde no hemos aportado soluciones definitivas, pero sí hemos reducido una gran parte de los problemas existentes; los que permanecen hoy en día, son problemas de otra índole.

Desde lo local, reconstruyendo políticas públicas de integración, podíamos tomar otro camino para reconquistar la cohesión social.

Y aquí quiero retomar ideas que se han lanzado esta mañana sobre el necesario sueño que Josep Ramoneda planteaba. Si no hay sueño, si no hay proyección en el futuro, no se puede reconstruir un nuevo mundo. En el presente conflictivo no hay solución. Metodológicamente, en todos los territorios donde he trabajado, lo primero que hemos hecho ha sido ver juntos qué futuro podíamos construir. A partir de esta visión del territorio, generamos, por ejemplo, proyectos de turismo muy integrados. No el turismo de la vecina Marbella, sino un turismo rural, local, centrado en lo histórico y patrimonial. Proyectos que permitan generar identidad, la identidad de los que viven o han vivido en este territorio; Proyectos que reflexionan sobre cómo integrar las diferentes etnias, los diferentes grupos sociales presentes, cómo generar competitividad, pero con cohesión social. Esta forma de trabajar, esta forma de ver el problema, me parece que corresponde al glocalismo de Robertson que citó Javier de Lucas. Se trataría de la glocalización como alternativa a la globalización. En otras palabras: otra manera de ver el mundo.

Al pensar en la conversación que he tenido esta mañana con Khadija Ben Mahmoud sobre el problema de Túnez en los barrios vulnerables y las “armas” que usan los integristas para enrolar a la población, llego a la conclusión que no trabajan desde lo global, sino desde lo local. Llegan a un barrio y, tal y como dice Amin Maalouf en su último libro, empiezan a convencer a los más desorientados. Les hacen creer que representan una solución de futuro, construyen un sueño, dan una identidad a personas desorientadas que se ven reflejadas en estas propuestas.

¿Por qué no usar las mismas armas?

70

Es lo que estoy haciendo en mi vida pero no es un camino simple. En Santiago de Chile, por ejemplo, estamos desarrollando un trabajo experimental en dos barrios. Construimos consensos con las asociaciones locales, cerramos el consenso, y al día siguiente, se crean tres asociaciones que están en contra del consenso que se ha creado. Me recuerda a la Hidra de Lerna de Hércules. Es, pues, un trabajo permanente, pero estoy convencido que éste es el camino.

En medio del pesimismo soy bastante optimista, porque creo que hay una solución que pasa por vincular lo local con lo global y con el Estado Nación. No se trata, como decía Alain Touraine ayer, de generar una guerra de barrios como en Trípoli, sino que se trata de construir desde lo local nuevos vínculos, un nuevo tejido que genere cohesión social y que pueda presentar otra alternativa a estos jóvenes que están hoy desorientados.

Muchas gracias.

¿VALORES
COMUNES
EN UN MUNDO
FRAGMENTADO?

KHADIJA BEN MAHMOUD

Secretaria general de la Liga Internacional de Derechos Humanos y Profesora de la Universidad de Túnez

Muchas gracias a todos. Gracias a los organizadores y principalmente al profesor Sami Naïr, que me ha dado la posibilidad de venir a hablar con ustedes para presentarles la problemática de Túnez, y analizar juntos lo que está pasando en nuestra sociedad.

En un principio, se me pidió presentar lo que la sociedad civil y la Liga Internacional de los Derechos Humanos han hecho estos últimos años en relación a la cuestión de la universalidad de los derechos. Para ajustarme a la actualidad y a lo que Túnez está viviendo hoy en día, me permitiré cambiar un poco mi intervención. Para ello, analizaré lo ocurrido estos últimos años, lo que nos ayudará a entender mejor los problemas, e intercambiar opiniones sobre la situación presente.

Empezaré mi intervención hablando de la excepción tunecina. Hace ya mucho tiempo que se dice de Túnez que es una excepción, y hay que reconocer que a veces sí lo es, aunque hoy en día nuestro país se está arriesgando a perder esta especificidad y asimilarse a lo que está pasando en la región. Por consiguiente mi gran preocupación es la siguiente: “¿Qué podemos hacer para que Túnez siga siendo una excepción?”

Antes de intentar aportar una respuesta a esta pregunta, quiero recordar rápidamente algunos hechos históricos. Para contextualizar la problemática, debo decir que la

excepción tunecina empezó en el siglo XIX. Túnez es uno de los primeros países del Norte de África, junto con Egipto, que ha iniciado reformas, a todos los niveles, para intentar evitar la colonización y recuperar el retraso respecto a los demás países de la región y de Europa. Túnez instauró su primera Constitución, aunque fuera limitada, en 1861, para reemplazar el Pacto Fundamental de 1857¹. La enseñanza llegó a ser laica y se modernizó. Se creó un Liceo, famoso por haber formado a la élite tunecina: “El Colegio Sadiki”². Todos estos elementos dieron su carácter excepcional a Túnez, que, al contrario de Egipto, siguió con este movimiento, a pesar de atravesar algunos paréntesis a lo largo de su historia. Durante un siglo y medio, el movimiento reformista sobrevivió, renaciendo después de cada crisis.

Entonces ¿por qué Túnez tardó en modernizarse? ¿Cuál fue el problema?

Túnez quería entrar en la modernidad, y quien habla de modernidad habla de valores universales, y de democracia. A nivel político teníamos que instaurar la democracia, y a nivel jurídico respetar los derechos humanos y, por lo tanto, la universalidad. Constatamos a través de la historia, que la ambigüedad relativa al

1 El Pacto Fundamental de 1857 es la primera carta constitucional tunecina. Fue creada por Mohamed Bey (1855-1859), después de la dominación otomana. El Pacto Fundamental rige las relaciones entre el gobierno, el pueblo y los extranjeros para evitar la intrusión de las potencias europeas. Este documento fue sustituido en 1861 por una Constitución antes de que Túnez se convirtiera en un protectorado francés de 1881 a 1956. <http://www.constitutionnet.org/es/country/constitutional-history-tunisia>

2 En 1874, el primer ministro reformista Keredine Pacha creó el colegio Sadiki de enseñanza moderna, cuando en el resto del mundo árabe se estudiaba principalmente el Corán.

estatuto de lo religioso ha persistido hasta la actualidad. La referencia religiosa siempre ha estado presente, lo que nos lleva a interrogarnos sobre las rupturas que hay que hacer para entrar en la modernidad sin dar la espalda al pasado. El trabajo realizado estos últimos años por algunos intelectuales tunecinos sobre estas cuestiones constituye para mí el primer elemento fundador de Túnez. No se puede olvidar que este movimiento político e intelectual de reflexión llevado a cabo por la élite, continuó tras la independencia. Teníamos a pensadores adelantados a su tiempo como, por ejemplo, Carle Hadik: de formación Zituniana (es decir religiosa) escribió un libro para defender la emancipación de las mujeres y pedir la igualdad de género. Lo cual no hemos logrado todavía a pesar de la excepción tunecina y de todos los avances conseguidos.

El segundo periodo histórico que me parece importante, es el de la Independencia. Momento en el que se creó el Neo-Destur, nacido del partido Destur³. El Neo-Destur, que luchaba por una Constitución más moderna, ganó y gobernó Túnez después de la Independencia. El presidente Bourguiba, ha quedado anclado en la historia tunecina de tal forma que a él hacemos referencia para salvar el país hoy día.

Bourguiba, más que cualquier otro, tenía como objetivo la entrada de Túnez en la modernidad. Y para conseguirlo, promulgó una legislación que reconocía el derecho de la mujer. Es lo que se llama “El código del Estatuto personal”. Muchos juristas reconocen este texto como la verdadera Constitución del país, que fue

³ Destur significa Constitución. Partido nacionalista, fundado en el año 1919 por Abdelaziz Thalebi.

establecida tres años después en 1959. Eso demuestra hasta qué punto Bourguiba estaba convencido de la necesidad de hacer entrar a Túnez en la modernidad y de instaurar una República.

Sin embargo hay que reconocer tanto su genio como sus límites, comprensibles, si tomamos en cuenta la sociedad de entonces, no uniformizada, donde el conservadurismo, la tradición y la religión estaban muy presentes. Por eso quiero precisar que cuando escribió el código del Estatuto personal, intentó hacer una lectura que no llevaba a una ruptura con el derecho musulmán. Propuso una interpretación positiva y modernista de éste, con la erradicación de la poligamia, el reconocimiento del divorcio civil, y la igualdad de la mujer. Sin embargo, conservó la figura del hombre como jefe de familia y la desigualdad en la herencia, porque no podía enfrentarse a su sociedad. Y quedo convencida, aunque he tenido que luchar contra Bourguiba en algunas ocasiones para defender la libertad, que él estaba convencido de la necesidad de la modernidad, aunque tuviera que respetar la sensibilidad de la sociedad tunecina, para poder alcanzar el mayor cambio posible.

Por otro lado, reconozco su genio en el artículo 1 de la Constitución, al no contener ni una verdadera ruptura con lo religioso, ni tampoco con el estatuto de la religión en la sociedad. Anuncia que Túnez es un Estado donde el islam es la religión, el árabe el idioma, y la república su sistema político. Ahora bien, si analizamos el texto, vemos que justo después se hace referencia a los valores universales, los derechos fundamentales y las libertades. Surge entonces la pregunta siguiente: ¿La religión y el idioma son de Túnez o del Estado? Todo

era cuestión de interpretación.

El combate por la universalidad empezó muy pronto en Túnez. Y los elementos hasta ahora expuestos son elementos fundadores de la República. El principal problema surgió cuando se trató de hacer entrar a Túnez en la modernidad a través de la democracia. Bourguiba no consiguió instaurar una verdadera democracia respetando las libertades fundamentales. Por consiguiente, en paralelo al movimiento estatal, apareció un movimiento ciudadano compuesto de estudiantes, de la sociedad civil y de mujeres, cuyo objetivo era el respeto de la libertad a través de más reformas. Así surgió la Unión Nacional para los Trabajadores Tunecinos y luego, en 1977, la Liga Internacional de los Derechos Humanos. El hecho de que el proceso de modernización no supiera cómo llevar la ruptura con lo religioso y tampoco definir su estatuto en la sociedad, condujo a la creación del movimiento islamista, aunque hayamos asistido a un principio de secularización del islam (no acompañado de reformas democráticas). El islam político nació, pues, a la vez que las reivindicaciones de libertad y universalidad.

La Liga de los Derechos Humanos tomó como referencia la Declaración Universal de los Derechos Humanos para escribir la Carta. Para lograrlo, en el contexto político en el que nos encontrábamos, reunimos a toda clase de sensibilidades políticas, incluidos los islamistas, que impusieron la referencia limitada de una identidad tunecina arabo-musulmana, apoyados por otros partidos que se definían como democráticos. La redacción de la Carta de la Liga duró meses y provocó varios debates en la sociedad

tunecina. Debates positivos, ya que oponían los laicos a los defensores de la identidad basada en la religión. Más allá de la redacción de la Carta, las discusiones sobre laicidad y religiosidad entabladas en los 80 prosiguieron hasta la revolución. Voy a intentar demostrar cuán importante ha sido la lucha entre esos posicionamientos a lo largo de estos cuatro últimos años.

Los que se sublevaron para pedir la democracia, lo hicieron a favor de un régimen que anunció en un principio ser la continuación de la política de Bourguiba, ser un paso más hacia la democracia, aunque luego se transformó en un régimen dictatorial. Es importante diferenciar el autoritarismo de Bourguiba, su modernidad, sus convicciones, y el régimen dictatorial de Ben Ali, durante el cual se luchó, tanto en contra de los movimientos islamistas como en contra del Estado corrupto que instrumentalizaba la cuestión de las mujeres, de la modernidad y de la religión. En este contexto aparece en 2008 la crisis económica y arranca, el 17 de diciembre de 2010, lo que nosotros llamamos “Revolución”. No voy a entrar en debates sobre este término que ha sido a menudo discutido. Esta “Revolución” ha sido conducida desde el principio, de forma más o menos espontánea, por jóvenes excluidos, por personas viviendo en regiones marginadas, cuyas reivindicaciones se basaban en valores y principios universalistas, como el derecho a la libertad, la igualdad, la dignidad, y la justicia social. Hasta el 14 de enero, cuando cayó el presidente, no hubo ninguna reivindicación religiosa. Este hecho está en el origen de las esperanzas albergadas en el proyecto de construcción de la Segunda República, erigida sobre unos pilares democráticos, la universalidad de

los derechos y un régimen realmente republicano.

Ahora bien, al día siguiente de la caída del Régimen, resurgió el movimiento islamista tunecino que había sido perseguido durante la época de Ben Ali. Ese movimiento, que nutrió en la clandestinidad una base identitaria y religiosa en la sociedad, apareció para cuestionar las reivindicaciones sobre la laicidad en política y los derechos humanos y queriendo priorizar las normas religiosas en cualquiera de las propuestas realizadas. A partir de ahí llevaron a cabo virulentas campañas en contra de los demócratas, los movimientos de los derechos humanos y principalmente en contra de las mujeres. Y aquí entendemos al hablar de universalidad, cuán determinantes son la cuestión de los derechos y del estatuto de la mujer en el proceso democrático y en la construcción de la nueva República.

Fue una lucha larga y violenta. En este contexto se creó la “Alta Instancia para salvaguardar los principios de la Revolución”, que tenía por objeto la promulgación de las leyes para la transición democrática. Lo que estaba en juego era esencial y el debate que nació entonces, donde la cuestión de la mujer ocupaba una posición importante, era profundo y constructivo a pesar de los obstáculos encontrados. Mujeres y demócratas se movilizaron y obtuvieron tanto la paridad en la ley electoral como la redacción de un pacto republicano que sirviera de referencia para los políticos. Este hecho representó un gran avance para el futuro del país, aunque, a pesar de haber eliminado la Sharía como referencia, no se consiguiera dar un significado positivo de la identidad. Finalmente, fue escogida la idea de una identidad arabo-musulmana y religiosa. Las elecciones tuvieron lugar y los islamistas obtuvieron el poder.

A partir de ese momento y hasta hoy, el futuro de Túnez ha estado en juego. Paradójicamente, si los islamistas tuvieron la oportunidad de llegar al poder, fue en parte gracias a la lucha llevada por los demócratas y a la herencia que dejó Bourguiba en el ámbito educativo. En efecto, participaron abogados y personas con un alto nivel de formación. En paralelo, la paridad ayudó a las mujeres islamistas a estar más presentes en lo que hemos llamado la Constituyente, el parlamento donde se estableció la nueva Constitución de la Segunda República.

Hay que reconocer que los islamistas estaban bien asentados en el pueblo, pero se aprovecharon también del rechazo hacia el antiguo régimen para alcanzar su objetivo. Pensábamos, por aquel entonces, que iban respetar el juego democrático. Desafortunadamente, pasó exactamente lo contrario. Voy a intentar definir cuales fueron los problemas que surgieron a partir de ese momento:

A nivel político:

- El primer proyecto que propusieron para la Constitución fue la integración de la Sharia en los textos de referencia.
- La segunda modificación que quisieron aportar a la Constitución fue el cambio de la igualdad de género por el concepto de complementariedad entre hombres y mujeres.

A nivel social:

- Intentaron proceder a la reislamización de la sociedad. Túnez es un país musulmán pero suní, y con este gobierno aparece una nueva orientación que quiere instaurar el wahabismo. Para ello,

crearon escuelas infantiles, incitaron a las mujeres a ponerse el velo, aceptaron los predicadores más retrógrados y radicalizaron a los jóvenes, aceptando el regreso de los salafistas que vivían en el extranjero, simpatizando con ellos en vez de juzgarles.

Por lo tanto, tenemos que preguntarnos lo siguiente: ¿cuál es la diferencia entre el Islam político de Nahda⁴ apoyado por los salafistas y el yihadismo?

Durante dos años, fueron preparando el terreno para la reislamización de la sociedad, imponiendo su punto de vista. Pero lo que hace la excepción tunecina, es que el movimiento democrático y principalmente las mujeres han tenido un papel determinante frente al aumento de los salafistas y del extremismo islamista, sobre todo después de los atentados y asesinatos políticos. Su movilización es lo que permitió salvar la Constitución. La calle, es decir la sociedad civil, los diputados que estaban presentes en la Constituyente, reescribieron una Constitución donde aparecen los derechos universales, donde se hace referencia a la igualdad de género, donde se habla de la igualdad a todos los niveles, donde se mencionan los derechos económicos y sociales. Además, trabajaron para que esta Constitución mantuviera el artículo 1 del que hablé al principio de mi ponencia, y evitara así integrar la referencia a la Sharia. Para intentar responder al debate sobre el estatuto del Islam en la sociedad tunecina, se complementó dicho artículo, precisando que la República tiene que ser un Estado civil y no

religioso.

Se puede decir que hemos salvado la Constitución, y que para ello, el movimiento democrático y el movimiento de las mujeres han jugado un papel determinante. Pero quedamos, a pesar de todo lo ocurrido, en este contexto de excepción tunecina que avanza hacia la universalidad sin haber acabado del todo de posicionarse en cuanto al estatuto de lo religioso.

Con las segundas elecciones ha llegado al poder un partido que se presenta como burguésista, lo que da esperanza al país. Esperamos poder avanzar en el debate de la identidad tunecina respetando nuestra Constitución, pero diferenciándola del resto de identidades árabo-islámicas puesto que mientras nosotros defendemos el Estado nación las otras tienen la UMA por referencia. Ahí es donde la excepción tunecina ha sido un éxito y ha aportado esperanza. En efecto, nos vemos de nuevo ante una posible estabilidad que permita dar la espalda a todas las perturbaciones que he resumido anteriormente y consiga establecer una democracia árabo-musulmana en la cual mucha gente no cree. Desafortunadamente, apenas instaurado el nuevo Gobierno, tenemos que enfrentarnos a atentados terroristas.

Para acabar con mi intervención, hablaré del contexto internacional en el que nos encontramos. Tenemos a Libia como país fronterizo y el Estado Islámico (Daesh) se ha introducido en nuestro país. El primer atentado que sufrimos fue una señal y el segundo está desestabilizando totalmente el Estado tunecino que, debilitado por el partido islamista Nahda, no ha vuelto

⁴ Nahda: Partido islamista tunecino que significa Partido del Renacimiento. Fue legalizado y reconocido como partido en 2011.

a encontrar su fuerza, lo que supone un verdadero problema a la hora de enfrentarse al terrorismo. Y aquí es donde los estados occidentales no siempre juegan un papel a favor de la democracia y del éxito de Túnez. Porque, primero, no hay un verdadero apoyo para resolver los problemas socio-económicos y ayudar al país a salir de la crisis. Segundo, se ha apoyado al partido islamista Nahda que no ganó las elecciones, para que participe en el Gobierno, lo que desestabiliza el país. Y tercero, existe desde hace mucho una política en la región relativa a los problemas israelí/palestino, iraquí, afgano o libio, que ha tenido un impacto negativo en toda la zona, favoreciendo la reivindicación identitaria y más grave aún, comunitaria. Túnez escapa a esas reivindicaciones porque es más o menos homogénea, pero la región está viviendo un comunitarismo que va a ir en contra de la cuestión del Estado-Nación.

¿Cómo salvar Túnez en este contexto regional, sin el apoyo real de los occidentales? Existe un verdadero peligro, con todos los Estados que no perciben el éxito tunecino como algo positivo. ¿Qué debemos hacer? ¿Cómo salvar la identidad tunecina en el marco de los valores universales, en un contexto en el que el terrorismo se multiplica?

Creo que existen múltiples soluciones a largo plazo que provienen del sistema educativo pero ¿qué podemos hacer a corto y medio plazo? A corto plazo, desafortunadamente, acabamos de enterarnos esta mañana que se ha tomado la decisión de construir un muro entre Libia y Túnez. A medio plazo, ¿cómo podemos trabajar nosotros, como tunecinos y como país musulmán, sobre el estatuto de la religión en nuestra sociedad? ¿Cómo intentar no sólo separar

lo religioso de lo político, sino también reformar el Islam? Un Islam más adaptado a la modernidad, que acepte una separación entre lo espiritual y lo profano. Esas cuestiones son fundamentales y podrán salvar la excepción tunecina que atraviesa un momento decisivo de su historia.

Muchas gracias.

MONTSERRAT GUIBERNAU

Catedrática de Políticas en la Queen Mary University de Londres

Quisiera plantear mi presentación alrededor de cuatro puntos:

Primero. Estamos en un momento de cambio rápido y nos proponemos analizar su origen y consecuencias.

Segundo. Este cambio conlleva la amenaza del retorno de las políticas y regímenes autoritarios en Europa.

Tercero. La importancia de la pertenencia a una comunidad, a un grupo, adquiere una importancia renovada en un entorno definido por la incertidumbre, la falta de confianza y la inseguridad que se asocia a las consecuencias de la crisis económica.

Cuarto. La identidad: su contenido.

Una época de cambios rápidos

Vivimos en una sociedad sometida a rápidas y constantes transformaciones que han generado

incertidumbre y ansiedad, especialmente entre aquellas personas que sufren sus consecuencias en la vida cotidiana. Un ejemplo muy claro sería la inseguridad laboral que se acentúa como consecuencia de la crisis económica.

Veo en la sala bastantes personas jóvenes, quizá algunas preparadas para irse al extranjero a estudiar o a buscar trabajo. Debemos reconocer que esta situación conlleva un esfuerzo considerable y supone un cierto grado de incertidumbre acerca del futuro; aunque también puede ofrecer nuevas oportunidades y promover la creatividad.

78

Nuestra sociedad está fraguada de contradicciones; un momento que definiría como marcado por la ambivalencia, capaz de generar riesgos pero también oportunidades. Por ejemplo, pongámonos en la situación de aquellas persona que deciden ir a buscar trabajo en el extranjero porque no lo encuentran en España. Por una parte, puede resultar positivo, es probable que estas personas aprendan un nuevo idioma, y conozcan culturas diferentes; pero, por otra, es posible que no se sientan totalmente cómodas y que el proceso de adaptación a un nuevo entorno ajeno al de su origen les provoque la necesidad de un esfuerzo adicional.

Estas ambivalencias se manifiestan en distintos aspectos de la vida y ahora con más intensidad, porque, ni todos los que deciden emigrar lo hacen por gusto, ni quienes han apostado por quedarse observan una rápida respuesta a la crisis económica que vivimos. En este contexto, los avances tecnológicos son cada vez más sofisticados y exigen una mayor atención. El cambio

es tan rápido que los hábitos y las formas de vida de las sociedades modernas tienden a ser modificadas y, a menudo, reemplazadas por formas de vida y de cultura en constante flujo que, según el contexto, operan como elementos a favor de la democracia y el pluralismo o como instrumentos de defensa del fundamentalismo y las tendencias autoritarias; de ahí que también posean un carácter ambivalente.

Si preguntásemos cuántos de ustedes tienen un Ipad, seguramente bastantes podrían levantar la mano. ¿Se trata de una característica positiva o negativa? ¿En qué circunstancias resulta positiva y para qué? ¿Para quién? ¿Qué tipo de comunicaciones y qué nuevos modelos de interacción social emergen en las sociedades europeas? ¿Qué tipo de relaciones surgen en este nuevo mundo digital? ¿Somos libres de tomar la decisión de apuntarnos o quedarnos atrás? Éste es uno de los puntos sobre los que debemos reflexionar. Las personas tenemos acceso a potentes medios de comunicación altamente diversificados, pero debemos plantearnos si éstos nos hacen más libres o acabamos siendo sus esclavos. La sofisticación de las nuevas tecnologías puede recortar otros aspectos de nuestra personalidad que no tenemos tiempo de desarrollar (lectura, escritura...) En todo caso, hay tiempo para, rápidamente, cambiar y evolucionar de una cosa a otra. Siempre hay personas que se benefician del cambio y otras que lo sufren, lo que provoca unos problemas importantes.

El retorno de las políticas y regímenes autoritarios en Europa.

En Europa, un elevado número de ciudadanos no

está preparado para beneficiarse de las ventajas que proporciona vivir en un mundo digital. Por un lado, mientras unas élites autoritarias y transnacionales se consolidan, por otro, se incrementa el número de críticos al statu quo deseosos de cambio social y político.

En este contexto surgen con fuerza partidos políticos populistas –tanto de derecha como de izquierda– decididos a promover el retorno de políticas autoritarias.

A menudo, ciudadanos deseosos de incorporarse al mundo laboral descubren que no pueden beneficiarse –no están preparados para hacerlo–, de las ventajas que proporciona vivir en un mundo digital, donde las consecuencias de la modernidad son cada vez más poderosas y visibles. Así, por un lado se consolidan unas élites minoritarias y transnacionales, mientras, por otro, crece el número de personas que están completamente descontentas con el sistema y dispuestas a movilizarse, a reclamar derechos y a sancionar una clase política que, a menudo, les ha fallado. Tal como hemos visto en Noruega, Francia, Austria, Suecia y en el mismo Reino Unido, este hecho deriva en el crecimiento de partidos políticos populistas.

El resurgir del populismo en Europa tiene relación con estos cambios y está íntimamente conectado con el retorno de las políticas autoritarias. Por ejemplo, en el Reino Unido, en las elecciones que acaban de celebrarse, el partido UKIP liderado por Nigel Farage, – un partido político populista –, ha obtenido cuatro millones de votos, situándose como la segunda fuerza política en el país. Como el sistema británico

no es proporcional, de momento no van a entrar en el Gobierno, aunque no se descarta que lo hagan en un futuro próximo. Considero que este elemento tiene una gran importancia.

Sin duda la mera referencia al retorno de políticas autoritarias genera un sabor amargo para todos aquellos que viven en el sur de Europa. La experiencia del Franquismo en España ofrece un claro ejemplo, pero también cabe recordar la experiencia sufrida a manos de regímenes autoritarios en Grecia, Italia y Portugal.

En estos momentos existe un riesgo importante de involución democrática que contrasta, por un lado, con la tecnología muy avanzada, el humanismo, los valores... y, por otro, con diferencias cada vez mayores entre las personas que se encuentran en la base de la pirámide social y las que están en la cumbre. Les hablo de lo que ocurre en el Reino Unido, con la mayor distancia entre las clases populares y las élites, lo cual dificulta la posibilidad de construir un proyecto común capaz de conseguir el respaldo de una sociedad dividida, con intereses diversos.

La importancia de la pertenencia: pertenecer a, ser miembro de

Cuando hablo de pertenencia me refiero a la diferencia entre ‘los nuestros’ y ‘los otros’. Con los primeros tendemos a ser más tolerantes, a una mayor comprensión, más proclives a ayudarles. Los otros, también son importantes, pero generalmente, sólo durante un período de tiempo limitado y mientras están cerca. En el momento en que desaparecen de

las noticias de la televisión, de Internet, no existen. Es precisamente esta idea de pertenencia la que me parece básica y trágica al mismo tiempo.

La pertenencia es difícil de definir, porque responde a la pregunta: ¿Quién es uno de los nuestros? ¿quién será leal al grupo, quién puede acceder a 'nuestro' grupo, a nuestra comunidad; en quién podemos confiar?

Pertenecer está vinculado a la idea de comunidad aunque esto sea igualmente muy ambivalente. En efecto, por un lado, el sentimiento de pertenencia puede dar la seguridad, pero por otro lado, crea un compromiso, implica obedecer las normas colectivas. Una vez el individuo es aceptado como miembro de un grupo específico, debe responder ante la jerarquía y someterse. La pertenencia conlleva una serie de obligaciones, derechos, actitudes y valores compartidos entre los miembros de una comunidad.

Por ejemplo, cuando en el Reino Unido se habla de ciudadanos británicos que están luchando con ISIS en Oriente Medio, ¿de quiénes hablamos? ¿a qué grupo pertenecen? ¿son personas que pertenecen al Reino Unido?, ¿se sienten británicas? La pregunta clave reside en averiguar cuáles son los factores que han impulsado a estos jóvenes a renunciar, de alguna manera, a su identidad británica. Se trata de personas educadas en el Reino Unido y reconocidas legalmente como británicas. ¿Por qué no se identifican con la comunidad a la cual teóricamente pertenecen? ¿Cómo definen su relación con la comunidad en cuyo seno han crecido?

Se trata de una pregunta compleja y cargada de

consecuencias. ¿Quiénes son los nuestros? La pertenencia a un grupo, ¿nos hace más libres o nos hace esclavos? ¿Qué tipo de pertenencia queremos desarrollar?

La identidad: su contenido.

La identidad nos permite situar a cada persona dentro de una sociedad específica, aunque debemos tener en cuenta que existe una diferencia entre dónde se sitúa una persona y dónde la sitúan los demás. Para ilustrar esta afirmación daré otro ejemplo -también refiriéndome al Reino Unido- sobre cómo reaccionan los ciudadanos británicos de origen musulmán de tercera generación.

La primera generación trabajó duro para que sus hijos pudieran situarse en la sociedad y se integró en silencio, sin reivindicaciones en cuanto a sus diferencias.

La segunda generación fue a la Universidad, estudió, y evidentemente aspiró a trabajos bien remunerados, adaptados a sus conocimientos.

La tercera generación posee todas las calificaciones pero, aún así, no se siente plenamente aceptada por la sociedad británica que, a menudo, les considera demasiado diferentes. ¿Cuáles son los motivos que han impedido la identificación de jóvenes nacidos y educados en el Reino Unido con su propio país de origen? ¿Por qué no existe un mayor porcentaje de integración entre los diversos grupos étnicos que coexisten en el Reino Unido y, sobretodo, cómo explicar que más de 500 jóvenes británicos hayan decidido desplazarse a Oriente Medio para luchar con

ISIS en la defensa del denominado Califato árabe?

Quizás el hecho de que en el momento en que escriben su apellido, ya se sabe si son originarios del Reino Unido o no, marca la diferencia. Apellidarse Smith o Mohammed es el elemento que establece la diferencia. ¿Hasta qué punto la sociedad británica ha ofrecido una posibilidad real de integración? Se trata de un tema que preocupa mucho y que resulta incómodo, porque significa que seguramente nos negamos a ver que hay personas a las que no se les ha ofrecido una posibilidad real de integrarse seriamente en la sociedad británica.

Actualmente crece el fundamentalismo- que no tiene por qué ser islámico-, pues existen diferentes tipos que surgen y se manifiestan en las sociedades occidentales. En paralelo, la democracia se hace más pequeña y necesita ser regenerada. Todo el mundo dice ser demócrata. Me atrevería a decir que pocos lo son, con el consiguiente riesgo de involución política para nuestras sociedades.

Para concluir les propongo una reflexión sobre el tema de las fronteras, que corrobore lo que he estado exponiendo. En mi opinión, la necesidad constante de establecer límites responde al deseo de controlar y de ejercer el poder sobre un espacio físico, sea virtual o imaginado.

Las fronteras establecen un límite y pueden ser el resultado de un acuerdo, o de una imposición. Una vez establecidas, poseen el valor de marcar la separación entre quienes están dentro o fuera de sus límites; una condición que, simultáneamente, genera derechos y deberes. Pero el mundo no está realmente dividido

de una forma rígida, porque aún en las fronteras existe diversidad, fluidez y cada vez más, espacios que permiten el diálogo. No podemos pensar en un mundo claro, sencillo, que sigue unos puntos clave, sino en uno que es fruto de una situación fluida y compleja. En la mayoría de los casos las personas no eligen su pertenencia a un lado u otro de la frontera, si no que otros deciden por ellos. Por ejemplo, a través de Tratados Internacionales que, a lo largo de la historia, han cambiado los límites de estados, además de determinar su existencia, evolución e incluso desaparición.

Entiendo que las fronteras buscan establecer una definición clara entre quienes pertenecen a una comunidad específica y los otros, que en ocasiones son definidos como extranjeros e incluso como enemigos, potenciales o actuales. Solamente aquellos que pertenecen, poseen derechos y deberes dentro de los límites marcados por la frontera.

Otro punto importante es la supervivencia de la comunidad. Ésta depende de que las fronteras se mantengan y determinen los criterios de exclusión e inclusión de las personas. De esta manera marcan la diferencia entre quienes merecen la confianza del grupo para acceder al mismo y quienes son vistos como ajenos, como “demasiado diferentes”. Si las fronteras fueran a desaparecer, la comunidad sería sustituida por otro modelo de convivencia.

Las fronteras poseen un carácter simbólico y surgen como respuesta a las exigencias de la interacción social, pero ni todas las fronteras ni todos los componentes de las mismas son visibles e identificables a simple

vista. Existen en la mente de las personas que disfrutan o sufren sus consecuencias. Las más dolorosas son aquellas que son definidas como superadas, invisibles e inexistentes, pero que continúan jugando un papel clave a la hora de excluir al diferente porque no encaja, no comprende, no habla y no piensa como la mayoría.

En la era global, las fronteras nunca son totalmente herméticas, ni estrictamente inviolables, y su misma naturaleza las vuelve fluidas y permeables, capaces de incluir un cierto grado de ambigüedad y anomalía que les permite responder al cambio constante al cual están sujetas. Así, a menudo, la ilusión de continuidad y constancia oculta o disimula intersticios de diálogo y negociación de la diferencia en los márgenes del statu quo. Estos poseen la capacidad de promover modificaciones incipientes que, con el tiempo, suelen desembocar en profundos cambios sociales.

82

Las fronteras no perduran para siempre:

- Cayeron las fronteras que impedían el derecho del voto a las mujeres; a pesar de que durante muchos años se creyera que era completamente sagrado.
- Se permitió el acceso de las mujeres al mundo laboral.
- Se consiguió el acceso de las clases trabajadoras a la educación universitaria.

Hoy, las fronteras tradicionales se ven cuestionadas por las consecuencias de la globalización. Más allá de las que conocemos, emergen las nuevas fronteras digitales, invisibles y poderosas, que transforman las relaciones interpersonales y llenan el planeta de conexiones interminables y complejas, que establecen

una firme distinción entre quienes poseen los medios y el conocimiento para poder utilizarlas y quienes las ignoran y temen.

El poder de las revoluciones cibernéticas se manifiesta a través de la rapidez del cambio político ejemplificado por la transformación de una protesta popular en contra de los regímenes autoritarios en el Norte de África y el mundo árabe (diciembre 2010), que en pocos días dio vida a un movimiento social de masas capaz de provocar la caída de esos regímenes políticos. La visibilidad y rápida expansión de estas revoluciones pro-democracia y el uso masivo de tecnologías digitales no tiene precedentes en cuanto a su rapidez y al éxito de sus consignas. Los mensajes cibernéticos atraen por la sofisticación de su tecnología, por la posibilidad de personalizar teléfonos y ordenadores, por la fragilidad de la inmensa cantidad de información y contactos a los que se puede acceder y que descansan en la palma de nuestra mano.

La revolución digital puede ser utilizada para promover la democracia, los derechos humanos y la igualdad, pero también puede transformarse en un instrumento de promoción del fundamentalismo, la exclusión y las políticas autoritarias. La revolución digital no es una revolución ética o comprometida con valores progresistas, aunque tampoco lo está con principios autoritarios o antidemocráticos.

El espejismo de la libertad asociado al desmantelamiento de fronteras tradicionales seduce a millares de personas conectadas digitalmente, ávidas por recibir aquellos mensajes y consignas anónimos o de personas desconocidas que les convocan a movilizarse, a transformarse en actores sociales. La

ficción del compañerismo y de una cierta solidaridad invisible les libera, momentáneamente, de la soledad y del aislamiento silencioso.

Un mundo carente de fronteras es una utopía y lo continuará siendo durante un largo período de tiempo.

Las fronteras físicas existen y es previsible que continúen en un universo donde la idea cosmopolita no predomina. Nuestro mundo está jerarquizado y dividido, aunque intente crear la ficción de la singularidad a través del consumo. Aún así, se trata de una singularidad basada en el poder adquisitivo de los individuos que a menudo niega el valor de la persona como ser humano.

Las fronteras persisten invisibles y efectivas. Las construimos nosotros mismos cuando limitamos nuestra vida, evitamos el riesgo, nos acomodamos y dejamos en mano de otros la lucha por la libertad y la creación de un universo justo.

Cuando hablamos de cambio rápido, de regímenes autoritarios, de pertenencia, de fundamentalismo, estamos diciendo que la globalización los cuestiona a todos y nos cambia el mundo. Por eso existe una incertidumbre acerca del destino de esta sociedad y una tendencia a concentrarse en núcleos pequeños.

Fíjense, por ejemplo, en la proliferación de partidos políticos en España. Todo el mundo busca alguna parcela de pureza, de autenticidad, para sentirse miembro de algún tipo de grupo o de comunidad que pueda cambiar las cosas a mejor.

Lo que les digo tal vez suene anticuado pero resulta

que los valores que guían y definen la sociedad se han vuelto anticuados. Si no nos sirven, tenemos que crear otros nuevos. Si no lo hacemos desde la democracia, se hará desde el autoritarismo. Quizá se mantenga el nombre –democracia–, pero el contenido de la misma estará completamente vacío de sentido, y esto nos conduce a años atrás, a otras épocas.

Quisiera insistir en la gran amenaza que supone el crecimiento de la extrema derecha en Europa. Proceso que se extiende a buen ritmo y que limita la posibilidad de la solidaridad con los otros. Para lograr ser solidarios, hay que ser sensibles y mantener la capacidad de identificarnos con los otros, aunque resulte incómodo. Es importante mantener la idea de comunidad asociada con la solidaridad que nos hace humanos, y como tal, vulnerables. Actualmente, la derecha radical se presenta respetuosa del *statu quo* y no pide la sustitución del régimen democrático, pero sí pretende transformar y devaluar el valor de la democracia.

Me gustaría terminar esta breve presentación con el siguiente mensaje: es necesario redefinir la democracia y ser realmente conscientes de la lucha necesaria para mantenerla y construirla dentro de un espacio, que no tiene por qué ser obligatoriamente la nación, sino que puede ser más amplio, como la Unión Europea.

Mientras llueven las críticas a la UE, a menudo se infravalora e incluso se olvida la paz que ha sido capaz de mantener desde el final de la Segunda Guerra Mundial, la prosperidad que ha generado y continúa generando. La movilidad de personas, ideas y culturas, ha creado un marco anclado en los valores

democráticos que, aunque mejorables, representan un caso único en el mundo. La enorme influencia de las normas y principios que descansan en el seno de la UE han humanizado Europa y el progreso conseguido desde su fundación.

Muchas gracias.

CONCLUSIONES

MANUEL TORRES

Vicerrector de Estudiantes y Comunicación de la UNIA

Señalaré, a continuación, algunas de las conclusiones más importantes y compartiré alguna otra idea que se me pueda haber ocurrido a la luz de lo expuesto por los ponentes.

En mi opinión, no hemos sabido definir el mundo después de la caída del bipolarismo. Ese control del espacio que tenía el equilibrio del miedo, ha sido sustituido por un tiempo en el que los problemas que existían en el mundo bipolar, entonces controlados por las dos grandes potencias, han renacido.

Me ha gustado, quizás por mi formación como historiador del Derecho, lo que Sami Naïr ha señalado en su intervención cuando dijo que realmente no hay nada tan nuevo como aparentemente existe. Pienso en Las Brigadas Internacionales del 36, cuando aquellos jóvenes norteamericanos eran suficientemente atrevidos e intrépidos como para coger sus mochilas, cruzar el Atlántico y venir aquí, a lo que les parecía ser la última guerra romántica.

Quiero, asimismo, compartir otra idea que me ha suscitado la intervención de Montserrat Guibernau: exageramos en exceso cuando hablamos de la novedad que supone la globalización. El Imperio Romano fue una globalización absoluta. Su “Internet” eran las vías de comunicación, que en aquel tiempo, debieron ser algo absolutamente revolucionario. Seguramente, dentro de mil años otros nos mirarán con cierto desdén,

relativizando lo avanzado de las redes sociales, que hoy día consideramos que son lo más innovador nunca visto. En mi opinión hay que tener una perspectiva histórica, saber moverse entre puntos de vista a la hora de analizar, sin sobrevalorar aquello que hoy tenemos.

Evidentemente, como dijo Ulrich Beck “Vivimos en la continua presencia de lo ausente”. La globalización del latín supuso el fin de numerosas identidades y todas terminaron sucumbiendo a una lengua, a una cultura, a una religión. El argumento de la repetición de la Historia sirve para relativizar un poco. Creo que, si hay alguna frase que puede definir este curso, es la remembranza que ha hecho Sami Naïr de Machado. No hemos dado soluciones, no las tenemos. El ser humano no las tiene realmente. Camina y conforme va caminando, va resolviendo o trata de resolver las cuestiones que se le plantean. Afortunadamente, Sami ha tenido la brillante idea, que comparto, de preparar un libro con todo lo que hemos trabajado durante el curso, para que quede por escrito y sea parte de ese camino.

Por otra parte, me parece importante que identifiquemos un problema: es cierto que Europa está en una encrucijada, pero esa realidad no debe hacerle olvidar que si hablamos tanto de un mundo global, tiene que tomar en cuenta a la orilla Sur que nos está planteando una serie de cuestiones inmediatas. Como, por ejemplo, la generosidad como valor. En atención a lo que decía nuestra amiga Khadija Ben Mahmoud señalaré, que muchas de las cuestiones que se han planteado aquí, me han recordado el documento de Naciones Unidas sobre la Alianza de Civilizaciones. Es decir, ese proyecto que algunos han criticado

y ridiculizado. Si tenéis la paciencia de revisar el documento que preparó el grupo de expertos, veréis que planteaba algunas soluciones concretas, y recuerdo una básica, a la que también aludía Sami Nair: el tema del desempleo entre la población joven inmigrante en Europa y en los países de la ribera sur. Se hablaba entonces de políticas educativas, de inversión, de desarrollo económico, etc.

Hay muchos problemas conectados, y si existe una solución, sería encontrar un *mínimo común denominador* que nos interrelacione. Es decir, busquemos, como señalaba uno de los intervinientes, aquellos valores mínimos que nos unen, para superar la encrucijada en la que nos encontramos. Seguimos ahondando en las diferencias, trabajando y explicando todo lo que nos distingue, cuando deberíamos buscar aquello que nos une, como son los valores elementales: la familia, el respeto a la vida, la alimentación. Hay cuestiones que todos entendemos, independientemente de cualquier otro concepto.

Finalmente, para concluir mi intervención, quiero recordarles que a lo largo de estos días hemos tenido muy presente el concepto de dignidad, así como la idea señalada por Javier de Lucas, según la cual no sabemos exactamente cómo definir la dignidad, pero sí tenemos claro lo que es la humillación. En este sentido, estamos seguros de lo que no queremos; ya veremos si podemos alcanzar aquello que queremos. Otra conclusión, igualmente interesante, es la de los derechos sociales como elemento limitador de una democracia formal, de la oligarquía.

Muchas gracias a todos por vuestra participación.

Muchas gracias a Sami Nair por compartir conmigo la dirección de este seminario.

SAMI NAIR

Director del Coloquio

Para comenzar, deseo volver al tema de la mesa de esta mañana con el fin de decir algo que me parece importante. Vivimos en un mundo de transición (Montserrat Guibernau ha aludido a esa situación, y tiene toda la razón), en el que los referentes, los valores, absolutamente todo, está en movimiento. Por un lado, se está en crisis, por otro lado, se reacciona contra ella, pero todo está en movimiento. Es una época de transición que aflora a la superficie de la existencia común del mundo vivido absolutamente todas las contradicciones. Incluso los conflictos, las contradicciones y los límites identitarios de cada uno. Eso es lo que caracteriza un período de transición histórico, y sabemos que estamos terminando un modelo de sociedad y entrando en otro.

No sabemos, exactamente, en qué va a consistir ese nuevo Modelo de Sociedad; no lo podemos saber, porque depende de nuestras luchas, de nuestra intervención. No es una realidad objetiva exterior, pues la historia siempre es la mezcla del sujeto y del objeto. Nuestra subjetividad es un elemento de interpretación de esa realidad, y nuestras acciones van a construir el mundo nuevo, e incluso, a veces, de manera no conforme a nuestra propia subjetividad.

Estamos dentro de un proceso histórico, y por lo tanto, hay que entender que el porvenir también depende de

nosotros y de lo que hacemos. Hasta hace unos meses nadie podía pensar que las políticas de austeridad puestas en marcha a nivel europeo, y de manera violenta, excluyendo a millones de jóvenes y de gente del mercado de trabajo, iban a encontrar, a través de este pequeño país llamado Grecia, una resistencia y un rechazo. Ahora el problema se está planteando a todos los niveles. No hay que desesperarse, entonces, de la historia, porque depende de nosotros.

El segundo elemento que quería subrayar es la necesidad de respetar las diferencias y la singularidad de cada uno, sin olvidar nunca que vivimos juntos, que el individuo aislado no existe. Sólo existe un cuerpo, una subjetividad. Y mi subjetividad es el producto del conjunto de las subjetividades y de la objetividad del mundo en el que vivo.

88

No es necesario ser un especialista de Norbert Elias para entenderlo. El individuo no es simplemente biológico, sino que es un producto social, y como tal, lleva consigo, en su cerebro, la influencia de todos, y se determina en relación con todos sin saberlo. Con lo cual, la diferencia y la singularidad, siempre deben ser relativizadas, porque lo que cuenta es mi relación con el otro, y es la relación de la colectividad a la que pertenezco con el resto de las colectividades, con el resto del mundo.

Así que tenemos que respetar valores diferenciales pero deben desarrollarse dentro del marco de unos valores comunes sin los cuales no podemos vivir juntos. Manolo Torres acaba de aludir a este problema, hablando de valores mínimos. Sabemos cuál es el contenido de esos valores: se trata, primero, de lo que

consideramos como el ser humano. Este pertenece a la condición de humano. Por tanto, lo que constituye el marco de estos valores comunes es el respeto a los derechos humanos. Son un núcleo duro, que tienen que ver con el respeto a la persona, con la libertad de expresión, de organización, y consisten en la igualdad total de hombres y mujeres ante la ley.

¿De dónde viene este concepto de derechos humanos moderno? Viene de la Declaración Francesa de 1789 de los Derechos Humanos. Si tomamos el título de la declaración, nos damos cuenta de una cosa muy sencilla: el título completo es en realidad, y no por casualidad: Declaración de los Derechos Humanos y del Ciudadano. Plantea una diferencia entre el ser humano y el ciudadano. El ser humano tiene derechos naturales, pero no bastan. El ser humano necesita derechos de ciudadanos. Dentro de estos derechos ciudadanos, encontramos la posibilidad de compartir los recursos creados por el trabajo común, de elaborar el concepto de lo Común y de la equiparación social. Lo que se está negando, por ejemplo, hoy en día a los hijos de los inmigrantes, a los extranjeros en los países desarrollados, no son los derechos humanos, sino los derechos de ciudadanía.

Para concluir, quisiera, agradecer a todos los que nos han ayudado en la organización y puesta en marcha de este Coloquio:

A Jesús Peña, Director del Instituto de Estudios Portuarios, a Juan Carlos Díaz, Director de Considera, y a José Luis Ollero, Subdirector de la Sede Tecnológica de Málaga. Por supuesto, agradezco también a mi asistente Irene Ocamica, a Delphine

Salvi, Coordinadora del Coloquio, a Liliana Giraldo, del equipo de coordinación, a Cristina Coca, Coordinadora de la Cátedra Unesco de Resolución de Conflictos, así como a todo el equipo profesional de La UNIA. Asimismo, a las traductoras y equipo técnico, sin los cuales este encuentro nunca hubiera sido posible, y, sobre todo, evidentemente, a Manuel Torres, Vicerrector de la UNIA, que ha permitido la organización de este Coloquio, y al profesor Javier de Lucas. Y, a vosotras y a vosotros, que habéis padecido, durante cuatro días, con estoicismo, paciencia y serenidad, los discursos que se han desarrollado.

Muchísimas gracias y hasta la próxima.

www.unia.es



Fundación | Cajasol